

Gabriela Damían Miravete Soñarán en el jardín

Narrativa Hispánica



Gabriela Damián
Miravete
Soñarán en el jardín

ALFAGUARA



*A mi tía Bertha y a su hermana Paulina,
mi abuela.*

*Es decir: a las mujeres que, a pesar de todo,
sostienen el alma del mundo con dignidad,
amor y fortaleza para las que vendrán.*

*A Marisela Escobedo Ortiz y a su hija,
Rubí Marisol.*

«Sé que hay muchos hombres e incluso mujeres que sienten miedo y enojo cuando las mujeres hablan, porque en esta sociedad bárbara, cuando las mujeres hablan con sinceridad, hablan de manera subversiva; no pueden evitarlo: si te someten, si te oprimen, estallas, te rebelas. Somos volcanes. Cuando las mujeres ofrecemos nuestra experiencia como nuestra verdad, como verdad humana, todos los mapas cambian. Hay nuevas montañas».

URSULA K. LE GUIN, discurso
en el Bryn Mawr College, 1986.

«Porque al final, como lo han dicho grandes científicos y como todos los niños saben, es a través de la imaginación, por sobre todas las cosas, que logramos percibir, sentir compasión y esperanza».

URSULA K. LE GUIN, discurso del National
Book Award For Children, 1973.

La música y los pétalos

Martes

Cada vez que bajo escucho la música. No quiero ir, me da miedo. La música es horrible. Gritan mi nombre y yo sé que van a pedirme que baje, y no quiero. Siempre hay cosas que traer de Allá Abajo: cacerolas, el tejolote para moler, el asador pequeño, gasolina blanca, o la olla especial en la que mi mamá prepara el pollo cuando alguien viene a cenar... y siempre he de ser yo quien lo suba. ¿Por qué? A veces mamá manda a mi hermano, pero entonces él me manda a mí, y no puedo negarme porque si no...

Tal vez lo que hace mi hermano no sea peor que la música. Pero no me gusta.

Antes estaba bien ir al sótano, inventarme historias detrás de los marcos de pinturas que ya no están, o el baúl con la ropa fina y vieja de los familiares muertos, que de tan estrecha hasta parece que la usaban cuando ya eran esqueletos. A veces me la ponía y paseaba con ella puesta entre los objetos de Allá Abajo. No había qué temer porque jugaba con la luz prendida a un montón de babosadas, recuerdo que una vez hasta me comí una telaraña para ver a qué sabía (a nada, pero se pega horrible al paladar).

Hasta que comencé a oír la música.

¿Cómo describirla? *Ta ta ta... tara tá taratá...*

Por algo hubo gente muy lista que inventó un método para escribir cómo suena la música, porque poniéndola así creo que no se entiende. Allá Abajo también están guardados los cuadernos con las lecciones de piano que mi hermano abandonó hace años, pero da lo mismo: no quiero bajar.

Me gustaría describir a qué suena. A veces siento que si alguien más la escuchara me diría: «¡Pobrecita, lo que has de sufrir!».

Entonces ya no me sentiría tan sola.

Lunes

Hoy llegaron nuevos vecinos. Mi mamá cuenta que antes esa casa que está junto a la nuestra era la tabacalera de unos parientes, que ahí despalillaban las hojas y las ponían luego a secar, que siempre olía rico, al puro Negro San Andrés sin quemar que aún se hace aquí en los Tuxtlas. Y que en una época el sótano de su casa y el de la nuestra estuvieron conectados. Quedé con la boca abierta imaginando lo enorme que sería Allá Abajo si los juntásemos. Mamá me acarició el pelo. Me atreví a preguntarle: «¿No oyes a veces una música?». «¿Qué dices?», respondió con una risita que lo dejó todo claro. Si la escuchara me habría dicho: «Sí, y no quisiera que la oyeras tú también».

No tiene ni idea, pobre mamá. Mejor así.

Viernes

Los nuevos vecinos son jóvenes. La esposa es muy linda, morena, de rasgos finitos. ¡La piel que tiene!, igual que la madera pulida. Si te acercas mucho a ella huele delicioso, a cucharón nuevo. Al esposo no lo vi, pero otra vecina comentó que se parece a los curas españoles de los cuadros. Quizá hoy en la tarde lo conozca.

Mi hermano ha estado muy tranquilo, pero parece que la vecina lo alborotó. A ver si no se pone pesado conmigo. No quiero escuchar la música. Todo parece tan normal ahora...

La primera vez que la oí yo iba bajando las escaleras. Me habían pedido que subiera una manta de lana, porque el viento soplaba fuerte y en las noches así llega a refrescar. La melodía se escuchaba hueca, apagada, como a través de una pared. Pensé que a lo mejor en la casa de junto alguien estaría tocando un instrumento, ensayando la misma melodía una y otra vez, una muy corta, insistente. Pero claro, la casa estaba vacía. No hay más que decir,

solo el aire soplando dentro de un tubo de metal para repetir esa frase. ¿Qué dirá?

Cuando la oigo, siento la misma tristeza que tuve cuando visitamos el faro del puerto. La sirena me sonó como un aullido, pero mamá dijo que el faro salvaba a los barcos de perderse en la noche del mar. A mí me pareció que el faro gritaba: «Den vuelta atrás, porque aquí está el peligro, aquí no hay nada». A eso suena la música.

Es difícil explicarlo. Quizá el día en que lo logre la deje de escuchar.

Sábado

Mi hermano es un hipócrita. Cuando está mi mamá es una seda el hijo de la fregada. Yo no lo acuso porque aquello le daría un gran disgusto, y con lo mucho que trabaja, y tan sola que está...

Ayer, el idiota andaba merodeando entre la parte trasera de las dos casas, aprovechó que la hierba está muy crecida por las lluvias para esconderse. Lo vi mirar a la vecina, que no hacía gran cosa, nomás acomodar trastes en la cocina y buscar por todos lados un paquetito que luego abrió con desesperación. Y en eso llegó el esposo. Por suerte mi hermano nada más miraba, aunque de todos modos el señor se molestó bastante. «¿Qué quieres?», le dijo, muy brusco. «Nada, oí que andaba un animal por aquí», dijo su voz, que adoré escuchar tan temerosa. El hombre, para mi sorpresa, debió intuirme porque volteó a verme en mi torpe escondite detrás de las cortinas. Mi hermano volteó también, y con solo ver la cara que puso supe cómo me iba a ir después.

El señor llamó a su mujer. El nombre de ella, en sus labios, sonó extraño, grave. Mi hermano dio las buenas noches y entró a la casa veloz entre tallos y mosquitos. «Vamos abajo», me dijo. «No», contesté con un hilito de voz mientras me jalaba el pelo y me conducía a las escaleras detrás de la puerta. Escuché la música otra vez cuando mi hermano apagó la luz Allá Abajo; y él, junto con todos los cachivaches, se convirtió en sombra.

A veces no sé qué es más terrible, si la música o la voz ahogada de mi hermano.

En lo profundo de mi cabeza la melodía retumba acompañada de un gemido hondo, seco, la combinación me sumerge en un sopor denso. Me siento tan pesada que me hundo, siento que me paralizó toda, pero lo más extraño es que no es mi cuerpo el que no puede moverse, soy yo. Y sin embargo, ahí estoy, lo veo todo frente a mí ocurriendo mientras las notas se repiten, mientras cosquillea en mis piernas la sensación terrible de que la caída nunca acabará y eso que siento que soy yo y no mi cuerpo se sumerge en un pozo negro de espesas aguas, la música adueñándose de mis manos, de mi carne... Mi hermano recompone su cara de eterno idiota para subir las escaleras. Y es hasta entonces que yo vuelvo de aquella oscuridad, de aquella muerte.

Antes no era así. Las primeras veces duraba poco.

Pero ahora cada vez es más resistente. Más insatisfecho.

Lunes

Hoy salí a dar una vuelta por el río y encontré a la vecina vagando descalza por la orilla. «Ven —dijo—, ¿me ayudas?». Me paré junto a ella y se agarró de mi brazo. Alzó uno de sus pies chiquitos, chiquitos, y con la otra mano sacó la espina que se le había clavado. Me dio las gracias con una coquetería de la que yo carezco. Se fajó el suéter grande que llevaba, necesario a causa de la extraña bruma que cayó en la región por estos días. Rebuscó en los bolsillos para sacar un cigarro que encendió como las señoras elegantes. Habló de varias cosas, pero no le puse mucha atención hasta que el viento me dio escalofríos y ella tocó mi brazo: «¿Tienes frío? Tengo chocolate en la casa, te invito». Y fui.

Su casa es casi igual a la mía, a pesar de que aún le queda aire de fábrica. La vecina sirvió el chocolate en tazas azules, muy lindas, sosteniéndose con los dedos los rizos apretados lejos de la cara. Me dio un poco de lástima. La sentí sola, sobre todo porque se puso a platicar conmigo como si yo fuera una amiga de su edad. Hasta me preguntó si tenía novio (me puse roja, claro). «Estás muy bonita. Si

yo te hiciera un peinado así y así —decía mientras me alzaba el pelo en la coronilla, lo retorció a los lados, lo sujetaba con horquillas—, te tendríamos que espantar a los pretendientes». De repente puso cara triste, me examinó y con un suspiro dijo: «Pero tienes curiosidad de niña todavía». Si supiera. Yo no sabía si una se podía emborrachar con el chocolate, pero sentía la cara hirviendo y la voz valiente, así que le sorrajé la pregunta: «¿Te gusta tu sótano?». Se echó a reír y contestó: «¿Y a ti, el tuyo?». Ven, me dijo, y la seguí por tercera vez.

Abrimos la puerta que conduce a ese otro Allá Abajo, y se nos vino encima una cara sin color, como la parafina de las velas, los ojos idos, vidriosos. Su marido.

«Vamos a bajar», le avisó. El hombre no contestó. Solo la miraba a ella, embelesado y tullido como un muñeco de cera que hubiese bajado, desorientado, de su pedestal. Luego siguió de largo.

El sótano, a comparación del nuestro, tiene menos objetos expuestos. Hay pilas y pilas de cajas, algunos muebles viejos, otros que pertenecían al negocio del tabaco. Mejor iluminado, eso sí.

«Me dijeron que nuestros sótanos están conectados», hablé, todavía borracha de chocolate.

«Sí. Por ahí se pasaba», señaló con una mano lánguida hacia el muro. «Ahora ya está sellado».

Yo no esperaba esa respuesta. Me acerqué. Entre cajas y huacales vi que en la pared se distinguía el resane de una silueta, la de una portezuela, quizá. Parecía una cicatriz irregular y brillante que hablaba de alguna herida sufrida por las dos casas. Recargado en el mismo muro había un elegante estuche negro. El estuche de quién sabe qué instrumento musical.

«Era de mi padre», me dijo como si me hubiera leído la mente. «*El Negro*», dijo pateando las palabras fuera de su boca con amarga burla.

Así empezó, sin más. Me sentí incómoda, pero, de nuevo, pensé en su soledad. Hablar de su familia, una vez casada y lejos de los suyos, era lo más lógico.

«Aquí en la esquina lo tenían. Amarrado. Ya sabes cómo era la gente con sus esclavos».

Abrió el estuche con sus dedos largos y morenos. Había una especie de flauta larga, con muchas llaves y tubitos desarmados a los lados.

«Fagot, se llama. Sabrá dios cómo se arma», dijo entre desdeñosa y sonriente.

Cerró el estuche. Cogió el trapo que tenía atorado en su delantal para limpiar las tapas de las cajas, llenas de polvo.

«Tu familia tenía a mi padre desde que era niño, era su peón. Tú debes saber lo que se dice: que fue mi padre el que le pegó el mal a tu tío, el que estaba loco. Pero no fue así. Todos saben que fue al revés... pero había que echarle la culpa al negro...».

Me miró, angustiada. «Ay, yo creo que no te debo hablar de eso...» y lo tostado de su rostro se tornó color ladrillo.

«Sé la historia, mi mamá la cuenta a cada rato», le dije. Mentira. Mi mamá odia hablar de eso. Odia reconocer que mi hermano es como la familia de mi papá, odia recordar que ellos, tan rubios y tan puros, preferían casarse entre sí, que ella había sido uno de los «frijoles en el arroz» de aquella estirpe francesa. Tanto nos despreciaron por manchar su linaje que a regañadientes nos dejaron vivir en nuestra casa cuando murió mi papá.

«Entonces sabes por qué estoy aquí», dijo. Imagino que mi cara de tonta fue evidente porque dio un suspiro largo, se sentó en un huacal, y sacando el paquetito que el otro día buscaba, siguió contándome la historia.

«Mi padre tomaba esto para estar fuerte y lúcido», lo decía a la vez que me enseñaba el puño de pétalos de colores contenido en el paquetito. «¿Qué es?», pregunté. «Otra clase de tabaco», respondió con un brillo raro en los ojos, como aguantándose la risa. Olía a una mezcla de vainilla y ese olor secreto de los hombres que yo solo he conocido en mi hermano. «Tu tío trabajaba con mi padre, algo de él le gustaba. Lo jalaba para todos lados», comenzó a decir, agarrando un puñito de pétalos, algunos secos, otros blandos. «Era su mano derecha, hasta que mi padre se enamoró de mi madre y nací yo. Pero ya sabes cómo era tu tío, ¿o no te contaron?». No me dio tiempo de responder, y no creo que esperara que yo dijera algo. Entrecerró los ojos como para enfocar la imagen de aquel hombre

omnipresente en mi casa, en los objetos de Allá Abajo, en las fotografías empolvadas que mi madre nunca quiere ni tocar. «Era muy necio, agresivo. Aquello que quería, lo conseguía. Pero lo perdía la calentura», aquí la vecina se puso los pétalos en la lengua. «Le echó el ojo a mi mamá. Güero como era —así, igualito que tu hermano—, sentía que no había quién se le resistiera, pero con mi mamá no pudo por las buenas... Entonces envenenó a mi padre con esta cosa», dijo sacudiendo los pétalos, que sonaron vivos como los guijarros arrastrados por la lluvia. «Lo volvió loco. Aullaba. Yo me acuerdo».

Afuera, las cigarras y besuconas eran el único ruido del crepúsculo. Sentía la piel pegajosa y húmeda dentro de aquel lugar en el que se trasminaba la vida de arriba: el vapor del chocolate caliente, el perfume del señor de la casa, el regusto de la cal que blanqueaba las paredes, el aroma dulzón de aquellos pétalos. ¿Dónde, de qué árboles o ramas florecerían?

La mujer masticó dos o tres como si fuera tabaco. Los ojos se le agrandaron, parecían más negros, más brillantes. Me miraba raro, pero no me dio miedo. Yo quería saber.

«Tu tío era el loco de nacimiento. Mi padre, el loco fabricado»; y con esta última frase se echó a reír con aspereza, sus rizos enmarañándose cada vez más. «Por el día trabajaba, y al oscurecer lo encerraban acá, en el sótano. Creían que nos lo llevaríamos lejos si se quedaba con nosotras, en nuestra casita miserable. Ni siquiera podíamos decidir irnos con nuestra tristeza a otra parte. Mi madre se vestía de domingo cada que veníamos al sótano, como si el talco o el carmín le pudiesen devolver la cordura. Pero ni su mujer, ni su hija: era la música lo que le devolvía algo de paz. Tu tío le había regalado su fagot porque él nunca aprendió a tocar bien por vago, por fodongo. Por cochino. Prefería entretenerse con otras cosas, hacerles hijos a sus hermanas o a sus cuñadas, aunque estuvieran casadas. Mi padre aprendió a tocar el fagot mientras caminaba en su encierro, en su reino del sótano. Todo un Yanga mi padre. Tocaba precioso...», la vecina entornó los ojos, iluminados de pronto. A mí todo me parecía brillante, espléndido en aquel momento, no sé si ella se daba cuenta. «Como si nos hablara con la música. Las cosas

lindas que no podía decir, las soplabla dentro de las notas inflándolas como globos para que las entendiéramos, para acariciarnos con los brazos de la melodía».

«¿Quieres más?», me ofreció el paquetito, sus pétalos tenues, de colores hermosos. Entonces entendí que le había puesto a mi chocolate aquella cosa. Me reí más de la cuenta. Negué con la cabeza y me dejé llevar por esa blanda sensación. La vecina siguió, sus oscuras pestañas haciéndole sombra en los pómulos. «Mi mamá me traía de visita, también vestida de domingo, peinada con listones. Qué hombre grande y oscuro era mi padre. Sus ojos refulgían en la densidad del sótano, muy blancos, muy abiertos. Me tomaba en brazos y me besaba con tanto cuidado, como si me fuera a romper. A mi madre la adoraba. Le acariciaba las mejillas, la veía largo rato. Y luego se echaba a llorar. Tomaba el fagot y tocaba esas canciones tan bonitas que él mismo componía. Hasta que tu tío... bueno. Después de eso solo tocaba la misma melodía, una y otra vez, una canción incompleta, desafinada, horrible».

La vecina perdió la mirada en la esquina del sótano, como si estuviera mirando una atrocidad. Entonces sentí un vacío en el vientre porque la música, mi música, salió de su boca: «*Ta ta ta... tara tá taratá...*», después me miró. Sus ojos lucían desesperados. Calló un momento. Luego su rostro delicado se transformó. «Tu tío la desgració, aquí mismo. Mi padre ahí amarrado, mirando. Yo dormía. Sabía que mi madre era brava, que algo haría después de semejante injuria. Por eso la mató». Miró los pétalos con desconcierto, tomó un par. Sus ojos cambiaron otra vez, profundos y compasivos como los de un ciervo. «Ay, linda, qué porquería de mundo», dijo con la voz entrecortada.

Martes

«No me gusta que andes figoneando con la vecina. Su marido es muy payaso», me dijo mamá hoy. «¿Sabes que somos casi como de la familia?», le contesté con sorna, nunca le había hablado así. Pensé que se enojaría, pero en lugar de eso parecía sorprendida.

«Eso supuse», respondió. Lo que confirma que mi madre lo sabe todo. ¿Sabrá también de mi hermano, de mí...?

De todos modos, somos tan miserables que mi desgracia no tiene de dónde heredar una casa que pague las culpas del hijo demente.

Miércoles

He preguntado a las otras vecinas qué saben de la muerte de mi tío. «Murió de lo suyo», me dijeron. Dicen también que lo trataron de espanto, pero no surtió efecto. Otros piensan que lo embrujaron, otros, que murió cundido de rabia. Lo que todas cuentan es que el ataúd estaba vacío, quién sabe por qué. A nadie le pareció raro porque la familia así era con sus cosas: extraña, desapegada. Indiferente. Así serán los locos.

No hizo falta que yo preguntara por «El Negro». En cuanto comenzaron a cuchichear sobre mi nueva amiga, salieron las teorías de sus lenguas largas: que mató a un niño, que huyó por la tarde sobre un caballo color nube, las enormes manos batidas en sangre manchando su crin.

Las otras mujeres de nuestra calle tratan bien a la vecina cuando se encuentran de frente, pero a sus espaldas hablan de su descaro, de que se le transparenta la falda, de que no usa sostén. De que su marido debe andar entoloachado para no darse cuenta de lo que tiene en casa.

Ella me saluda normalmente, haciendo de cuenta que no me contó nada. No he vuelto a escuchar la música. Mi hermano anda entretenido por otros lares, y yo, feliz, ayudo a mi mamá a lavar el cerro de ropa que tiene pendiente, imaginando que estamos solas ella y yo, que nos bastamos para este mundo.

Jueves

Vi desde las cortinas lo que ocurrió.

Mi hermano habló con la vecina. Llevaba unos discos, se los puso. Ella le dio tantita coba, pero después ya estaba muy incómoda. No se sentó con él ni un momento. No es la mujer que las otras aseguran. Creo que ninguna mujer es esa que las vecinas

describen y a la que tanto les gusta insultar. Luego mi hermano comenzó a acercarse mucho. Entonces ella abrió la puerta de atrás para que saliera. Él comenzó a reclamarle con palabras y gestos soeces. La vecina hacía pucheros, ponía la misma cara que ponen las niñas a punto de llorar, pero no le regresó las majaderías. Quise salirme, ir adonde estaba mamá, seguramente en alguna de las casas adonde iba a planchar. Pero cuando abrí la puerta de casa, entre la bruma extraña, caliente que hacía, él me salió al paso. «Vamos abajo», me dijo con la voz llena de aquel olor.

Mientras descendíamos, mi hermano gritaba cosas terribles acerca de cómo las mujeres nomás viven para provocar, para ser la desazón en la vida de los hombres, que nos gusta hacernos las tontas. Me jalaba el pelo, me daba mordiscos y estrujaba mi carne, mi pobre carne que empezaba a paralizarse, a oír la música. Tropezamos con el banquillo del piano, las partituras se desparramaron por el piso como una baraja, ¿estaría ahí escrito el antídoto contra la horrible melodía que se acercaba? Masa informe de sudor, cabellos rubios y lengua era mi hermano encima de mí, ¡y la música! Un estruendo desesperanzado me asfixiaba sin remedio. Entonces la música sincronizó su ritmo con el de mi corazón, oscureciéndolo todo. El leve aliento que yo era se entumió en la duermevela. Mi cuerpo quieto abrió los ojos de pronto, otros ojos. Mis manos, otras manos, se alzaron gruesas contra el cuello blanco de aquel hombre, y apretaron, y apretaron... mi hermano golpeó mi cara de niña, pero mi cara, otra cara, se abalanzó contra la suya, y la mordió, y devoró sus mejillas en trozos pequeños que me supieron dulces, el dulzor del cerdo y la tibieza de la sangre en mi boca, otra boca, una grande, de dientes blanquísimos. Y luego todo mi cuerpo, otro cuerpo, alto y furioso, sometió a mi hermano a patadas, a mordiscos; a rasguños desprendió su piel, a golpes molió y separó sus miembros. Mi cuerpo, ese otro cuerpo hecho de música, de melodía sólida, tumbó con rabia el muro que dividía ambos sótanos, y ahí echó los dientes y los brazos y los pelos de linaje casi puro, junto a los otros huesos infames, ya carcomidos y viejos. Después mi cuerpo espléndido, mi otro cuerpo fibroso, sonoro, buscó con qué cerrar el boquete en la pared.

Supongo que esta vez la música fue difícil de ignorar. Mi mamá ya había bajado al sótano, Allá Abajo, conmigo. Me esperaba al pie de la escalera con la pala y el saco de yeso.

Huir del siglo

Imaginemos un ser investido con tal conocimiento para examinar en una época lejana la coincidencia de los hechos con aquellos que su análisis profundo le permitió predecir. Si existiera la más mínima desviación, leería inmediatamente en su existencia la acción de una nueva causa [...]. El aire mismo es una gran biblioteca, en cuyas páginas está escrito para siempre todo lo que el hombre ha dicho o la mujer susurró. Allí, en sus personajes mutables pero infalibles, mezclados con los primeros, así como con los últimos suspiros de mortalidad, están por siempre representados los votos jamás registrados, los votos no redimidos, las promesas incumplidas, perpetuando en los movimientos unidos de cada partícula, el testimonio de la voluntad cambiante del ser humano.

Charles Babbage

Muy Reverendos Padres Calificadores de este Santo Oficio Fray Fernando Loera y Fray Alberto de Mendoza:

Por orden del Tribunal remito a Vuestras Reverencias los siguientes objetos para que expongan la calificación y penitencia que les corresponda:

- Algunas notas de puño y letra de la monja Sor Ágata de la Luz del convento de Corpus Christi de México Para Indias Cacicas, halladas en su celda.

- Un artefacto, posiblemente elaborado por la propia monja, de función y uso desconocido, quizá hereje, también hallado en su celda.

- Un como platón o disco o placa de barro, encontrado junto con el aparato.

Los objetos se confiscaron de la celda de la monja atendiendo la acusación de Sor María Devota del Niño Jesús, también monja del convento de Corpus Christi, quien señala a Sor Ágata de la Luz como

ilusa, alumbrada y hereje, además de culpable de haber cometido actos de fornicio con otro acusado de herejía que tendrá su propio juicio, el Padre Alfonso de Alba.

Dios guíe a Vuestros Padres Reverendos para que apliquen piadosa y justa sentencia, Nuestra Santa Inquisición en México y enero de 1779.

Alonso López, Secretario.

Declaración de Sor Elena, tornera

Sor Elena de la Concepción, natural de Veracruz, declara ser tornera del convento de Corpus Christi desde hace ocho años, describe su oficio como «encargada de recibir, a través de la ventanilla y el torno, todo lo que entra y sale del convento, así como a las gentes que lo frecuentan: el albañil, el médico, el barbero, los familiares de algunas monjas, los confesores, los obispos, el cirujano, las beatas, el hortelano...». Al preguntársele si el padre Alfonso de Alba ha visitado el convento, dijo que sí. Al preguntársele si sus visitas son muy frecuentes, dijo que sí. Al preguntársele si visita específicamente a Sor Ágata, también dijo que sí, pero añadió que eso no es extraño, considerando que el padre De Alba es el confesor de Sor Ágata. Al preguntársele si esas visitas se han llevado a cabo a deshoras, dijo con firmeza que no, que el locutorio se cierra a las cinco de la tarde, que ella es muy celosa de su oficio y horario, y que además el padre De Alba es un hombre pío, según a todas consta. Cuando se le mostró el artefacto y el platón hallados en la celda de Sor Ágata y se le preguntó cuándo había ingresado aquello al convento, se quedó muy silenciosa. Declaró no tener memoria alguna de que esos objetos entraran al claustro. Sor Elena no volvió a alzar la vista después de responder a esta pregunta.

Declaración de Sor Francisca, provisora

Sor Francisca de la Cruz, nacida en Tlatelolco, en México, declara ser la provisora del convento desde hace quince años. Procedió a describir sus tareas, muy orgullosa de realizarlas para el agrado de Dios: «encargarse de abastecer la despensa con todo lo necesario para alimentar a las hermanas, tener presto el servicio en las comidas que realizan a diario, esto es, poner a cada monja su mantel, servilleta, agua, cubiertos, fruta y pan, servir el chocolate caliente dos veces al día; y mantener en buen estado los libros que la subpriora lee a todas mientras comen», entre otras obligaciones. Se le preguntó si acaso había notado lo señalado por Sor María Devota en días anteriores: que había faltantes en los enseres de cocina, a lo que contestó que no. Se le pidió que mostrara el inventario de la cubertería y platería, cosa que hizo sin demora. Se cotejó el inventario con las piezas, revelando los faltantes, a lo que la monja, sorprendida, declaró que no lo había notado aún, pues recién había hecho el inventario. Se le mostró el artefacto hallado en la habitación de Sor Ágata y se le preguntó si identificaba la pieza perdida (un anillo servilletero) como uno de sus componentes. Sor Francisca, mirando con atención el artefacto, declaró que no. Sin embargo, los padres que realizaban el interrogatorio identificaron una pieza de latón que pudo haber formado parte del anillo servilletero y se lo señalaron a la monja. Esta se encogió de hombros y dijo que no podía, con base en esa pieza, afirmar que Sor Ágata hubiese hurtado el servilletero, además de que para ella la monja acusada era «una joya del convento: dulce, obediente y de mucha entendedería», no así «Sor María *Devora*», dicho este apodo se tapó la boca con vergüenza, y hubo de confesar que así era como la llamaban en el convento, por ser todas indias cacicas decentes, mientras que María era criolla, pero con mala voluntad hacia sus hermanas. Luego ofreció a todos los presentes bocaditos guisados con la efigie de Santa Teresa que había hecho Sor Rosa, la cocinera,

esa mañana, y aclaró que estaban benditos, precisamente, por el padre Alfonso.

Declaración de Juana, esclava de Sor María Devota

Juana Dolores, mulata hija de esclava negra, fue concedida por su confesor y pariente Fray Eusebio Figueroa (español, benefactor del convento de Corpus Christi) a Sor María Devota en su ingreso al convento. Los trabajos que realiza para la monja son los de rigor: se ocupa de la limpieza de sus aposentos; del arreglo de sus ropas y pertenencias, «que aunque sea monja son los de una dama de su posición», aclaró; de llevar sus mensajes y recados fuera del convento, y realizar las tareas corporales de la monja si acaso estuviere enferma o indispuesta, cosa que ocurre con frecuencia. Se le pregunta a Juana si ha sido testigo de los raptos místicos que Sor María Devota ha tenido, y que incluyen haber visto a la Virgen cortar rosas en el huerto, percibir el olor santo del cadáver de Santa Teresa de Ávila durante una misa, haberle salido una llaga en el costado, como la de Cristo, preparar los alimentos y fregar las ollas con ayuda del Niñito Jesús, haber bebido leche materna de los senos de la Virgen María. Ante este último señalamiento, Juana mostró ganas de reír, pero se contuvo, y dijo que si eso había dicho su patrona, eso era lo que ella también había visto. Luego se le preguntó si había sido testigo de las faltas que se le imputaban a Sor Ágata, dijo que no. Se le increpó de nuevo, pues Sor María Devota afirmó que ella misma había mandado a su esclava a vigilar las actividades nocturnas de Sor Ágata, ya que temía por el bien de su alma. Juana dijo que su patrona Sor María efectivamente la había enviado a los aposentos de Sor Ágata, pero que ella no había visto nada, solo había escuchado voces. Cuando se le preguntó qué voces eran, dijo que eran las de otras monjas. Que fue esto la noche en que a Sor Ágata se le había dispensado de ir a misa y de rezar Completas porque se había puesto mala. Que había escuchado salir de la puerta varias voces diferentes, no sabría decir de cuáles monjas, y que las voces hablaban y cantaban. La esclava Juana declaró no saber qué canciones eran estas, pero sí sabe que fueron cantadas en

lenguas mexicanas, dado que todas las monjas, menos su patrona, son indias, y hablan en sus lenguas cuando están solas. Dijo también que eran canciones muy bonitas, como nanas para arrullar al Niño Dios. Juana declaró que fue a decirle esto mismo a Sor María Devota, quien se lo tomó a muy mal, «quizá porque no la invitaron». Y entonces su patrona la mandó a acusarlas con la priora para que las reprendiese, cosa que Juana hizo enseguida. Pero cuando la priora entró a los aposentos de Sor Ágata, no había nadie con ella y por lo tanto no pudo regañarla, lo que hizo enfurecer a su patrona, que deseaba verlas castigadas. A la pregunta de si cree que Sor María Devota ha inventado las acusaciones contra Sor Ágata, Juana respondió sin alzar los ojos del suelo que «lo que ha dicho su patrona, eso ha de ser». A la pregunta de si consideraba mística a Sor María, volvió a contener la sonrisa, y a responder que no sabía porque, como dice su patrona, ella «es negra e ignorante y tonta».

Descripción del artefacto encontrado en la celda de Sor Ágata

Se presenta ante el Tribunal del Santo Oficio un objeto con varias piezas ensambladas: una cajita de madera con una manija exterior que permite operarlo, reúso de un molino de chiles. Sobre la caja, están fijas las siguientes piezas: un cucuruchito de cartón parecido a las corozas o caperuzas que llevan los condenados por el Santo Oficio en la cabeza, solo que no termina en punta, sino que rodea, por su extremo más delgado, a un bastidor de bordado. En lugar de tela, el bastidor tiene sujeto un pellejo de animal (de cerdo o becerro) tan delgado que vibra con el mero paso del aire. Frente a esta membrana, un eje de fierro se sostiene de pie sobre la caja. Lo remata un pivote hecho de latón (probable reúso del servilletero extraviado) que sostiene una aguja gruesa sin punta parecida a las del tejido, pero acortada. Y frente a la punta de esta aguja, el aparato tiene un disco de madera dispuesto verticalmente que gira al mover la manija (probable reúso de un torno alfarero, sobre el que se suele moldear la cerámica). En su centro sobresalen dos pestañas de latón, quizá para sujetar un disco superpuesto de otro material. Previo a la declaración de Sor Ágata de la Luz, se consultó a Fray Severino, docto en la matemática y la física, cuál podría ser la función de semejante máquina.

Declaración e intervención de Fray Severino de Segovia

Fray Severino, natural de Sevilla, España, pertenece a la orden de San Francisco y vivió primero en Mérida antes de radicar en México, donde imparte cátedra en la Real y Pontificia Universidad. Al examinar el artefacto, Fray Severino puso la oreja junto al cucurucho, luego la boca, luego habló y gritó frente a él. Luego pidió al estudiante que lo acompañaba hacer lo mismo. Observó el comportamiento de la membrana y de la aguja mientras esto ocurría. Fray Severino movió la manija en repetidas ocasiones, empleando distintas cantidades de fuerza, lo que aceleró y desaceleró el movimiento del disco de madera. Luego hizo una medición del espacio entre la aguja y el disco y solicitó al Tribunal le facilitara el plato de barro hallado junto con el artefacto. Lo afianzó sin conflicto al disco de madera, doblando las pestañas de latón que salen de su centro, descubriendo así la función de estas. Pero no hizo girar la manija, declarando que si lo hacía, el disco de barro chocaría con la aguja y la estropearía. Luego quitó el plato. Se rascó el mentón y se fue a comer, dejando al estudiante dar vueltas alrededor del aparato, confundido, por un espacio de unas dos horas. Al volver, Fray Severino pegó la nariz al disco de madera, y le pidió al estudiante que hiciera lo mismo. «¿A qué huele?», le preguntó. El estudiante, temeroso, le devolvió la pregunta: «¿A qué huele usted, maestro?». Fray Severino puso los ojos en blanco y exclamó que claramente olía a tepezcohuite. El padre solicitó a una moza que preguntara a la provisora con qué se lavaban las monjas durante el baño, y que le solicitara una muestra del jabón. Al cabo de un rato, la moza llegó con la respuesta: que dos veces al año solicitaban a la almona de la ciudad cierta cantidad de pastillas de jabón como la que en ese momento entregaba al padre. Fray Severino olisqueó la muestra, sonrió satisfecho y se la dio a oler al estudiante, quien lo miró con admiración. El padre solicitó a los presentes aproximar su nariz al aparato y luego a la pastilla, y ante

la afirmación de que ambos expelían olor a tepezcohuite, asentía muy orgulloso de su hallazgo, aunque los presentes no tuvieran muy a las claras qué quería decir todo aquello. Fray Severino mandó por la provisora, solicitándole además los libros donde están registrados los pedidos de jabón a la almona. Luego de un rato, la provisora llevó la relación. El padre, analizando la cuenta de barras en los meses anteriores, determinó que las solicitudes de jabón aumentaron considerablemente durante los últimos tres meses. Al interrogar a la provisora por esa razón, dijo que se debía, desde luego, a la primavera, «que el aire de este año fue muy caliente y los humores de las hermanas, por ende, más abundantes». Acto seguido, la provisora y las mozas que había llevado sirvieron a los oficiales cajetas, membrillos, bocados de almendra y canela. Pero eso no detuvo a Fray Severino, que con la boca llena de dulce procedió a explicar la siguiente conclusión:

Que el artefacto fue confeccionado por la monja con diversas piezas provenientes de su propia celda (el molino, la aguja de tejer sin punta, el bastidor), compradas y metidas a contrabando y/o hurtadas de las áreas comunes del convento (la piel de cochino o becerro, el disco para torno alfarero, la pieza de latón). Lo cual constituiría, de probarse, un delito adicional.

Que el aparato en cuestión emplea conocimientos de mecánica y de acústica: la presencia del cono y la membrana dan fe de ello. Parece que su intención es la de replicar el oído humano, ya sea con el objeto de estudiar su mecánica, o de mejorar su funcionamiento, por ejemplo, para paliar la sordera, en el mejor de los casos.

Que el artefacto, al parecer, es producto del ingenio de la monja, cosa extraordinaria, aunque con toda seguridad fue auxiliada por algún varón, pues para ello se requieren lecturas complejas sobre la ciencia de la anatomía, la acústica y la mecánica, algunas incluso prohibidas por el Santo Oficio. Volúmenes como esos no existen en el Convento Para Indias Caciccas de Corpus Christi, sino solo en las bibliotecas de algunos colegios y monasterios, donde los padres acuden a ellas (muchas veces previa censura o permiso ex profeso), y en las universidades.

Que la monja debió utilizar discos de barro como el hallado en su celda para realizar sus primeras pruebas, pero por alguna razón no fueron satisfactorios. Así que, usando su provisión de pastillas de jabón de tepezcohuite, moldeó un disco de ese material para que la aguja pudiera hacer marcas circulares, mientras el disco giraba por acción de la manivela. La finalidad de dichas marcas quedaría indeterminada hasta la realización de una experiencia que compruebe esta función de la máquina por parte de Fray Severino, así como la confesión de Sor Ágata de la Luz acerca de su propósito.

Declaración de Ofelia del Monte, moza

Ofelia, india natural de Oaxaca, asienta que trabaja como moza a las órdenes de Sor Paula de la Ascensión, ropera del convento, «que es también india natural de Oaxaca. Digo esto, y espero que lo ponga justo como lo digo, porque es importante para entender algunas cuestiones referentes a Sor María Devota, con todo respeto», estableció al inicio de su declaración, por lo que procuran recogerse sus palabras tal cual las pronunció en los siguientes párrafos: «Sor Paula y la priora, la provisor, la contadora y, en fin, todas las monjas y mozas del convento vivíamos en paz y armonía, pues fue decisión que se hiciera un espacio para nosotras de origen natural de México y de toda Nueva España, ya que no se ignora que se nos trata diferente por tener la piel oscura, aunque algunas tengan linaje de grandes señoríos mexicanos, sufrimos mucho maltrato, la verdad sea de Dios. Pues bien, esa armonía se acabó con la llegada de Sor María, impuesta por un benefactor del convento que es, además, hombre de dudosa reputación, yo nada más digo, sin afán de intrigar ni ofender, pues yo soy después de todo una simple moza. Con perdón de Vuestras Reverencias, les digo que a cada cosa que hacemos Sor María Devota nos devora con los ojos, y no se sacia su apetito de chismes y habladurías, dicho esto con todo respeto, pero constantemente espía si tal monja hace esto o deja de hacer aquello para acusarla con las superiores y así congraciarse con ellas, o eso parece, aunque repito, yo no tengo juicio. A diferencia de nosotras, entre quienes, por gracia del buen corazón de las hermanas, existe poca distinción entre mozas, esclavas y religiosas, la madre María siempre nos señala que hay un orden de castas por respetar, como si nosotras fuésemos amigas del desorden (que no lo somos) y sobre todo, muestra asco ante lo que da en llamar “los humores de las prietas” a la hora de entregar su ropa, siempre cuidando que no se mezclen sus prendas con las de las demás. Hace cara de asco también si entre nosotras hablamos en

nuestras lenguas de Oaxaca o de Yucatán o de México, pero por ser este un convento para indias las superiores nos dan derecho y licencia, cosa que no le complace y le provoca fantasías, como la de que estamos invocando a nuestros demonios antiguos o mentiras parecidas. Se le tiene por mística, pero las madres del convento saben que sus raptos, así como sus muchas enfermedades, se deben más a su hambre de atención que a otra cosa. Quien pretenda ser más pía, o se vea más favorecida por la gracia de Dios que ella, se va a enfrentar a acusaciones suyas, como las que hoy hace contra Sor Ágata. He dicho, y si quiere, se lo firmo aunque no sepa yo escribir, pues mi conciencia está tranquila y mi alma en manos de Dios y de la Virgen de Guadalupe, discúlpese el atrevimiento de narrar esta verdad».

Declaración del padre Alfonso de Alba

Fray Alfonso de Alba, natural de México, declara ser el confesor de Sor Ágata desde hace cinco años, cuando murió su anterior confesor, el muy respetado Padre Máximo de Legazpi, quien consideró apropiado legarle la tarea dado que Fray Alfonso y Sor Ágata se conocían desde la más tierna mocedad, antes de que ella huyera del siglo y él fuera ordenado. Ante la pregunta de si ha confesado a Sor Ágata más de lo que la Santa Sede recomienda (dos o tres veces al año), Fray Alfonso responde que no. Ante la pregunta de si la ha visitado con otro propósito en más ocasiones que las de la confesión, responde que sí. Al pedirle que exponga las razones para ello, dice que «por las diversas celebraciones y convites que realizan las religiosas, por consejo espiritual adicional al de la confesión, por la amistad que de antaño tienen sus familias, a las que sirven de mensajeros, y por materias de interés científico». Al preguntársele a qué se refería con esto último, dijo que Sor Ágata había desarrollado un gusto por los estudios en sus ratos libres de deberes para con la orden, para con sus hermanas y para con Dios, por supuesto, y que le había pedido consejos para desarrollar la máquina cuyo funcionamiento muy bien había discernido Fray Severino. Al preguntársele si conocía el propósito de dicha máquina, dijo que no sabía más que se trataba de realizar una serie de experiencias para aumentar sus conocimientos de acústica, lo que él vio con buenos ojos, dado que «talento que Dios da y no es usado, es talento dado al diablo». A la pregunta de en qué consistió su ayuda para la realización de la máquina, contestó que «en el cálculo matemático de algunos elementos del aparato, la discusión de algunos principios de la acústica, y poco más». Al cuestionarle respecto a las acusaciones de Sor María Devota del Niño Jesús de seducción y alumbramiento, declara que son producto de la confusión mental de «la pobre Sor María». Que desea dejar bien asentado en este reporte que Sor María es víctima de varias

enfermedades, como ella ha dejado claro desde su ingreso al convento, que le dan unas subidas repentinas de humores al cerebro, provocándole ilusiones como las de la fiebre que, lejos de hacerla una mística, la aturden y confunden grandemente. Que su confesor se ha aprovechado de esta condición para hacer una serie de inventos perjudiciales para la fe, como que Sor María tiene el don de la profecía y visiones sobre lo por venir, historias que él mismo redacta exaltando la imaginación revuelta de Sor María durante la confesión, y luego las vende a quienes las soliciten. Como esto lo hace sin el conocimiento de ella, sin otorgar ganancia alguna a la hermana y azuzando sus fantasías para beneficio propio, resulta evidente que Sor María Devota es una víctima de su propio confesor, papel delicadísimo que a veces hombres sin escrúpulos ejercen sobre algunas pobres mujeres. Quizá los dichos de Sor María sobre su relación con Sor Ágata de la Luz tengan por objeto ser una llamada de atención hacia su propio confesor y el daño que él le inflige. Dios no permita que a estos males que se han nombrado se añada el de seducción, pues ya se sabe que las solicitudes de los sacerdotes a las fieles dentro de los confesionarios es un delito muy común, a pesar de estar tan feamente castigado por este Tribunal del Santo Oficio. Dios bendiga a Sor María Devota y asegure su bienestar y le haga justicia este Santo Proceso.

Declaración de Sor María Devota del Niño Jesús, mística

Sor María Devota, llamada en el siglo Delfina Figueroa, declara ser natural de Cholula, Puebla, y haberse enclaustrado hace dos años con el velo negro, es decir, únicamente entregada a la oración, después de que sus parientes pidieran favor de admisión, pues no se aceptaban en este convento de Corpus Christi otras novicias que no fuesen de origen de nobleza indígena. Pero ella se había encaprichado con este claustro, pues lo había conocido en una de sus visiones allá en Puebla. Le es urgente declarar, dice, para destronar todas las mentiras que las religiosas y mozas han dicho en este Santo Proceso, por lo que se le permitió relatar los sucesos que deseaba referir antes del interrogatorio. Sor María declara haberse percatado desde su llegada al convento de las relaciones ilícitas entre Fray Alfonso de Alba y Sor Ágata de la Luz, pues su celda está junto a la de ella y esta proximidad le permitió oír, en repetidas noches, ruidos como «los propios de la copulación» y risas a altas horas de la noche, mientras el resto del convento dormía. No descarta que en estas reuniones ambos invocaran al demonio, al oírlos tan poco inclinados hacia el arrepentimiento de sus acciones. Esta repetida conducta le ha afectado el juicio, no solo por estar expuesta a semejante falta de decoro, sino porque a últimas fechas ambos se entregaron al endemoniado proyecto de hacer la máquina que se presentó al Santo Oficio como evidencia de su conducta contraria a la cristiana. Para ello, Sor Ágata solicitó a Fray Alfonso la extracción de libros prohibidos de las bibliotecas a las que él tenía acceso, y aunque se declaró incompetente para mencionar los títulos, sí recuerda los nombres de «Copérnicus, Eustaquio, Issaco (o Isaías) Neutonono, Aristóteles, Vansalvas», y varios otros que no recuerda. Lo sabe porque ella vio los libros un día de mucho calor que la monja trabajaba con la puerta entreabierta. Con la complicidad de Sor Elena, la tornera del convento, Sor Ágata tenía muchos encuentros en el locutorio con Fray Alfonso, so pretexto de

la confesión. Aunque supone que ciertas solicitudes eran la prioridad de esos encuentros, recuerda que muchas veces hablaban en tono de confidencia ellos dos junto con otras hermanas indias, como si conspirasen quién sabe contra quién. Confiesa que hasta se le ocurrió escribir cartas a los benefactores del convento con el objeto de rogarles que admitiesen más criollas pronto, pues se sabe que las indias son rencorosas y envidiosas y podrían estar planeando hacerle daño a ella, por ser minoría. Esto la llenó de miedo hasta que, un día, tuvo una visión: se dirigía a tomar el chocolate de la tarde cuando se le apareció el Divino Niñito Jesús. Sus rizos dorados y lujoso ropaje resplandecían al final del pasillo. Con la manita, le hizo señas de que volviese sobre sus pasos. Los aposentos de Sor Ágata tenían la puerta abierta, el Niñito Jesús entró por ella, y ella se dijo que si Su Esposito hacía de tal manera, seguramente no había nada de malo en ello. El Niñito Jesús le señaló la cama de Sor Ágata, cuya forma le llamó la atención: era como una tarima con un colchón sobrepuesto y parecía más elevada de lo normal. Buscando con la ayuda del Divino Niño, halló un mecanismo que abrió una ingeniosa puertecilla, y así se reveló que la base de la cama estaba hueca, por lo que permitía almacenar toda clase de cosas. Fue ahí donde Sor Ágata guardaba el artefacto y los libros prohibidos. Luego el pequeño Jesús se encaminó al ropero grande, y le dijo que ahí se guardarán ambos hasta el amanecer. Cuando Sor Ágata volvió, Sor María pudo escuchar con detalle las relaciones ilícitas entre Fray Alfonso de Alba y la hermana, lo relativo a la manufactura del aparato y su diabólico propósito. Sor María Devota temía la reacción del Divino Niño Jesús ante las caricias y besos de la pareja, pero en su infinita sabiduría y modestia, Su Majestad desapareció en el curso de esos escarceos. Sor Ágata y Fray Alfonso, luego del placer, se abandonaron a la lectura de los libros, y por lo dicho en uno de ellos, resolvieron que necesitaban una piel como la del tambor, pero más fina, para que funcionara el artefacto. Sor Ágata dijo que debían apresurarse a construirla, pues no sabía «cuánto tiempo más podría encontrarse con *ella*», dijo, cosa que de inmediato Sor María no entendió. Fray Alfonso dijo que tal situación era insólita, y que debían aprovechar todo lo posible esa ventana que se había abierto,

dijo, «entre sus dos tiempos». Sor Ágata dijo a Fray Alfonso que precisamente por eso había hecho una lista con preguntas que la mujer a la que aludían debía responder durante la próxima comunicación, a llevarse a cabo un miércoles a las seis de la tarde, por ser el crepúsculo la única hora y el pozo la única geografía que permitía el encuentro. Sor María pidió al Niño Jesús ayuda para memorizar lo que la hermana diría a continuación y así poder transmitírselo al Santo Oficio. Sor Ágata leyó de su lista lo siguiente:

1. Que una vez *engrabado* los sonidos, es decir, los mensajes, y enviados a todas las personas escogidas para la revuelta, ¿cómo podrán escucharlo esas personas? Sor Ágata dijo que pensaba era necesario construir otra máquina. ¿Y cómo se haría llegar esa máquina a tanta gente en las ciudades y en el campo, estando ella en el claustro?
2. Que cómo se consigue que se escuchen más recio las voces *engrabadas*. Si será posible aplicar a un artefacto pequeño los principios de la arquitectura que engrandecen el sonido. Que si un cajón de madera o un caracol marino serían útiles para esa empresa.
3. Que si alguna de estas lenguas que ha *engrabado* junto a sus hermanas sobrevive: náhuatl, maya, otomí, purépecha, zapoteca, mixteca. O si ninguna ha sobrevivido, lo que querría decir que ni ella ni sus hermanas tuvieron éxito.
4. Que cómo es, en otros aspectos, el porvenir, si gente como ella y sus hermanas gozan de libertad y felicidad. Y si no es contrario a Dios que ella pueda tener conocimiento de esto.

Sor Ágata, narró Sor María, comunicó a Fray Alfonso que al día siguiente, a la hora en la que era posible hacer el encuentro, iría al pozo subterráneo a hablarle y a escuchar a esa desconocida. Fray Alfonso se comprometió a que al siguiente día mandaría a pedir la piel que la máquina necesitaba con un laudero que también fabrica tambores en la calle de Donceles y que se llama Ignacio. «Si dudan de mi testimonio, vayan y pregunten por él», aseguró Sor María.

Finalizó su discurso diciendo que nunca olvidará los terrores de aquella noche, en la que descubrió a una de sus hermanas entregada a la carnalidad y al supuesto trato con una mujer que Sor Ágata, Dios la ampare, piensa que vive en otro tiempo, pero que no es otra sino el diablo engañándola para construir un artefacto que generará una revuelta de los pueblos indios, quienes ladinos y resentidos como son, se verán azuzados por él para cometer crueldades contra españoles y criollos, y los obligarán a adorar a sus horrendos ídolos, que ya habían sido vencidos por el poder de Cristo. Dice Sor María Devota que esto ve en las repetidas visiones que su don de mística le permite anticipar, que como portavoz del Dios Único y Verdadero el Santo Oficio no debe hacer oídos sordos de su testimonio, y que por lo tanto espera que a Fray Alfonso y a Sor Ágata los castiguen con la vela verde y la muerte de fuego. Y que, pese a todo el sufrimiento que le han causado a ella, quede claro que desea la salvación del alma de ambos a través del arrepentimiento. Dicho esto, se desvaneció y no pudo hacérsele el interrogatorio, de momento.

Declaración de Sor Ágata

Sor Ágata de la Luz, en el siglo llamada Aurora Ruiz, es natural de la Ciudad de México. Se enclaustró hace siete años al ser la hija destinada a Dios de su familia. Lleva el velo claro, por lo que realiza varios trabajos corporales además de rezar por las almas de los fieles. Se declaró inocente de las acusaciones que Sor María Devota ha hecho en su contra, «aunque no de todas», concedió, lo cual puso en alerta al Tribunal y enseguida comenzó el interrogatorio. ¿De qué delitos se declara culpable, entonces, de los mencionados: alumbrada, ilusa, bígama (si tiene trato carnal con un hombre y esposa es de Cristo) o hereje? A lo que Sor Ágata respondió que no era culpable de ninguno de esos cargos, sino de ciertas conductas expresadas por la pobre Sor María Devota, a quien los humores a los que se refería Fray Alfonso la tienen, efectivamente, muy confundida.

Sor Ágata declaró haber leído, sí, «algunos libros que estaban prohibidos, pero no en su totalidad». Leyó los ejemplares censurados por el Santo Oficio, desde luego, aprobados y facilitados por su confesor, quien es el mayor interesado en la salvación de su alma. Él encuentra edificante su interés por la física y la matemática siempre que ponga esos saberes al servicio de la comunidad, que es justamente lo que desea hacer con el artefacto. Pide al escribano registre a continuación las palabras más fieles a su decir.

Al preguntarle si ha tenido trato carnal con su confesor, o si este le ha hecho solicitudes en el confesonario o cualquier otro espacio del claustro, Sor Ágata respondió que no. A la pregunta de cuál es el propósito del artefacto que construyó en su celda, Sor Ágata respondió que «se trata de una *engrabadora* de sonidos, una máquina capaz de fijar lo dicho en el aire; que así como las palabras y dibujos se pueden quedar escritos usando el cincel sobre la piedra, la madera o el metal, el sonido se pueda quedar guardado en algún

soporte material, para que pueda luego duplicarse y propagarse lejos de su lugar de origen, como los libros».

El Tribunal, un tanto perplejo, preguntó si la idea le había sido inspirada por la mujer de otro siglo que Sor María Devota le escuchó mencionar, a lo que Sor Ágata respondió que «Sor María confunde intención con inspiración, puesto que yo me puse a pensar en estos asuntos a partir de la muerte de mi abuela, que apenas tenía ya con quién hablar en su lengua, misma que a mí no me enseñó. Mi intención al construir la máquina era proporcionar, a las gentes del tiempo por venir, el amor, el saber, las lenguas del presente, de gente como las abuelas de todas las religiosas del convento», dijo. «Y el amor a Dios, por supuesto», añadió. Los oficiales preguntaron si su intención era propiciar una revuelta de los indios y se mostró angustiada ante esa idea. Dijo: «Dios sabe que mi intención era buena». Ante la pregunta de si logró su cometido usando recursos comunes a espaldas de la priora y las autoridades de la Iglesia, respondió: «Por desgracia, fracasé, el aparato no funciona como es debido».

En ese momento, el Tribunal pidió a Fray Severino que hiciera una de las pruebas previstas del funcionamiento de la máquina. Fray Severino explicó al Santo Oficio que llevaría a cabo la prueba utilizando un plato de jabón de tepezcohuite para ver si era posible grabar los sonidos suspensos en el aire sobre él «como la palabra en la piedra». Se le pidió a Sor Ágata que lo asistiera en la preparación del artefacto y, en general, en semejante experiencia. Entonces la religiosa le pidió al padre que hablara fuerte y claro al cucurucho, recitando algunos versos o cantando alguna canción sin detenerse. Fray Severino comenzó a rezar el Ave María, pero el Tribunal lo reprendió por mentar el nombre de la Virgen en vano, así que luego de meditar un poco comenzó a repetir unos versos de Fray Luis de León. Sor Ágata movió la manivela con energía, lo que propició que el disco de jabón comenzara a girar, la gruesa aguja dejando un rastro circular sobre la superficie. La piel sujeta al bastidor de costura osciló con cada golpe de aliento de Fray Severino. Ante cada movimiento de aquella membrana, la placa de latón que sostenía la aguja hizo que esta se moviera sutilmente, alterando el trazo sobre

el jabón. Cuando el padre terminó, Sor Ágata dejó de mover la manivela. Sobre el plato de jabón quedó un trazo en espiral con sutiles variaciones en el surco. En ese instante se experimentó un breve momento de logro y júbilo. Fray Severino, entonces, dijo que la acusada mentía: la máquina sí funcionaba, el sonido había quedado guardado en el jabón. A lo que Sor Ágata respondió: «Pero no se oye». Ante la pregunta de si las voces de sus hermanas que oyó Sor María la noche que Juana la acusó con la priora respondían a esta experiencia del artefacto, respondió que sí. Ante la pregunta de dónde habían quedado ese y otros platos de jabón donde realizó dichos *engrabados*, Sor Ágata contestó que, al quedar imperfectos, los había vuelto a hervir y a moldear «para reusar la costosa materia en consecuentes pruebas», pues había hecho, como todas las monjas, voto de pobreza. Ante la pregunta de si estas eran las cuestiones que le había oído decir Sor María Devota aquella noche que supuestamente había compartido su lecho con Fray Alfonso, la acusada respondió que esas eran las cuestiones que ella a menudo se hacía a solas, en voz alta, en la soledad de su celda, y que Sor María «seguramente recogió con su imaginación desembocada transformándola en la escena que narró al Tribunal». Dado el de todos conocido carácter de Sor María Devota, por quien ninguna de sus hermanas testificó a favor (caso opuesto al de Sor Ágata), en el proceso se hizo un silencio de incertidumbre. Sor Ágata, arrogándose la defensa de sí misma, humildemente pidió permiso para proponer lo siguiente al Santo Oficio para acabar con la sospecha hacia ella, su confesor y las inocentes hermanas de su convento: guardar la máquina a calicanto en una caja de buen cierre y resistencia, en una ubicación donde ninguna persona la pueda alcanzar, junto con el disco de jabón y otros objetos que den testimonio del siglo (algún retrato o retablo, alguna loa a las autoridades eclesiales, una misiva explicando lo que ahí se preserva) hasta que alguien más apropiado que una monja sea capaz de crear un artefacto que los devuelva a la vida en el futuro, «digamos, en unos doscientos cincuenta años o lo que Vuestras Reverencias consideren prudente». El Tribunal mostró satisfacción ante esta idea, que se acompañaría de una penitencia ejemplar para Sor Ágata de la

Luz y para Fray Alfonso de Alba, por supuesto. Luego se haría una fiesta con castillos y toritos, en la que fluya el vino y la colación y los bocaditos guisados de Sor Rosa. ¿Por qué no se entierra aquel tesoro en el pozo subterráneo del convento? Tendría que ser un miércoles a las seis de la tarde. «Podría ser este mismo miércoles, de hecho», aseguró la provisora del convento, segura de que habría viandas para la celebración.

En ese momento, Sor María Devota del Niño Jesús comenzó a azotarse contra el suelo en violentos espasmos, profiriendo insultos hacia Sor Ágata, sus hermanas y el Tribunal. «¡Es una emboscada!», gritó, «¡No acudan al pozo! ¡Ella y la gente del porvenir saldrán por la ventana para destruirnos!». Los oficiales la llevaron a buen resguardo para practicarle un exorcismo, Dios proteja su alma.

El Tribunal de la Santa Inquisición declara inocente de los cargos de ilusa, alumbrada, bígama y hereje a Sor Ágata de la Luz, llevándose amonestación y penitencia menor, y sienta precedente positivo para el juicio de Fray Alfonso de Alba, que se llevará a cabo el miércoles de la semana entrante, previo a la celebración del enterramiento del artefacto a las seis de la tarde en el pozo subterráneo del Convento para Indias Nobles de Corpus Christi, México, año de Dios de 1779.

Conspiración de los elementos

Llegaron las lluvias largamente anunciadas.

No las de siempre, que hacían crecer la milpa, el zacate y las calabazas. No las que hacían brotar destellos dorados en el aire cuando amanecía, ni las que invocaban los siete colores del arcoíris por las tardes. No las tormentas nocturnas que después de un rato se alejaban tronando, refunfuñonas.

Llegaron las más temidas, las feroces e imparables, las que eran profecía científica e irían anegándolo todo, provocarían derrumbes, harían tiritar de frío a gente y animales. Las que inundarían poco a poco las ciudades de distintas latitudes hasta convertirlas en reliquia subacuática, en recuerdo. Llovía casi todo el tiempo, incluso cuando el sol brillaba en el punto más alto del cielo.

Pero Ayutla estaba preparada para la paradoja.

Llevaban demasiado tiempo sin tener agua corriente como para no alegrarse, al menos un poco, por la posibilidad de empaparse; aunque sabían que la situación no era un chiste, y que correrían peligro si no se organizaban para enfrentar todo lo que vendría. Continuaron repartándose las tareas acordadas en la asamblea, donde las mujeres hablaban fuerte y claro y el resto les seguía, pues sabían que ellas observaban y escuchaban con cuidado las necesidades comunales. Se aseguraron de que la gente, los animales y la siembra tuvieran suficiente agua; al mismo tiempo sortearon los aguaceros, contuvieron los derrumbes, protegieron la casa.

Hubieron de adaptarse y armar nuevas estrategias. Revisaron las ciencias, los calendarios y tecnologías que habían desarrollado desde mucho atrás hasta entonces, y tomaron lo que podrían aprovechar. Cuando alguien compartía una idea nueva, o que había conocido de

otra parte, se calculaba qué tan conveniente podía ser adaptarla y se ponía a prueba, como el pararrayos de contenedor subterráneo, que almacenaba una buena cantidad de energía eléctrica, pero estaba en fase experimental y no se usaría a la ligera. Algunas resultaron muy útiles, como los sistemas de microcaptación pluvial en franjas de cultivos con que fueron trabajando la tierra de a poquito; o la de exprimirla el agua al aire con los atrapanieblas (que no pocos visitantes confundieron con redes para jugar voleibol). Otras se anticiparon a lo peor: ¿qué harían si el agua inundaba las casas, si se desgajaban los cerros? Perfeccionaron la hidrosiembra con mezclas de cactus y composta, que endurecen la superficie pero permiten filtrar el agua y que, a diferencia de los químicos, no lastiman el agua del subsuelo. Apelaron a futuras plantas y futuros árboles de raíces fuertes para ayudar a mantener la tierra en su lugar y frenar los deslaves. Con paciencia y esfuerzo hicieron buena alianza con el cerro, con el agua y los animales y el bosque, con los nuevos bríos de los elementos, pues habían cambiado de ritmo y humor.

Pero Ayutla también se enfrentaba a una cuestión más difícil de resolver: la constante amenaza de los grupos armados que habían secuestrado su manantial con los modos estridentes de la gente débil y cobarde, capaz de lastimar personas, que cree posible dominar un bosque o controlar el ímpetu del fuego. Al parecer, no se conformaban con el agua: querían tierras. Para arrebatárselas, amedrentaban a las comuneras de Ayutla, propietarias de las hectáreas que más convenientes eran para los intereses de oscuros mercachifles de drogas y minerales.

Las topiles sabían hacerles frente y estaban atentas, aunque sabían que hasta que no perfeccionaran las nuevas técnicas experimentales de autodefensa, su protección no sería suficiente, porque a saber hasta dónde podrían llegar quienes ya no escuchan la voz de la montaña. No era fácil, pero el pueblo sabía organizarse y mantener la paz. Ayutla no estaba sola, primero, porque se tenía a sí misma. Luego, porque fuera de ella se supo lo que estaba padeciendo. Desde hacía años mucha gente se había unido a su reclamo, y el nombre de Ayutla y el nombre del agua unidos se

dijeron muchas veces en ayuujk y también en lenguas que no eran el ayuujk.

Las amenazas de los grupos armados continuaban a pesar de las lluvias nuevas e interminables, hasta que Ayutla comenzó a darse cuenta de que estaba ocurriendo algo extraordinario: el pueblo no sufría los estragos del clima de la misma manera que sus agresores. De hecho, en Ayutla estaban bien. Tenían más agua, dominaban las técnicas para aprovecharla y tratarla, alimentos suficientes y medidas de contención contra el desastre que estaban funcionando: nadie había perdido ni la salud ni la casa ni animales, ni las calles se habían vuelto arroyos intransitables.

Mientras tanto, llegaban noticias de que los grupos armados sufrían continuos accidentes: las armas se les disparaban chueco o sin querer, lastimando a sus propios dueños. Y es que, ya de por sí deterioradas, la humedad insólita a la que se exponían las oxidaba y estropeaba tanto al mecanismo como a las municiones. Ya no podían confiar como antes en aquellos objetos depositarios de su fe y su poder. En los caminos, los animales que les salían al paso se les ponían al brinco. Sin las armas a punto, ya no podían herirlos ni matarlos tan fácilmente. Venganzas más sutiles llegaban en forma de montones de mierda de tejón, tapires y jabalíes, oculta por charcos que no solo los hacían resbalar: las caídas les llegaron a romper un brazo o una pierna. Ni qué decir de los cultivos de amapola: las pobres flores no quisieron empujar la tierra sobre ellas para brotar y darles gusto. Parecían tener, como las ciudades echadas a perder, como la mayoría del mundo «civilizado», a los elementos furiosos y en su contra. Y furia les devolvían, sin ser plenamente conscientes de que solo se causaban más daño a sí mismos.

Una noche despejada en la que solo había una ligera llovizna, un grupo armado se arrojó sobre Ayutla, desorganizado, armado y feroz. Las autoridades de la asamblea, las comuneras y las topiles supieron que era el momento de usar todo lo experimentado, lo pensado, lo nuevo y aprendido. Y sacaron los bastones de autodefensa que dormitaban en el contenedor subterráneo del pararrayos. Al contacto con esos cuerpos agresivos pero erráticos

que les intentaban disparar, los bastones emitieron descargas que inmovilizaron el gesto y las manos de forma grotesca. Las mujeres más viejas no podían evitar reírse, recordando a los machos de antaño que se hacían los valientes dándose de toques con una máquina en las cantinas. Así los desarmaron y contuvieron; luego llevaron las armas al pie de una pared de roca en la periferia de sus no-dominios, una que la asamblea tenía bien ubicada desde hacía tiempo porque no tardaría nada en desgajarse y colapsar como un polvorón.

Amanecía, y Ayutla entera acudió a ver cómo acabaría todo. Decidieron hacer la última prueba, la más riesgosa. El grupo de mujeres comisionado para semejante tarea activó el mecanismo del contenedor subterráneo del pararrayos que liberaría los restos de la descarga eléctrica almacenada en un punto específico, elegido con inteligencia y cuidado. Tanto los pelos de personas como de animales se erizaron con aquella corriente, y también al ver cómo la tierra comenzó a temblar levemente bajo sus pies y las rocas fueron cayendo sobre las armas, sepultándolas.

La banda hizo sonar acordes de fiesta y comenzó el baile para celebrar, como hacía rato no podían hacerlo, que había funcionado ese largo y amistoso acuerdo con la voz del cerro, con el agua y los animales y el bosque. Que su recompensa era esta exitosa conspiración de los elementos.

El arte de la memoria

Cuando la inmensa nube de polvo se asentó en el suelo, ligera y sedosa como si el tiempo mismo hubiese llegado por fin a su destino, Cordelia despertó. El escudo de la plataforma había resistido pese a todo, y el golpe en la cabeza no era, por lo visto, demasiado severo. Soñaba con agua, mucha agua y rayos de sol que se filtraban en la mediana espesura de un bosque que no conocía.

De vuelta a la realidad, Cordelia notó que todos estaban muertos. La sala de control era un amasijo de placas de metal, carne y sangre. Las señales estáticas de radio y televisión no daban cuenta del estado del mundo, si la gente contenía el aliento o se preparaba con resignación para el final, o si ya sonaba el griterío y el chirriar de dientes pronosticados por las religiones que predijeron el Día del Juicio, con todo y dragones de siete cabezas adornadas por diademas de piedras preciosas, como se lo había imaginado Cordelia desde que se lo enseñaron en el colegio de monjas.

¿Cuánto faltaba para el final de todo? No recordaba cuánto habían dicho (Cordelia, entre muchas otras cosas más, tenía mala memoria). Que el lanzamiento fracasara y esta desgracia sucediese se había planteado como una posibilidad en verdad muy remota.

La esperanza de despegar con fuerza nunca antes vista, de ir en busca de los *hermanos* (como ellos mismos se proclamaron), de encontrarlos y obtener —¡al fin!— todas las respuestas, tuvo al mundo entero embriagado de dicha.

El mensaje había sido preciso, casi afectuoso: «Vengan, hablemos de cómo ustedes y nosotros hemos crecido sin la ayuda de nadie. No estamos solos en el universo. Somos huérfanos y

hermanos». Al menos eso es lo que la cuidadosa traducción de Cordelia había revelado.

Las indicaciones eran pulcras, precisas, obvias hasta el enfado. ¿Cómo no habían imaginado antes esa forma de viajar? Era tan simple como arrojar una botella al mar, una botella que navegaría el universo sobre olas de pura energía. Les costó entender que el caótico viaje tendría, a pesar de todo, un orden, un destino predeterminado. La clave no estaba en diseñar la ruta, dijeron los hermanos, sino el *paisaje*. Es decir, a los humanos les correspondía crear la marea de energía necesaria para que su botella viajara lo suficientemente lejos, tanto como para chocar con la otra orilla en poco tiempo. Los hermanos estarían ahí, esperando a tres cosmonautas.

Puede que salga mal, dijeron varios, que un nimio fallo acabe con todo. La energía del lanzamiento estaba programada para comportarse como una ola, que solo sería apaciguada si se canalizaba en la trayectoria de la botella. En cambio, si fallaba, volvería una y otra vez, una y otra vez hasta hacer polvo a la Tierra tal y como el agua convierte a las rocas en arena. Pero incluso los que previeron cuál sería el peor de los escenarios creían que el riesgo valía la pena. Se construyó la base de lanzamiento, se diseñó la nave (la prensa tuvo la culpa de que la «botella» no pudiera tener otro nombre) y se formó el equipo de los elegidos que llegarían hasta los hermanos, los que responderían al mensaje. Cordelia no estaba entre ellos. No terminó el entrenamiento para resistir el viaje, no pasó las pruebas, nunca se creyó capaz. Pero no podían prescindir de ella. Había traducido el mensaje, comprendía más que nadie el pensamiento de los hermanos y, por si fuera poco, fue ella quien diseñó la expedición. Por eso estaría en la plataforma, el lugar más seguro por su cercanía con la botella, monitoreando el lanzamiento y nada más. Sabía que esto era poco más que un gesto simbólico. Era en la sala de control donde estarían los que no se equivocaban, quienes se llevarían los honores cuando nuestra forma de vida llegara a buen puerto.

Y ahora esta versión de la vida, la humana, estaba a punto de terminar.

Cordelia sollozaba, quería llorar por el fracaso, por la muerte de toda esa gente, pero por ahora debía esforzarse y pensar. ¿Tenía una hora y 45 minutos antes de la siguiente ola?

Qué desastre, Cordelia. No podía recordar nada nunca, ni en estas circunstancias. «Por eso nunca llegaste a ser cosmonauta», se dijo. Por ahí debía haber empezado: ¿estarían vivos aún los muchachos? Quizá la protección de la plataforma los contuvo a ellos también. Sería maravilloso.

La imaginación de Cordelia obró de manera prodigiosa. Los supuso vivos, un poco zarandeados, pero estables. Ella podría intentar lanzarles durante la siguiente ola, y así cumplirían con la cita. Ya no había mucho que perder, y si funcionaba...

Entonces no habría terminado todo. Esta versión de la vida continuaría en otra parte.

Corrió hasta la botella, que parecía intacta. Seguía siendo la perfecta estructura que habría de llevarles a ese muelle desconocido. Imaginó el espacio, la forma de los planetas que verían pasar a los cosmonautas, los colores de las nebulosas, el latido ronco de los pulsares... ignoró los bultos inmóviles de pelo, tela y dientes que atisbaba aquí y allá. Ignoró el dolor que le produjo recordarlos vivos y entusiastas apenas unas horas antes.

Manipuló las órdenes para abrir la botella, sus dedos temblando sobre el flujo de cristales de la consola. Le faltaba el aliento. Culpó de ello a sus muslos gruesos, a su torpeza habitual. Por eso nunca llegaste a ser cosmonauta.

Al ingresar a la botella no llamó a ninguno. Quería evadir el momento en que no le respondiera nadie. En el fondo lo sabía: halló sus cuerpos congelados en el último gesto, que no fue de dolor (quizá, acaso, de sorpresa). La piel les brillaba con ese raro resplandor con que la muerte embellece. No pudo evitar sentirse afortunada. Enseguida se arrepintió de haberlo pensado. Era una persona horrible. No era una cosmonauta (la memoria, los cálculos fallidos, el peso corporal, la inestabilidad emocional y, ay, tantas averías más), pero había diseñado las preguntas, cómo habría de ser el primer intercambio, qué habríamos de decirles que somos. ¿Eso la redimía, de alguna forma? Qué pretensión más estúpida, pensó.

¿Cuánto faltaba para morir?

Afuera, a lo lejos, en el mirador del lanzamiento, alcanzó a ver que las raídas banderas de las naciones ondeaban aún en el aire. Las gradas se adivinaban vacías, abandonadas con espanto. ¿Qué habrá sucedido con toda esa gente?

El sistema de alarma aulló. Vaya, algo tenía que funcionar, después de todo. Anunciaba la siguiente ola:

25 minutos.

¿Sufriría mucho el resto del planeta? ¿Estarán experimentando dolor?

La comisión de riesgo había concluido que no, pero también dijeron que el lanzamiento sería un éxito. Ya no podía tener la certeza de nada.

¿Por qué era ella la que seguía viva? Ella, la más torpe. Y tonta, y mezquina, y nunca una cosmonauta.

¿Y si impulsaba la botella con la segunda ola?

19 minutos.

Todos sus errores habían tenido solución. La habrían elegido si hubiera observado la dieta, si hubiera puesto atención en la verificación de los cálculos, si hubiera sabido encontrar un método para no distraerse, para recordar lo importante...

Había uno. El arte de la memoria. La mnemotecnia de Simónides de Ceos, eso sí que lo recordaba bien, mira qué cosas tan inútiles guarda una en la cabeza.

Era una fórmula maravillosa: ibas a un lugar, por ejemplo, la fachada de una antigua iglesia, y asignabas a cada elemento arquitectónico una parte del recuerdo. Digamos que una quisiera preservar en la memoria el último encuentro con su madre. La hornacina podrían ser sus ojos. Las columnas, su vestido. La puerta, sus palabras. Cada elemento guardará un trozo de la idea, del momento. Y cuando hayamos depositado cada uno de ellos en ese lugar, y después de un tiempo volvamos a él, la fachada orquestará el recuerdo para nosotros.

10 minutos.

¿Qué habitación, qué arquitectura habrá allá arriba para guardar lo que fuimos? Pensándolo bien, el espacio desconocido era el lugar

adecuado para el altar de la memoria humana. Tan vanidosos, tan contradictorios. Tan efímeros.

6 minutos.

Quizá en realidad había pocas cosas que preservar. ¿Qué significado tendría para los otros un almanaque de fechas y aburridos paisajes? Y sin embargo, ¿significarían algo nuestras minúsculas bellezas?

Aquello que la asamblea había aprobado dentro del mensaje de respuesta seguía siendo tan limitado e hipócrita como cuando prohibieron la desnudez en el disco de oro del *Voyager*.

Ella describiría los cuerpos desnudos y el goce de descubrir el propio primero, y el ajeno después. El tacto de otra mano embonando con la nuestra. La temperatura del vientre, siempre cálido, atareado y ruidoso. El cuerpo de los niños, hecho de un solo trazo, corriendo a bañarse en un río. Los guardaría en una nebulosa rosada... en la NGC 6357, la más linda de las difusas, una guardería de estrellas niñas.

5 minutos.

El olor de los árboles. El rumor nocturno de un bosque. La Sh2-277 en Orión podría ser un buen lugar para las ramas, el frescor, el rocío. El ulular de un búho y el rugido de un oso.

4 minutos.

El arcoíris dentro de un charco de aceite regado en el concreto. El baile, el licor de manzana. El olor del maíz. El arcoíris fantasma que aparece para una sola persona cuando está de pie frente a una cascada, y que perderá si se mueve, y que nadie más podrá ver, nunca. Nubes anaranjadas y violetas. Los fantasmas y la tristeza de las casas embrujadas. Necesitará un asteroide vacío para guardarlos, un cascarón de cuerpo celeste.

3 minutos.

Ha decidido que arriba los cosmonautas tendrán mejores honras fúnebres. Las enanas rojas serán perennes flores sobre sus tumbas. Nunca se marchitarán.

En los gabinetes encontró, entre otras cosas, fotografías de las familias de los muchachos, el cambio de trajes y, cosa curiosa, un paquete de semillas de *Myosotis sylvatica*, esa florecita azul cuyos

pétalos parecen orejas de ratón: la *nomeolvides*. El traje le aprieta, pero oxigena bien y permite la movilidad. Y qué más da, si probablemente después de la ola no quede del planeta, ni del traje, ni de ella, mas que cenizas. O ni eso.

2 minutos.

Se ha asumido como una impostora. ¿Qué dirán los hermanos, si llega a encontrarlos, cuando la vean llegar con tres cadáveres, un traje ajeno y una maceta de *nomeolvides*? Le habría encantado llevar a bordo la lealtad del perro y la armonía del gato. Pero para eso habrá nebulosas enteras. Buscará la Ojo de Gato para preservar el ronroneo y llenará a Sirio con la memoria de los perros que le ladran al mar.

El desierto. Los reptiles.

Es muy probable que la ola no la impulse. Pero si algo habría de decirse acerca de los humanos es que solían intentarlo hasta el último momento. O eso hacían los mejores de nosotros, pensó Cordelia.

1 minuto.

La lluvia humedeciendo la tierra, los besos de labios fríos, el olor de la carroña. La música. El vuelo de los pájaros, el fuego. Una sala de cine que se quedó muda al terminarse esa historia. El terciopelo. Los peces. Las telarañas. Un padre alimentando a su hija, a cucharadas.

Cordelia advierte la cercanía de la implosión, deja caer la botella en el vacío que se aproxima.

Sus ojos alcanzan a mirar en la ola el rostro misericordioso del tiempo.

La sincronía del tacto

Nos queríamos, pero no como habían dicho que lo haríamos Neruda o las telenovelas. Habíamos sido novios y habíamos fracasado. Cuando descubrió que mi actividad extracurricular favorita era romper los corazones de los profesores de la facultad, cobró venganza llegando a una fiesta de la mano de otra chica y decidí esfumarme de su vida. Ahí habría quedado todo. Pero nos resistimos a conocer el mundo separados. El teléfono siguió sonando todas las noches a la hora de siempre, hasta que, pasados varios meses, por fin respondí. Nos disculpamos. El alivio que sentimos fue instantáneo. Nos pusimos a platicar de cualquier pendejada, era imposible descubrir una canción, película, o libro sin anunciarlo urgentemente al otro. Hablábamos durante horas tratando de asir por la cola a la escurridiza criatura del Significado que a veces se dejaba ver. Anhelábamos hallar la clave de quién sabe qué cosa. Presentíamos que se nos revelaría conversando.

Una tarde, cuando estaba a punto de ir al súper con mi mamá, llamó. Su voz sonaba distante y metálica, hablaba desde un teléfono público. Estaba tan emocionado que hasta mi mamá oyó sus gritos escapándose del auricular. Intuyó que aquello tomaría tiempo y mejor se fue sola.

—Encontré algo. Algo maravilloso.

—¿Qué?

—Una flor.

—Una flor —dije, solo por hacerle sentir que lo escuchaba.

—No tienes idea de lo que hace. Necesitas venir, pero así, ya, ahorita.

Él había probado todas las drogas; yo, más curiosa por el sexo que por los estimulantes en ese entonces, solo lo había acompañado en su peregrinaje dentro de cada una de ellas.

—¿En dónde estás?

—En San Agustín del Mar —solté una carcajada. Estaba a más de 600 kilómetros de la ciudad.

—Sácate, menso. ¿Cuándo regresas?

—Es en serio. Ven. Te guardé zarzamoras.

—No puedo. Tengo que hacer la tesis, ¿te acuerdas?

—La harás, créeme. Te vi terminarla, pero debes conocer a la flor. No sé cómo explicarlo.

De pronto me entró miedo de que se le hubiera frito el cerebro. ¿Y si estaba en un malviaje? ¿Qué tal si esta llamada era producto de un delirio o de la paranoia inducida por quién sabe qué coctel químico? ¿Tendría que hablarle a su mamá? Su mamá me daba miedo.

—Dime algo —pedí para sondear su equilibrio habitual de locura-cordura—: ¿Corres peligro de hacerte surfista, comer flores y no volver nunca más? ¿Necesitas que vaya por ti?

—Tranquila, estoy bien. Pero tienes que venir. Esto es importante. Y necesito que me ayudes a entenderlo, y no solo porque seas bióloga —su tono indicaba que no era una emergencia real, y sin embargo...

—Una casi-bióloga, y una muy defectuosa —le recordé, pues no había podido salir a campo desde hacía mucho.

Entre nuestras voces se entrometió la grabación de la operadora fantasma indicando que el tiempo de llamada se agotaba. No dije nada más, pero él sabía que yo nunca me resistía a las llamadas de auxilio para tratar de *entender* lo que fuera. Esa era mi adicción.

—¡Se va a cortar! Estoy en las cabañas de la cumbre. Ven con cuidado.

Éramos unos niños mimados, pero no miento si digo que llevábamos en el pecho un hueco fértil preparado para recibir la semilla. Vivíamos con nuestros padres en ese estado intermedio

entre la titulación y el desempleo, más que afortunados, pues el dinero que llegaba a nuestras manos lo usábamos para satisfacer los vicios: las películas quemadas del cinéfilo del tianguis, los álbumes, los conciertos, la fiesta o los libros. Aprovechándonos de nuestra fama de buenos estudiantes, gastábamos el tiempo: no hacíamos la tarea sino que nos abstraíamos en la música toda la tarde, con la mirada fija en el techo, o navegábamos por internet (cuando nadie más usaba la línea telefónica) para saber cómo dominar el sueño lúcido en oscuros grupos de Yahoo! En fin: extendíamos la mano y dábamos por hecho que se nos concederían deseos como viajar repentinamente. No era una petición descabellada: muchos universitarios hacían «turismo revolucionario» con la idea ingenua de *ayudar a los indígenas*, así que para nuestros padres era una suerte que nosotros fuéramos más ensimismados y cobardes. Pasar la noche en cabañas montañosas y no en la revuelta zapatista los dejaba tranquilos, pero solo porque de jóvenes no habían sido lo suficientemente hippies como para saber que la razón principal por la que ir a San Agustín del Mar era el turismo psicotrópico. Mi labor de convencimiento incluyó promesas poco realistas.

—Regreso y enseguida me titulo, te lo prometo.

—No se trata de eso. Es que no tiene ni un mes que saliste del hospital.

—¡Pero ya estoy bien! Voy a cuidarme mucho.

—La última vez que dijiste lo mismo estuviste recogiendo muestras bajo la lluvia toda la noche. No me hagas repetir cuántos días estuviste internada.

La sobreprotección, si bien comprensible, me aplastaba como una losa. Obtuve el permiso con la condición de no separarme del medicamento y de que me acompañara Claudia, vértice del triángulo escaleno que formábamos los tres juntos.

—Si ella no va, olvídate. Los va a atemperar a ustedes dos. Ella merece vacaciones porque ya se recibió. Pero, sobre todo, no va a dejar que te descuides —sentenció mi mamá, echándole sal a mis heridas.

Las primeras cuatro horas de viaje fueron de chisme y risas, pero durante las tres restantes hacia San Agustín del Mar me dio un mareo que jamás había experimentado, quizá una prefiguración del vértigo por venir. El camión oxidado que los pasajeros compartíamos con pollos, bultos de hierba y huacales con mercancía ascendió por una carretera en espiral. Chupar un limón no me produjo alivio, ni siquiera me sentí capaz de ponerle pilas nuevas al reproductor para distraerme con música. Me acurruqué sobre Claudia y cerré los ojos, intentando frenar la náusea. Al llegar, el aire puro y frío y la vista hacia un mar de nubes lamiendo las copas de una multitud de pinos me dieron sosiego.

Hallamos las cabañas enseguida, pero Ekar no estaba. Por las señas que intercambiamos con Epifanía, la dueña del lugar, supimos que sí se hospedaba ahí y que había salido de excursión con Toribio, su esposo, para buscar a los *niños del agua*. Claudia y yo dimos una vuelta por la calle principal del pueblo, comimos sopa de hongos no-mágicos, quesadillas, chocolate en agua y pan de yema. Las señoras del comedor alabaron nuestro buen diente y nos advirtieron que quizá habíamos comido demasiado si después íbamos a *viajar*. Paseamos por el bosque antes de que cayera el sol. En lo alto, se nos dijo, vivía la niebla, pero si bajábamos siguiendo el trazo plateado del río, el clima cambiaba hasta ser casi tropical. Como una promesa del mar, allá la tierra caliente ya daba plátanos y cafetales.

—¿Cómo vas? —a Claudia le preocupaba que mis bronquios no resistieran la humedad helada de la neblina y la caminata.

—De lujo —yo a veces mentía diciendo que todo estaba bien, y de pronto no mentía: poco a poco empecé a sentir que respiraba como nunca, y que retenía en el pecho el olor del encino (*Quercus rugosa*), el brillo de la resina del pino (*Pinaceae*) y sus agujas que arañaban la vista del lecho de nubes a nuestros pies. Me cruzó por la cabeza una idea absurda: quizá había muerto en el hospital y esto, nosotras dos habitando este paisaje, era el paraíso.

Ekar estaba más flaco, pero igual de eufórico que siempre. Sus pestañas largas proyectaban una sombra en sus ojeras. Al encontrarnos nos abalanzamos los unos sobre los otros con efusión de manada. Atardecía. El cielo ardiente enmarcó nuestras siluetas a

contraluz en un ventanal. Tomé una foto de nuestro reflejo con la cámara que nunca aprendí a usar en toda la carrera y que, entonces sí (me dije), tendría cuidado de manejar bien. Pero todo se quedó en la buena intención. Nada de lo que realmente vivimos aquellos días podría haber sido fijado en una imagen estática, bidimensional, fuera del tiempo y del tacto.

Ekar nos hizo seguirlo a la cocina del lugar. Sobre la mesa de Epifanía y Toribio se extendía la cosecha de hongos. *Los niños del agua*. Reconocí al mítico *Psilocybe mexicana* que tantas veces había visto en los libros, pero nunca habría imaginado la intensidad real del color negroazulado que se coagulaba en ellos como una sangre venida de otro mundo. Eran muchísimos, húmedos y oscuros, de diversas formas y tamaños. Toribio nos explicó la diferencia entre sus tipos: los Maestros y Derrumbes, los Pajaritos y San Isidros; habló de cómo la lluvia y la hojarasca o la bosta del caballo y la vaca producen su predecible pero extraño nacimiento. Nos preguntó si ya sabíamos cómo debíamos tomarlos, lo que sentiríamos, cuánto tiempo duraría, etcétera. Mencionó que ni él ni Epifanía oficiaban rituales, simplemente recolectaban y ofrecían hospedaje a quien quisiera comerlos.

—¿No pasa nada si ella tiene asma? —preguntó Claudia.

Toribio dijo que hasta se me iba a curar. Epifanía se puso a hacerme un té que prometía lo mismo. Luego él continuó.

—En realidad esto debería hacerse bien, con alguien que sepa. Yo sé distinguirlos, sé cuánto comer y cuánto no, pero eso no es *saber*. Se necesita quién acompañe el alma de uno. Eso es lo importante y ya nadie lo valora.

—Los que te ofrecen un paquete de temazcal con exfoliante y un viaje de hongos no entienden nada, esas son chingaderas. Los comprendo, pero que no jodan, eso no es sabiduría. Aunque igual: yo tampoco sé nada de nada. Ven, que te doy un suéter. No te nos vayas a enfriar —dijo Epifanía, y la seguí.

Mientras tanto, Ekar ayudaba a disponer sobre las hojas santas varias dosis que los anfitriones debían llevar a los huéspedes: ocho pajaritos, tres derrumbes y dos San Isidros para el grupo de la

cabaña seis; té de hongos, la forma más suave de tomarlos, para los fresillas de la cuatro, etcétera.

—Y aguas, que hay marranos —advirtió Toribio. No hablaba de los cerditos de una granja.

—Si alguien los amedrenta, les dicen que aquí no está prohibido hacer esto, que aquí nos regimos por usos y costumbres. Tengan cuidado —reconvino Epifanía cuando volvimos a la cocina y nos ofreció de cenar unos tamalitos. Claudia y yo aceptamos, por supuesto, intuimos que teníamos por delante una larga noche.

Pero no fue así. El coro del bosque cantaba ruidosamente. Nos sentamos en el porchecito. Me maravilló la cantidad de estrellas que se podían ver: fulgores blancos interrumpidos de vez en vez por las despeinadas coníferas. Ekar quitó las cobijas de las camas y nos cubrió con ellas. Y luego me puso en la palma de la mano un objeto que, bajo la luz nocturna, parecía una persona diminuta. Era la flor. Sus pétalos se oxidaban, se notaba que la había cortado hacía ya varias horas. Aun así, noté su coloración de madreperla cruzada por finas vetas de un azul eléctrico.

—Huele —me sugirió.

Aspiré. Tenía un olor complejo, múltiple. Olfateé hasta estornudar. Pensé en los perfumes lujosos hechos con estratos de olores, con distintas notas. Pero esos aromas suelen percibirse de forma sucesiva, mientras que el espíritu de la flor era, por así decirlo, simultáneo: a vainilla y a polvo, a musgo, arena y almizcle, al húmedo interior de una cueva, a sal y a sangre.

—Huele a...

—Dilo.

—No tiene sentido —la pasé a Claudia y aspiró. En su expresión de asombro encontré lo que quería decir—. Huele a *tiempo*.

Ekar sonrió con los ojos. Era justo la respuesta que esperaba.

Los otros huéspedes nos interrumpieron para saludar e invitarnos cerveza. Andaban alegres, pero no de hongos. Algunas bailaban, otros hacían malabares con antorchas, un par más jugaban a no sé muy bien qué. El olor del queroseno y el humo hizo que Claudia se preocupara por mis bronquios; sugirió que nos moviéramos de ahí,

aunque al poco rato Toribio salió a pedirles que apagaran el fuego. ¿No se percataban de que estábamos en pleno bosque?

Ekar nos contó que el primer día fueron tempranito a recolectar hongos. Toribio le señaló un lugar perfecto para surtirse: ahí donde las vacas pastaban, dejando a su paso abundante excremento.

—Es muy poético que de la caca de las vacas surjan portales hacia la conciencia —admitió Ekar, haciendo una especie de reverencia imaginaria a alguna de ellas.

Una vez las amables rumiantes le permitieron tomarlos, los compartió con Toribio. Decidió no quedarse quieto en la media hora que tardarían en hacer efecto y caminó siguiendo el curso del río, observado por las que, a estas alturas, ya eran sus conocidas. En algún momento oyó que alguien lo llamaba y se internó en la ladera izquierda del bosque, muy seguro de la dirección que debía tomar. Lo llamaba por quien era, nos dijo.

—Pero no llamaba a «Ekar», obviamente, sino *a mí*. A la presencia, al conjunto temporal de cosas, de carne e ideas que soy, pues. Hay muchas cosas que no sabré explicarles.

Quien le había hablado era un árbol.

—No sé cómo lo llaman, ni su taxonomía, tú ya nos dirás —me dijo—, pero sí sé quién es. Lo reconocería entre todos los árboles, así como las reconocería a ustedes entre la multitud del metro Pino Suárez.

—¿Y qué te dijo? —urgió Claudia.

—Me saludó —se rio él solito de lo absurdo que sonaba—. Platicamos un buen rato de muchas cosas que ya no recuerdo bien. De lo que sí me acuerdo es de que empecé a pensar en ti —me miró—. Y entonces tú me mostraste la flor.

—¿Yo?

Asintió.

—Como si estuvieras junto a mí y te pudiera tocar.

Vi el amanecer sola, cobijada por el suéter que Epifanía me había dado la noche anterior. Hacía viento. Las nubes se agitaban como las olas de un mar verdadero. Mis dos amigos dormían con los rostros hacia mí, la luz rosada los iluminaba.

Mientras Claudia y yo desayunábamos un atole de arroz, Ekar ya había guardado en su mochila la discreta dosis de psilocibina que llevaríamos. Me guardé en el impermeable el inhalador y el teléfono celular que me habían obligado a llevar en caso de emergencia (eufemismo familiar para «por si te pones mal»). Ni siquiera estaba encendido: no servía para nada porque ni Ekar ni Claudia tenían uno, y, además, ni de chiste había señal ahí.

Seguimos el camino conducidas por nuestro amigo: el sendero hacia abajo, el río, las vacas; nos parecieron buena compañía para iniciar el viaje, así que nos tumbamos donde comenzaba la ladera izquierda del bosque. Ekar abrió la mochila, sacó la hoja santa que guardaba a los *niños del agua*. Estábamos alegres, aunque ceremoniosos, como tratando de mostrar respeto por la ocasión de una manera que haría sentirse orgullosos a Toribio y Epifanía.

Dos hombres salieron por detrás de los árboles. No notamos que estaban ahí, con todo y que éramos un par de chilangas que vivían en constante alerta, y Ekar, alguien que estaba acostumbrado a la vigilancia, a ser eterno sospechoso para las autoridades, que siempre querían hallarle un churro de mota para culparlo de lo que fuera.

Los marranos. Policías. Ambos llevaban lentes oscuros y pistolas en el cinturón que toqueteaban con sus dedos llenos de anillos.

—Hijo, ¿qué pasó? Expones a tus amiguitas. Trae acá estas porquerías. Por su propio bien.

Tomó el atado de hoja santa y se lo fajó entre pantalón y espalda.

Me asqueó que nos hablaran como los tíos borrachos y lujuriosos que, sin empacho, dan consejos paternales. Claudia los miró, firme. Si hubiera estado de pie, los habría rebasado en estatura.

—Esta actividad es legal aquí —les dijo.

Los marranos rieron. Detrás de ellos, vi que las vacas se alertaron.

—Allá, mamacita, en tu hotel. Aquí es otra cosa. Párate, mi reina. Vamos a ver qué traes.

Ekar, que ya se había levantado, les entregó su mochila.

—Esto es todo lo que traemos. ¿Podemos hablar aparte ustedes y yo? Ellas no tienen la culpa.

Rebuscaron en la bolsa. Se burlaron de la cantidad de dinero que llevábamos, se quedaron las pocas cosas que había y aventaron la mochila, como ladrones, hacia atrás. Hacia las vacas.

—¿Y ya, eso es todo? Esto es cárcel, pinche marihuano. ¿Dónde traen la mota? A ver, ayúdenle a su amigo. ¿En qué parte del cuerpo se las escondió?

Uno de los hombres jaló a Claudia del brazo y eso me llenó de rabia. Me puse frente a ellos, temblando. Las vacas nos miraban y, por alguna razón, eso me dio valor.

—Tenga. Este medicamento es costoso. Y este celular también — dije, mientras les entregaba ambos objetos. Era una negociación infantil, patética, pero a los marranos les brillaron los ojos. Una de las vacas, de pelaje casi rojo, se acercó despacio. Miré a Ekar y supe que él la veía en mi mirada. Los hombres le daban la espalda. Ekar también, pero yo podía notar que sabía. La vaca aceleró, él tomó mi mano y yo la de Claudia para jalarnos en dirección opuesta al animal. Uno de los policías gimió, apenas pudieron apartarse para evitar que los embistiera. No era una escena cómica. El hombre que había agarrado a Claudia intentó sacar una pistola, pero se lo pensó mejor cuando el animal se impuso y bajó la testuz para atacar. Ambos le tuvieron miedo a esa bestia mansa que se tornó en furia protectora, o quizá los policías consideraron entonces que podrían meterse en problemas con el dueño del ganado. Como sea, se alejaron. Mientras se iban, amedrentados por la criatura de 700 kilos que no dejaba de avanzar hacia ellos, seguían amenazándonos.

—Si estas chingaderas no sirven, escuincla, te vamos a venir a buscar.

—Tomen, pónganse hasta la madre, pinches chamacos pendejos.

El hombre aventó al suelo el paquetito de hoja santa.

La vaca no les quitó la vista de encima hasta que desaparecieron. Luego se quedó pastando ahí mismo y, al cabo de un rato, volvió con las otras. Nosotros nos abrazamos y lloramos. Y luego nos

reímos mucho. La sensación de que Ekar sabía qué iba a pasar no me abandonaba. Se lo dije.

—Solo sabía que estaríamos bien. Pero debí cuidarlas más —dijo, confirmando mi sospecha.

—¿Qué vamos a hacer sin tu medicina? —Claudia pensaba en eso más que yo.

Desaté el paquete. Los hongos seguían ahí, formaditos, inocentes.

—No hay que hacerlo sin guía —dije—. Esa ha de ser la lección —los guardé en la mochila, categórica. Entonces Claudia señaló un punto dentro del bosque.

—¿No son esas las flores?

—Sí. Aquel es el árbol. Hay muchas más que la última vez —respondió Ekar.

—Vamos a verlas —dije, esperando que pudiéramos recuperar el ánimo.

Las flores vivas, silvestres, estaban a ras de suelo. El olor llegaba en breves oleadas, como si la tierra lo exhalara. Tenían un juego casi tornasolado, de un color que nunca había visto en una flor, interrumpido de pronto por el azul eléctrico de lo que, supuse, era la misma psilocibina de los hongos. Ekar alzó la vista y saludó al árbol, sus ramas llenas de cruces.

—*Abies religiosa* —dije—. Es un oyamel centenario. Muy hermoso espécimen —nosotras le mostramos nuestros respetos. Su copa se perdía en el cielo.

—No comimos hongos y de todas maneras parece que las flores bailan —observó Claudia—. ¿Cómo tomaste la flor, Ekar? ¿Investigaste algo sobre ella?

—La comí. Nadie sabe. Le he preguntado a todo el mundo y me dicen que lo que sentí debió haber sido efecto de los hongos. Para esto no hay chamanes, te lo juro.

—Pero ¿qué sentiste? Aún no lo entiendo —le preguntó Claudia.

Me arrodillé sobre la hierba y acerqué el rostro para observarlas de cerca. Inflorescencias de tres, hojas dentadas. Eran hermosas, extrañas, y sí, parecían bailar. Acerqué la mano para cortar una y ¡pum! El botón de flor que estaba cerca explotó haciendo un curioso

sonido. Sus semillas salieron disparadas hacia mí. Por la sorpresa y la risa las recibí con la boca abierta.

—¿Qué fue eso? —preguntó Ekar.

—Creo que tu amiga la flor me confundió con una abeja. ¡Es como una nometoques! Quiere que lleve sus semillas a otra parte —dije, riendo eufórica, llena de aquel olor múltiple.

—¡Tienes puntos azules en la cara! —Claudia también reía—. Es como un polen azul. Huele muchísimo.

—Y sabe —un sabor ácido me llenó la boca. Empecé a salivar. Me levanté y enseguida sentí vértigo, náuseas. Alcé la vista hacia el oyamel, que parecía elevarse hasta el infinito, y noté que me hablaba a mí, *a la presencia, al conjunto de cosas, de carne e ideas que temporalmente soy*. Y supe lo viejo que era, lo mucho que sabía del movimiento; él, que con mis ojos humanos parecía estático.

Una parte de mí se dio cuenta de lo que estaba pasando. Esa misma parte percibió la mirada de Ekar y Claudia, entre fascinada y preocupada.

—No hace falta comer las flores. Toquen los botones. Solo hay que recibir la semilla.

Me acosté sobre la hierba y hablé con el árbol. Su lenguaje era pausado y susurrante, y como el mío, dependía del aire, del aliento. Me hizo entender varias cosas sobre la paciencia y la perspectiva, sobre la multiplicidad de vidas dentro de la mía, él y sus hormigas; yo y mis bacterias. Quise echar raíces con las manos y noté lo que estaba ocurriéndole a mi piel: era capaz de sentir la presión, el calor, el roce más leve. Cada hebra de pasto y cada gránulo de tierra. Oí las voces de Ekar y Claudia: se habían tumbado junto a mí. Desprendí los dedos del suelo y busqué las manos de uno y de la otra. Sentí sus dedos, los reconocí, y mi corazón dio un vuelco. Ahí estaban mis amigos, vivos. No nos había pasado nada. Los estreché muy fuerte y me llevé sus manos al pecho, y me percaté de que la función evolutiva más sofisticada de las manos no es manipular una herramienta, sino lograr entrelazarse con las de otros.

—Gracias por tener el corazón despierto —nos dijo Ekar.

Giré la cabeza para mirar su rostro y, en ese movimiento, pude percatarme de los rostros que guarda el bosque en todas las

telarañas, en toda su música. Cuando llegué por fin a los ojos de él, escuché el manantial próximo, y juraría que oí cantar a las criaturas bajo el agua, y mi corazón despertó aún más porque estábamos entendiendo juntos. En el hueco de su otra mano cupo mi mejilla de manera exacta, no por una cuestión de dimensiones, sino porque era el momento en el tiempo, el instante preciso para que esa forma-mano que habitaba el espacio se encontrara con esa otra forma-mejilla, vecina en ese paisaje, en esa hora. Decidí soltar esa sincronía perfecta, la sincronía del tacto, porque entendí su naturaleza y extensión (la eternidad efímera, la infinitud dentro del segundo), y mi cuerpo se dolió por ella. Pero eso que soy la agradeció besando los nudillos de mi amigo; y me di vuelta, curiosa, para seguir con los hallazgos, para probar el aire que tantas veces me había negado el oxígeno. Tenía mucho de miel, de flor, de pelo y almizcle, de magnífica bosta y de hierba. Saqué la punta de la lengua y me besé con sus extrañísimos habitantes. Pedí que no me abandonaran, pero el oxígeno me dijo que no podía hacer esa promesa. Mi espalda sentía el calor de la tierra, el movimiento milimétrico de las placas. Me calentó las piernas, el vientre, la cabeza. Mis manos buscaban hundirse en la roca como si fuesen de lava fundida, y supe que eso era posible, pero que me llevaría muchísimo tiempo, que para lograrlo me desintegraría en el hummus junto con las lombrices. Me puse de pie abruptamente porque me entraron deseos de no morir, de no desaparecer, y tuve compasión de mí al descubrir que eso era lo que yo buscaba en mis asimétricos romances, en el sexo, y dejé ir un poco de mi miedo a desaparecer. Sentí la mano generosa de Claudia alcanzar la mía. Antes de que me hablara, yo ya la oía.

—¿Estás bien?

Mi rostro se giró para responderle, y hallé a las lombrices, atareadas, admirables; a los pájaros allá arriba, parlamentando entre sí desde las copas; el árbol, congratulándose por nuestro triángulo amistoso.

—Estoy bien —y mis ojos se encontraron con los suyos, y noté cómo ella y yo éramos dos cachorros de una manada; nos revolvimos el pelo, nos mordimos las patas, fijamos nuestro

parentesco voluntario en lengua-perro. La risa de Ekar, al sabernos perros, fue la de un niño, y el tiempo de uno fue el de los tres. Éramos niños y reíamos alto, y lo haríamos siempre. Aunque estuviéramos extraviados en el bosque, lo único que teníamos que hacer era entrelazar las manos. Di con una piedra muy grande, mejor dicho, me pidió que le concediera un baile. No sé cuánto tiempo floté en el aire antes de caer, pero Ekar me sujetó y giramos varias veces.

—¡Bailamos con la roca, a su ritmo! —dije, y al caer junto a Claudia los tres entendimos un poco más sobre el tiempo geológico. Y en la boca nos visitó el sabor a óxido y a metal y a barro y a azufre. Enseguida vinieron otras sensaciones temporales, como si fuese un nuevo sentido que éramos capaces de experimentar en quién sabe qué parte de nosotros. No era que apareciera un suceso explícitamente ante nuestros ojos, no había escenas, nada semejante. Era una intuición a la que le adjudicábamos un hecho por venir. Pero la revelación más importante fue que podíamos compartirlo si nos tocábamos, que entrelazando las manos podíamos descifrar juntos esos tragos amargos, o dulces, o ácidos. Era una conversación sostenida con los sentidos. Teníamos la certeza de que encontraríamos el significado conversando, pero con todo el cuerpo: ese radiotelescopio de piel y hormonas y huesos.

Nos quedamos dormidos en medio del bosque, con las manos unidas. Tuvimos los mismos sueños, pero nos despertamos a cada rato porque los efectos de la flor iban y venían como una marea abrumadora. La ola más fuerte llegó a la media noche. La luz blanca de las estrellas se descomponía en siete colores y había un zumbido detrás de todo. Notamos que entre una estrella y otra había lazos finísimos, los hilos de una telaraña hecha de luz y materia y gas y tiempo. Poco a poco se nos revelaban las conexiones, el tejido de los sucesos pasados y futuros, y nos fuimos percatando de que los hilos más brillantes eran meras potencias de futuro, posibilidades que podían cambiar. No había condena, ni sentencia: solo probabilidad mutable y múltiple. Qué dicha.

Sin embargo, la mayoría de aquellas visiones e intuiciones eran terribles. Era un espectáculo sobrecogedor constatar que, en verdad,

todo estaba conectado, era un inmenso obsequio: implicaba abrazar la plenitud de la compasión. Entendimos que la piel nos separa como el contorno de un dibujo aparta a los personajes del fondo en una historieta. Pero, a través de ella, permea la calidez, la esencia de las cosas. «Hasta los marranos forman parte de ella», pensamos juntos, mientras entrelazábamos nuestros dedos con infinita lástima porque los crueles jamás rozarían la paz ni la maravilla que encarna una vaca. Todo, en fin, tejía: la violencia, el dolor, la injusticia. Porque detrás de ellas refulgen, como una supernova, la valentía, la amistad y la risa. Todo propiciaba el perpetuo movimiento y el nacimiento de las flores. Incluso nuestra propia muerte, pero eso habríamos de comprenderlo mejor en su momento.

Nos tardamos en subir de vuelta porque me empeñé en herborizar un par de especímenes de la flor. Regresamos extáticos, muertos de hambre. Toribio y Epifanía nos convidaron de lo que comían: tlayudas con frijoles, tasajo y quesillo. Les contamos, incrédulos de que aquello hubiera ocurrido el mismo día, del encuentro con los policías y del mecanismo por el que operaban las flores, sobre la exacerbada sensibilidad de cada sentido y la cuestión del tiempo. No entendieron muy bien, pero tampoco lo teníamos muy claro nosotros.

—Debe haber quien sepa —insistíamos Claudia y yo.

—Yo lo único que he escuchado de las flores, desde que era chica, es que lo sabio es no jugar con ellas: ni con el toloache, ni con el floripondio, ni con ninguna.

—Como sea, necesitamos un guía.

—¿Y qué tal que ahora ustedes tengan que ser guías? —sentenció Epifanía—. Por cierto, me acordé... —salió de la cocina y volvió con una funda de almohada que tenía bordadas las palabras «La Providencia te guarde», rodeadas por florecitas semejantes a la nuestra, los hilos de colores tratando de emular su juego tornasolado. Nos la obsequió.

Al día siguiente sentimos que solo nos quedaba un poco de la hipersensibilidad que nos había obsequiado la flor. Partimos rumbo a

la playa en el destartado coche de Ekar luego de despedirnos efusivamente de Epifanía y Toribio.

—Nos vamos a ver muchas veces —aseguré a Epifanía—. Me lo dijo una florecita.

Pero *la providencia* no había terminado con nosotros. Ante las nuevas oleadas tuvimos que detenernos varias veces en el camino. No sabíamos medir el tiempo mientras nos pasaba la ola por el cuerpo, nos dejaba pasmados ante el hecho de vivir, de ser capaces de sintonizar las muchas melodías de la existencia. En el trayecto oímos el *OK Computer* y el *Vespertine*, turbados y dichosos; y cuando nos sentíamos más como los de antes, con ese nombre con que nos llamábamos los unos a los otros antes de esto, poníamos el *Rock en tu idioma Vol. I y II* y echábamos relajo.

El mar nos dio miedo. Era una exuberancia sensorial que se transformaba en ausencia, como la muerte. Su voz era bellísima, y la presión que el agua ejercía sobre la piel era tan placentera como la húmeda tibieza de un cuerpo abriéndole paso a otro después del anhelo. Nos tumbamos en la arena con las manos entrelazadas para integrar los mensajes del cielo y el mar. Primero atestiguamos las probabilidades sobre nosotros tres; luego nuestro tejido se fue extendiendo hasta formar parte de las posibilidades para la humanidad entera.

—No miren —dijo Ekar de pronto, como si estuviéramos viendo una película de miedo, con su otra mano me acarició la cabeza y la puso contra su pecho. Pero el entendimiento de lo que pasaba no estaba en la vista, sino en nuestra unión, en el tacto, así que me fue inevitable intuir la contundente probabilidad de que yo muriera mucho antes que ellos dos. Claudia se abrazó a mí. Fui yo la que tuve que consolarlos, porque yo ya lo sabía antes de conocer a la flor.

Requirió entereza atestiguar la muy probable agonía de la tierra, la enfermedad, el dolor físico y espiritual de millones de personas, los incendios, la partida de tantos animales, del verdor del mundo. Pero la ola de la providencia pasó. Caminamos por la playa y, como una especie de consuelo, vimos ir y venir del mar a unas cuantas tortugas, junto a nosotros, desovando.

Éramos inmaduros y huérfanos de guías, pero recibimos las semillas. A mí la flor me usó como una abeja. Me tocaba esparcir su simiente y hacer que brotara en otras partes. Al regreso, las oleadas se fueron espaciando hasta que nos permitieron aterrizar en nuestra vida normal e incluso olvidar un poco todo antes de que nos alcanzara la siguiente marea, precedida siempre por el olor del tiempo. En lugar de hacer la tesis, investigué si la providencia aparecía en algún archivo histórico, pero no había nada sobre esta especie. Me parecía extraño (y trágico) que el conocimiento sobre ella se hubiera perdido o que hubiese sido destruido. Tenía que estar por algún lado.

La hice el centro de mi investigación. Cambié de comité, de asesor. No hubo mucho descontento porque, al parecer, se trataba de una especie no registrada antes: una flor de la familia *Balsaminaceae*, del género *Impatiens*, como había sospechado (aunque había errado con la psilocibina, era otra sustancia que habría que seguir estudiando). Yo deseaba que fuera cierto. Me sentía feliz y confiada por el remanente de nuestra experiencia y se la conté a la nueva asesora sin omitir nada. Tuve suerte porque fue receptiva, aunque hizo una recomendación contundente.

—Si quieres seguir estudiándola, tienes que ser discreta. Limitate a describirla. Haz un protocolo sencillo. Sé muy precisa cuando hables de lo psicoactivo: «Produce este efecto y este otro, observables y cuantificables de esta y otra manera...».

—¿Y podré hacer eso con la percepción del tiempo?

Me miró con cara de pena.

—Mi consejo es que no trates de explicar cómo afecta la conciencia, nada que no suene a ciencia natural. Si lo haces, no van a dejarte seguir. Créeme. ¿Quieres otro consejo? No hagas esa búsqueda sola. Busca a quienes ya están observando lo que quieres entender.

No pasó mucho tiempo antes de comprobar cuánta razón tenía. Al hablar del tema, siempre me preguntaban por qué denominaba «enteógenas» a las plantas y no «alucinógenas» o «narcóticas». Yo explicaba la etimología creada por Wasson y por otros en 1979 que reconocía su uso ritual (*entheos*, «dios adentro»), pero me

interrumpían con un «A ti no te toca abordar eso». El camino iba a ser largo, aunque, de forma más o menos caprichosa, pudimos registrarla como *Impatiens synchronica*, no por la percepción temporal que me interesaba destacar, sino so pretexto de su ciclo de floración, ligado a la reproducción de ciertos escarabajos. En el cuerpo, la providencia también tenía un ciclo anual. Florecía esa otra conciencia en nosotros cada año.

Me titulé, pero solo para comprobar que no sabía nada. Me fascinaba pensar que los enteógenos funcionan como llaves químicas: encienden procesos de la percepción más latentes que extraordinarios, incluso el cerebro busca esas sustancias en el propio organismo como si fuesen esenciales. Esa idea, que había ocupado a tanta gente antes que a mí, fue silenciada por las prohibiciones legales no solo a causa de su potencia transformadora y desestabilizadora, sino porque hubo quienes usaron ese conocimiento para crear imperios anestésicos de comercio y muerte, provocando el efecto inverso absoluto. Pareciera que nuestro cuerpo está diseñado para vivir esa experiencia, solo hay que ponerla en marcha. A través de las plantas maestras (la providencia incluida) la naturaleza renueva constantemente la promesa: cualquiera podría tener a *dios adentro*. alguna ventaja evolutiva debía tener consumirlas. No en balde tantas culturas las han utilizado en rituales desde hace siglos.

Le pedí ayuda a Epifanía para conocer a maestros espirituales que pudieran orientarme, y fui a encontrarme con algunas de esas personas. Ekar, Claudia y yo también visitamos lugares que el turismo psicoactivo ya había transformado en tristes mercados de la espiritualidad. Sus calles principales estaban llenas de anuncios que ofrecían una versión chamánica de la autoayuda a través de los hongos, la ayahuasca, el peyote. Era algo obvio, pero lo aprendimos en carne propia hasta ese momento: para llegar a las personas sabias había que conocer bien el pueblo, dejar que te conocieran y, de alguna manera, demostrar que merecíamos ese obsequio para la conciencia, tal y como ocurría antes de que aquellas iluminaciones

fueran extirpadas de su contexto. No descubrí nada que no se hubiera dicho. Las culturas prehispánicas desarrollaron verdaderas tecnologías de la conciencia perfeccionando la herramienta a través de la atenta observación, la experimentación, la comprobación y la transmisión de ese conocimiento. Ahí había una ciencia muy valiosa, sin resultados *cuantificables*. Había habido mucho empeño en destruir el mundo para el que se moldeó esa sabiduría: estaba casi extinto.

Y al parecer, nadie sabía de la *Impatiens synchronica*. Era como si hubiera brotado en este siglo, de la nada. La llevé a varias maestras. Algunas accedieron a probarla para ayudarme a crear una especie de guía, una ruta de viaje que pudiera mostrar a otras personas cómo realizarlo. Pero curiosamente, no difería mucho de los rituales existentes para otras sustancias, y pasaban por alto elementos que a mí me parecían fundamentales: la navegación a través del tiempo y la comunión a través del tacto. Al preguntarle qué recomendaba hacer para experimentar esto plenamente, una de ellas nomás se encogió de hombros y dijo:

—No sé. Será que esa flor es de tu tiempo, no del mío.

Pasaron los años. Claudia, siempre sensata, se dedicó a construir una casa y una vida tranquila para bienvenir a perros, gatos y a gente querida. Ekar se hizo abogado (y budista), se casó y tuvo hijos. Aun así, los tres hacíamos huecos en la productividad, los embotellamientos y las inundaciones de la ciudad para encontrarnos en las mareas de la providencia, para tomarnos de las manos, entender juntos lo que intuíamos que pasaría y hallar, en las posibilidades más débiles, formas de seguir adelante. Aterrizábamos de nuestros rituales bromeando. Le llamábamos «el chamanismo de la amistad».

A pesar de que la mala salud entorpecía mis salidas a campo, seguí indagando la composición química de la flor, sus ciclos y efectos, cómo, cuándo y dónde estaban dándose los brotes que surgían, desobedientes (u obedientes al cambio climático) por todas latitudes como si fueran un telegrama biológico urgente. Era

evidente que el mundo se iba al carajo, así lo comprobábamos en los departamentos de Biología y Ciencias de la Tierra, eternas Casandras ignoradas, pero, paralelamente a las discusiones académicas, un grupo interdisciplinario subterráneo se fue fraguando en torno a la emergencia ambiental y a los enteógenos. Había gente de Medicina, Psicología, Química, Antropología y Física intercambiando información y experiencias. No conocían a la *Impatiens synchronica*. Compartí mis conocimientos sobre ella que, para la ciencia, no eran nada: abordaban el tiempo sin ecuaciones, la química sin fórmulas, la conciencia sin estudios de ondas cerebrales. Para mi sorpresa, las recibieron con curiosidad y agrado. Estaban tan cansados como yo de los límites cientificistas, ofrecieron aproximaciones, datos e hipótesis que abrían posibilidades.

—No es culpa de la naturaleza ser inmensurable. Es culpa nuestra querer limitarla solo a lo que se puede medir —concluyó una investigadora a la que le habían rechazado un trabajo de nanoneurología en el que especulaba con la posibilidad cuántica de que los *psiquedélicos* (así preferían llamarles los materialistas radicales del grupo) fueran máquinas moleculares capaces de potenciar la sinapsis a la velocidad de la luz. Esto podría permitir que se percibiera el tiempo, la materia, el universo mismo, en todos sus niveles de complejidad. Eran teorías que pondrían nervioso a cualquiera, pero no a nosotros. Al grupo se incorporaron vegetalistas, rabinos, chamanas, teólogas, artistas. Nos empeñábamos en criticar todo lo *New Age*, aunque asumíamos la contradicción de nuestro encuentro.

Yo ansiaba la siguiente marea de la providencia para compartir todo eso con Ekar y Claudia, pero la combinación paulatina de la deforestación, las lluvias feroces, la contaminación del aire y las cada vez más agresivas mutaciones de las cepas de virus estacionales confinaron abruptamente a la población entera, especialmente a las biólogas defectuosas como yo. La vida en exteriores y el contacto humano se iban percibiendo casi como «letales» debido a la alta radiación solar en verano y las temibles infecciones del invierno. Las restricciones a la movilidad se fueron haciendo cada vez más severas. Luego de resolver las necesidades de abasto y sanidad

pública más urgentes, comenzaron a evidenciarse los nuevos problemas que habríamos de enfrentar: la devastación natural, la pérdida acelerada de fuentes de alimentación, los trastornos mentales provocados por el aislamiento y el decrecimiento de la población mundial. Los cuatro jinetes de nuestro apocalipsis.

Aunque yo sabía que mi anunciada muerte se acercaba, que era cuestión de tiempo, el miedo se apoderó de mí. Para colmo, experimentaría a solas la última marea de la flor. Sentí que había fracasado como científica (no logré que escucharan las advertencias, no logré hacer que mi conocimiento de una flor mejorara el mundo), como humana (especie depredadora que alaba la belleza mientras la aniquila), como persona (dediqué mi vida a tratar de entender, pero la soledad era mucha, y no sentía la paz que siempre había anhelado).

El teléfono sonó. Supe que era Ekar antes de mirar la pantalla siquiera.

—¡Es la hora! ¿Ya la sentiste?

Su voz desencadenó la maquinaria molecular, la floración anual de la providencia, pero aún no olíamos nada. En espera del olor conversamos un rato sobre el miedo y la angustia que yo sentía.

—Ayúdame a entender —pedí, con la voz entrecortada.

—No hay manera de estar solos si somos una misma cosa. Estamos separados un rato por la piel, y nada más. Eso nos dijo la flor, el árbol, la vaca, las estrellas; es decir: eso ya nos lo dijimos nosotros a *nosotros*, ¿te acuerdas?

Entonces lo recordé, y me pareció muy claro lo que eso implicaba: dos partículas, por muy lejos en el tiempo y el espacio que estén, pueden afectarse la una a la otra de forma simultánea, sincrónica. Y si todo está conectado, ¿no podríamos alcanzarnos, afectarnos, tocarnos los unos a los otros? ¿Tener la certeza, incluso ante la propia muerte, de que no hay soledad posible?

El olor apareció como una respuesta.

—Voy a incluir a Claudia en la llamada, ¿estás lista?

Éramos tres formas de la existencia encapsuladas en un radiotelescopio de piel, hormonas y huesos. Busqué en la eternidad efímera, en la infinitud dentro del segundo, ese momento en el

tiempo, el instante preciso para que las formas-mano que habitaban sus espacios se encontraran con esa otra forma-mano. La voz de Claudia entrelazó sus dedos con los de la mía y la de Ekar, y juntos, riendo alto en el bosque del mundo, comprendimos la esperanza contenida, la ventaja evolutiva, el milagro providencial de la sincronía del tacto.

La nieve y los pájaros

I

«¡Por favor, no me mates!».

El hombre está frente a mí con el cuchillo en alto. Quisiera preguntarle por qué ella quiere deshacerse de mí, por qué me odia tanto, pero el miedo me impide pronunciar algo más que no sea una súplica. Además, la caída me ha dejado la boca inundada en sangre. Cierro los ojos. Espero a que el cuchillo rasgue mi ropa, anticipo el horrible sonido del metal al hundirse en mi carne. Pero no es eso lo que escucho segundos después. Es un sollozo. El hombre bajó el arma y ahora me da la espalda. Murmura algo sobre el espejo de mi madrastra. Se aleja. ¿Por qué? No debo perder tiempo. Huyo hacia el interior del bosque, corro tan rápido como puedo, con las manos extendidas hacia delante, pues poco distingo no solo porque mi vista es pobre, sino por la fresca oscuridad creada por los pinos y los abetos. Siento cómo los goterones rojos y calientes que voy dejando al paso funden la nieve bajo mis pies. Aún puedo sortear los troncos y los arbustos salvajes, pero después de un rato no advierto nada más que el intermitente brillo de plata helada que emiten las estrellas y se cuela entre las ramas. Quizá sí moriré, después de todo.

II

Estoy de pie frente a la señora, listo para mentirle. «¿Lo has hecho?», pregunta, y yo respondo que sí. Le entrego en una bolsa de cuero el corazón de un animal que atrapé hace dos días. Intenté traerle vísceras más frescas, pero fracasé. Ella examina el corazón

con una curiosidad temible, como si hubiera esperado hallar una respuesta inscrita en sus cavidades. Se da cuenta de que es algo que quizá deba hacer a solas y lo aparta. Aún no se ha percatado del engaño a pesar de que mi cuerpo me traiciona: el sudor me escurre por la frente y los sobacos. Merezco la paga, dice, y me deja ir. Siento el falso alivio de los criminales que no han sido descubiertos. Debo salir de aquí cuanto antes. Cuando la muchacha gritó: «¡Por favor, no me mates!», escuché también las voces de todos los animales que he herido, una multitud pidiendo misericordia. Es fácil matarlos cuando no pueden rogar por su vida... Ahora que los he escuchado no podré lastimarlos nunca más. A los animales hambrientos no los detienen estas ideas: ¿cazarán a la muchacha?

III

Dejamos atrás la claridad del alba y entramos a la mina como quien penetra a las entrañas de una bestia por voluntad propia. Mi madre y mi padre, mis hermanos y yo, somos hábiles para este trabajo, tenemos ojos buenos para hallar colores debajo de la roca en plena oscuridad, algo que, de suceder más a menudo, nos traería fortuna. La única paga constante viene de los fabricantes de espejos; la plata, el aluminio y el mercurio, eso es lo que nos da de comer, aunque preferiría agradecer el pan a los rubíes o a las esmeraldas porque no confío en los espejos. Eso sí, nunca hemos tenido uno completo. En casa conservamos solo un fragmento de azogue que tomé de los sobrantes del vidriero. Como nadie más lo usa, lo guardé entre mis cosas para mirarme de vez en cuando. Mis hermanos me llaman vanidosa cuando me descubren observando mi reflejo en ese afilado trozo, pero juro que no lo hago por admirarme, sino por tratar de entender. A veces me parece que el mercurio es como la sangre que corre por las venas de los espejos para mantenerlos vivos y, así como pasa con la gente, hay sangre que no es buena... Aquí abajo se escuchan voces, todos lo sabemos. La roca, la tierra más vieja, guarda secretos e intenciones muy antiguas. ¿Joyas malditas, espejos encantados? Creo que todo tiene

origen en este lugar. Yo digo que hay que escoger muy bien lo que se lleva a la superficie. Pero a veces no es posible discriminar, debo extraer cualquier cosa que encuentre y debo obedecer a mis padres, trabajar con ellos en las minas hasta que se ponga el sol.

IV

Este obsequio es el recuerdo máspreciado que tengo de él. He olvidado el tacto de su barba, apenas puedo recordar su olor a cuero, musgo y madera, sus rasgos aparecen dispersos en mi memoria. No puedo armar el conjunto de las facciones que me enamoraron hace tiempo, y dentro de mi cabeza su voz se confunde con la mía. Nunca lo hallé en el rostro de su hija. Era idéntica a su madre; el brillo del pelo, los pómulos encendidos eran un constante recordatorio de la mujer que lo disfrutó más que yo: joven y hermoso, vestido de gala para la boda que celebró el pueblo entero, cada noche respirando a su lado, acariciando el vientre cargado con el futuro...

En cambio yo lo tuve a mi lado más inviernos que veranos, y el último que compartimos fue muy duro. Sé que yo le parecía muy bella, sé también que me quería, pero por más radiante que fuese mi apariencia al sentarme a la mesa, mi presencia nunca iluminó su mirada como cuando miraba a su hija. El nombre de la niña fue lo último que se deslizó de sus labios, no un beso para quien lo cuidó día y noche al caer enfermo, para quien sostuvo la casa y saldó las deudas a pesar de todo. Con el luto me dejó una obligación que yo no había planeado para mí. ¿Por qué tendría que criar una niña si nunca fue mi deseo?

Pese a ello, no la abandoné.

Yo misma le bajé la fiebre cuando enfermó de varicela a pesar de que el malestar por poco acaba conmigo también. Me culpan de que haya quedado casi ciega aun cuando nadie más estuvo a su lado enfriándole la frente, los bracitos, los pies, con agua helada y arcilla. Hice lo que pude pero no importó: el pueblo la ama y a mí me odia. No olvido el día en que él, mi amor, trajo el espejo envuelto en algodón y seda. Lo mandó hacer justo para mí: más alto que yo, con

marco de plata, esmaltado en rojo con incrustaciones tornasoladas de madreperla y perfectos dibujos dorados, mis frases favoritas trazadas con caligrafía perfecta retorciéndose en sus esquinas: «Amor propio» era una de ellas. Hizo que lo pusieran en la pared central de la habitación. Recuerdo el reflejo feliz de los dos en su superficie: «Los espejos siempre dicen la verdad», susurró antes de besarme.

Las primeras noches, durante el sueño, tuve la sensación de que no era un espejo, sino una puerta que se abría. Yo me levantaba aterrada, mi esposo permanecía indiferente. Cuando murió, el espejo me atemorizaba aún más, incluso pensé que quizá estaba perdiendo la cordura. Pero él tenía razón, el espejo revela lo cierto: que el mundo preferirá siempre a la más joven y bonita. ¡Yo también lo fui alguna vez! De no ser por ella yo sería amada. Me revela también que su padre volverá si le ofrezco un manjar dulce para que coma. Es lógico: el intenso olor de la niña lo levantará de la tumba.

Estoy de pie frente a mi reflejo. Sostengo el corazón de su hija en la mano. El espejo siempre dice la verdad y me ha dicho que lo traerá de vuelta.

V

La mañana llega sin que me dé cuenta, los contornos del paisaje son un poco más definidos. Entre la nieve destaca lo que parece que es una casa. Huele a leña y a manzanilla. Empujo la puerta, al interior lo iluminan muchas ventanas. «¿Hay alguien aquí?», pregunto y nadie responde. Tengo la sensación de que alguien me observa, de que la casita no está vacía, pero no distingo más que la silueta de los pájaros aleteando tras la ventana. Los escucho, son un par de tordos y algunos pinzones.

Tendida sobre la lana que abriga por las noches a estos desconocidos, me duermo. Cuando abro los ojos, la luz ha disminuido. Alcanzo a notar el conjunto borroso de varios rostros. Me sobresalto, aunque se escuchan pacíficos y cordiales. «Tan pálida», dice una mujer mayor, sus manos huesudas tocan las mías. Me dan de comer leche y tarta de nuez. No hacen muchas

preguntas, soy yo quien les cuenta todo: que mi madrastra quiere hacerme daño porque su espejo así se lo ordenó, que el asesino me perdonó la vida, pero no tengo adonde ir ni nadie a quien acudir. «Puedes quedarte aquí», afirma el hombre. ¡Quiero prometerles que no seré una molestia! «Ayudaré en lo que haga falta», les digo.

VI

Mi abuela dice que ella, con todo y sus años, tiene mejor vista que la pobre muchacha. Cuenta que la vio desde mucho antes que se animara a entrar, primero temerosa, luego firme.

«Ella no se da cuenta de que la siguen los pájaros. Algo le han de decir», asegura.

Con todo y los escandalosos trinos de las aves se quedó dormida sobre mi cama y ni siquiera se enteró de que ahí estaba sentada la abuela, mirándola sin saber qué hacer. Aún tenía fresca la sangre que nosotros ya vimos hecha costra.

Mi abuela también dice que sabe exactamente quién es. Como de joven vivió en el pueblo, recuerda la boda de los padres, una fiesta toda música, luces y flores a la que nadie faltó, ni viejos ni jóvenes, cuando no había ni pobres ni ricos. Pero murió primero uno, luego el otro, dejando atrás una viuda rencorosa y una niña enferma. Mis hermanos pequeños están entusiasmados con la visita, piden a la abuela que por favor les enseñe cómo coser el bies para arreglar su vestido, tan bonito.

La muchacha y yo nos hemos hecho amigas. Ha sido fácil gracias a que tenemos la misma edad y, sobre todo, a su carácter generoso y amable. Mi abuela dice que esos ojos que otros juzgan imperfectos le permiten conocer mejor que nosotros la esencia del mundo y de la gente.

La muchacha también se ofreció para alimentar a los animales y hacer compañía a la abuela, que apenas puede caminar. Su oído es fino y sus dedos muy hábiles. Me trenza el cabello antes de que salga el sol, algo que agradezco porque aligera mi trabajo en la mina. Mi padre y mi madre, sin embargo, insisten mucho en que se guarde, que no hable con ningún extraño. Que no debe confiar en

nadie. Saben que su madrastra no va a darse por vencida así como así.

VII

Él, mi amor, no viene. Cuando el espejo dice que en realidad estas vísceras son las de un jabato, siento tanta rabia que hasta mi propio reflejo me asusta. Mi rostro se transforma en una cara grotesca que apenas reconozco. El espejo dice que volveré a ser bella cuando regrese mi amado, cuando tenga en mis manos el verdadero corazón de la muchacha. He bajado a la vieja habitación donde preparé los remedios que debían mantener sano a mi esposo. Parece que es más fácil quitar la vida que darla, así que no temo fracasar esta vez. El espejo me ha indicado el camino hasta ella: me sorprende que haya llegado tan lejos. ¿A qué venía tanta compasión de la gente del pueblo si, aunque ciega, es resistente y escurridiza como una víbora? Solo hará falta un veneno simple, administrado sin intermediarios cobardes. Mis manos tiemblan, los frascos tintinean entre mis dedos. Recuerdo que, de niña, a mi hijastra la tentaban dos cosas: las manzanas y los listones. Prepararé una cesta con regalos para ella.

Me pongo el abrigo, meto la filosa daga de cristal entre mis ropas, subo a la cornisa y el viento helado infla la tela como si fuese la vela de un barco. Me inclino hacia adelante, los dedos de mis pies sostienen la canasta al borde del vacío. Aprovecho una ráfaga y me monto en ella, mis negras plumas cortando el aire, mi pico ganchudo guiándome igual que una brújula.

VIII

Quizá la señora ya ha dicho a todos que soy un traidor que ha huido. Aun así, las puertas de esta casa se abren para recibirme. Aquí, entre tapices teñidos de colores vistosos y cojines de seda, vive un joven que siempre está dispuesto a ayudar a cualquiera, yo lo he visto transportar la pesada carga de viejas campesinas y dar monedas a los niños que se escurren por los túneles de las minas

para obtener la materia que enriquece al pueblo. Me armo de valor y le salgo al paso:

«Acudo a usted en busca de ayuda, no para mí sino para una joven que no merece el destino que quien debiera cuidarla le ha impuesto: ahora mismo debe estar vagando por el bosque sin cobijo ni alimento, con una amenaza de muerte a cuestas. Yo no soy nadie para pedirle un favor, pero sé que usted es justo y no dejará que pase más tiempo antes de que le suceda algo peor».

IX

La abuela duerme mientras desenredo la madeja de lana con la que urdiremos prendas de abrigo para las nevadas que están por caer. Los pájaros se alborotan. Escucho con atención pisadas que se acercan y distingo una simpática silueta negra entre la blancura de la nieve, ¡es un cuervo! Habría jurado que se trataba de una persona. Otra ave, que intuyo, por el tamaño, que quizá sea un búho, se lanza sobre él para atacarlo, y lo asusto.

El cuervo reposa silencioso sobre un bulto que han dejado frente a la casa. Es una cesta de tejido fino, las yemas de mis dedos lo comprueban. Dentro hay suaves, perfumados listones que palpo con emoción. Pienso en cuánto le gustaría a mi nueva amiga que los trenzara con sus cabellos y, enseguida, tengo un arrebató de esperanza: ¿será que mi madrastra envía una tregua? Siento vértigo. Dentro hay también manzanas frescas. ¿Cómo es posible, con esta nieve? Quizá este mareo indica que debo comer algo. Tomo una de las manzanas y se la ofrezco al cuervo, que apenas la picotea. Después corre tras ella mientras rueda sobre la nieve. Escojo la que tiene el aroma más apetecible, incluso yo puedo percatarme de que es roja como la sangre. Intuyo que el ave me mira de soslayo. La muerdo y el cuervo grazna: «¡Traga!», con la voz de mi madrastra. Sé que eso es justo lo que no debo hacer, pero la sorpresa la hundi6 hasta mi garganta, no puedo escupirla. Los gorriones trinan con urgencia, su voz ya no me dice nada, ni los gritos de la abuela, todo me da vueltas, el cielo se desgaja en oscuros plumones, mis dedos se hunden en el fruto podrido, velludo, tal y como yo misma me

sumerjo en una oscuridad que no está aquí sino en otra parte, una tierra hermana del sueño.

X

En silencio terminamos de ponerle el bias al vestido blanco. Gastamos unas cuantas monedas en adornarlo con seda roja, pero ha valido la pena. Pagaremos con trabajo al vidriero que, al vernos sufrir tanta pena, nos dispensó un ataúd. En realidad, ataúd es mucho decir: sobre la plancha de madera cubrimos su cuerpo con una enorme campana de cristal que le dejaron sin pagar. No fuimos capaces de enterrarla. Primero la tierra estaba demasiado dura para cavar, luego nos dimos cuenta de que su cuerpo no quería dejar entrar a la muerte: pareciera que solo está dormida, como si su cuerpo insistiera en permanecer junto a nosotros. La abuela nos contó que un torbellino de plumas negras quiso abrirla el pecho a nuestra amiga con una daga de cristal. Los tordos, pinzones y gorriones se lanzaron furiosos sobre aquella cosa para defenderla, y mi abuela, aunque pequeña y vieja, arrojó al centro de aquel caos uno, dos, tres pedruscos. El último por fin hizo añicos el filo y la empuñadura del arma, que se confundió con la nieve.

Los pájaros planean a ratos sobre nosotros en vuelos circulares. Pero el que ahora permanece junto a ella, velándola día y noche, es un búho. ¿Podrá escuchar lo que le dice con su uh-uh? ¿Podrá escucharme a mí pidiéndole que vuelva?

Me miro en nuestro viejo trozo de espejo. La cara que me devuelve la mirada parece haber llegado a una conclusión que aún no descubro... me da miedo esa otra que soy ahí dentro, y siento un escalofrío cuando me veo llamar a mis hermanos, decirles que tienen que ayudarme a mover la campana de cristal. Tengo que hablar con ella, irnos lejos de aquí.

XI

«Espejo, espejo, tú que siempre dices la verdad, responde: ¿quién es ella y quién soy yo ahora? ¿Qué será de mí si no puedo obtener su corazón?». ».

XII

Entre los cuatro removemos la frágil cubierta mientras nos observa el búho. Me acuesto junto a ella. ¡Su piel está tan fría! Mis hermanos colocan de nuevo la campana sobre nosotras y el cristal emite una nota clara que permanece suspendida en el aire. Alzo los brazos, mis dedos sostienen el trozo de azogue de tal manera que ella se refleje. Los párpados de mi amiga se abren, ¡me mira de vuelta! Ahí adentro está viva, sus ojos no titubean como en este otro lado del mundo. Le hablo convencida de que escucha:

«Dijiste que el espejo ordenó que te hicieran daño. Te tiene atrapada de aquel lado, pero quizá puedas encontrar la forma de volver, cruzándolo».

En el reflejo, mi amiga se levanta y no puedo verla más, aunque su cuerpo permanece junto a mí.

XIII

Llegamos demasiado tarde: la muchacha ha muerto. El muchacho y yo sumamos nuestro dolor al de la honesta familia de mineros. Dicen que su madre la mató con listones y manzanas impregnadas de veneno. Que es noble la intención de asistirlos con la sepultura, pero ellos no quieren enterrarla. Aunque al tacto esté fría como la nieve, pareciera que podría despertar en cualquier momento, o eso es lo que piensan. La que está junto a ella, dicen, es la hija mayor de la familia, quien jura que no ha de moverse de ahí hasta que la muchacha vuelva. El joven señor les ofrece alojarla en su invernadero para que ellos puedan visitarla y cuente siempre con alguien que la cuide. Asegura que ahí estará mejor que en el bosque.

XIV

El corredor es tan ancho y largo que no podría medirlo. A la izquierda y a la derecha hay puertas abiertas que conducen a sitios muy distintos que puedo distinguir perfectamente. El búho, ese que sabía de las intenciones del cuervo, vuela delante de mí y se posa en mi hombro cada vez que me detengo. Sé que es mi alma y no mis

ojos la que percibe todo esto con claridad. Veo también a las personas que se asoman desde el otro lado del espejo y se replican a mi lado. Sus dobles les susurran palabras de aliento, de consuelo o reprimenda. Puedo escucharlos: los espejos quieren decir la verdad... Pero el de mi madrastra no.

Recorro cientos de entradas al mundo, busco la única que me llevará hasta ella. El búho me llama y lo sigo hasta que distingo su porte, la veo mirarse al espejo igual que la vi hacerlo aquellos días que me quiso y me cuidó. Me detengo junto a su doble y, del otro lado, la que está hecha de carne no puede contener el asombro al ver mi reflejo. La de azogue es una cosa ruin, enmascarada, que imita con mediocridad el rostro de la verdadera. Le reclamo: «¿Quién te ha hecho juez a ti, que nada sabes de la verdad o la belleza?». Quiero que mi madrastra descubra que es una mentira lo que provoca su odio, ide un manotazo le quito la careta! Tras el disfraz hay solo un espantoso vacío, una nada que me resulta más aterradora que la ceguera. Mi madrastra, asustada, se va. En cambio, la cosa que la imitaba me muestra sus afiladas uñas de vidrio.

«Voy a comerme tu corazón», dice arañándose el pecho. Sus garras heladas rodean mi garganta, el búho aletea, ulula furioso y la ataca, pero eso no la detiene... hasta que del otro lado del espejo mi madrastra lanza contra el cristal un pesado cofrecillo que se estrella en la superficie, formando una luminosa telaraña. Se hace añicos. Su reflejo me suelta y se desploma, ya no es más que un montón de astillas, un charco de vidrio sanguinolento y mercurio.

Busco la rendija, el trozo de reflejo que me llevará de vuelta hasta el bosque. Es apenas una herida en la oscuridad del corredor en la que aparezco tendida, con los ojos cerrados, mi valiente amiga y el búho aleteando, llamándome, detrás.

Percibo que me llevan a alguna parte, escucho las ruedas y los cascos de los caballos. Siento que la garganta me quema, mi boca expulsa algo entre arcadas... Abro los ojos. Sobre la falda de mi vestido blanco alcanzo a distinguir el trozo renegrido de manzana que no me tragué.

XV

Como ya he aprendido a escribir, puedo leer en voz alta a mi amiga la respuesta de su madrastra:

«No podrá asistir a la fiesta: “Debes saber lo mucho que me costará perdonarte el haber tenido que romper ese espejo, el único recuerdo que mantenía de tu padre”, dice. Pero que a pesar de esto, te desea toda la felicidad posible».

Miro su rostro mientras leo, sereno como el de la paloma blanca que nos observa desde la cornisa. El sol de primavera baña de luz dorada esta habitación que aún no pierde el olor de las telas nuevas. Sé que le pone triste no poder reconciliarse, que su madrastra no comprendiera, después de todo, que no tienen por qué vivir como enemigas. Pero con la dignidad de una reina, la voz llena de genuina alegría, mi amiga se levanta y dice que debemos darnos prisa porque hay música, luces y flores, nadie ha faltado, ni viejos ni jóvenes, que ya no hay ni pobres ni ricos, que el banquete está por comenzar.

La visita

«¿Estás lista?», me pregunto, sintiéndome rara de estar, por fin, verdaderamente a solas conmigo. Porque ese es el ejercicio, el aprendizaje más importante: tengo que confiar en mí. Hacer que las voces que me han consolado y aconsejado, de las que he dependido toda la vida, se fundan con mi propia voz. Ahora me llevo la taza de té a los labios, siento su borde pulido y suave, moldeado por las manos de mis anfitrionas. Huelo el aroma reconfortante del té limón y por debajo de él, siento latir las indescifrables notas de otro fruto. Quizá sea el ingrediente secreto que hará posible La visita.

Tengo miedo, claro. Estoy lejos de casa, de toda la gente que conozco. Pero así tiene que ser. Aislarse, a veces, es la única manera de escuchar la propia voz. «¿Cómo que te vas a ir quién sabe cuánto tiempo a casa de quién sabe quiénes, a que te den de beber quién sabe qué cosa, para que dizque te *curen el alma*?». Hasta las personas que yo creía más comprensivas me sorprendieron con sus juicios. Mi decisión no les pareció lo mismo que a mí (hacer una pausa en la vida, una suerte de retiro espiritual), sino una locura, un capricho imprudente. ¿No me daba cuenta de lo riesgoso que era todo? Hacer un largo viaje en autobús, luego tomar un transporte local, después conseguir que alguien de la comunidad me acompañara a transitar el camino de terracería que conduce al lugar casi secreto en el que un grupo de mujeres mayores y jubiladas decidió recluirse para fundar una comunidad nueva, otro modo de vivir y organizarse. ¿De verdad valdría la pena? Algunas personas de los poblados cercanos las llamaban *monjas*; otras, *viudas alegres*; y, por supuesto, no faltaron las que les decían *brujas*. Como fuera, yo confié desde un principio en el experimento que habían emprendido

y que les permitía ser libres, e incluso (ellas lo decían) ayudar a las personas que lo necesitaran.

¿En qué consiste la ayuda? Por un lado, en el simple acto de alimentar. Gracias a que la comunidad comparte tierras generosas, trabajadas entre las mujeres más fuertes, tienen una producción agrícola suficiente y variada. Una vez a la semana viajan en alegre excursión a las lindes del tren que va hacia el norte, cargado de migrantes que se aferran a los vagones como las uvas al racimo, continuando una tarea que comenzaron otras como ellas, mucho tiempo atrás. Cargan la única camioneta de la comunidad con canastas llenas de fruta, pan, guisados, aguas de sabores. Las mujeres ponen música a todo volumen y se van, echando relajo, a repartir y dar de comer a la *Gente del tren que la Gente desprecia*. Repito la expresión que ellas usan porque hace más evidente lo absurdo que resulta el odio y el abandono entre las personas.

La segunda manera en que ellas dicen ayudar es a través de La visita, un hecho bastante más misterioso y que es objeto de todas las sospechas del mundo exterior.

La visita es la razón por la que estoy aquí, a oscuras, con una taza de té entre las manos.

Cuando alguien llega a la comunidad, le abren la puerta, le sirven de comer. Luego preguntan el motivo por el que viajó hasta allí. Hay que decir la verdad, hablar con sinceridad, explicar qué es lo que una necesita y desea. Entonces un grupo de cinco o seis se dedican solo a escuchar. Si después de consultarlo entre sí les parece conveniente, una de las mujeres acoge a esa persona en su casa. Al día siguiente, dormirá y vivirá como huésped en otro hogar. Y así, una cantidad indefinida de días después de ir de un lado a otro, de participar en el trabajo cotidiano del campo, el cuidado de los animales y la casa y los preparativos para alimentar a la Gente del tren, las anfitrionas se vuelven a sentar a la mesa para tratar el asunto. Entonces hablan con sinceridad. Le dicen a la persona lo que han visto en ella, en su ánimo, en su conducta, en su modo de estar y de hacer. No siempre es agradable, claro. Solo hasta entonces le comunican si han decidido propiciar para ella la experiencia de La visita o no.

Hasta ahora, las *monjas* o las *viudas alegres* o las *bruja*s, es decir, las mujeres de esa comunidad, han rechazado al mismo número de personas que han aceptado.

Varias de las que han hecho La visita no vuelven a su vida de antes («una pausa en la vida, una suerte de retiro espiritual». Ahora me doy pena, y risa).

Solo dos de unas cincuenta, a lo largo de quince años, han sido varones.

¿A qué se debe esa diferencia? Bueno, ellas son muy discretas respecto a lo que han observado en quienes las consultan. Pero se especula que mucho tiene que ver la buena disposición para realizar el trabajo necesario que sostiene a la comunidad y el que se requiere para ayudar a la Gente del tren. Yo no estaría tan de acuerdo con eso. Algunas de las que llegaron a pedir ayuda no podían ni pararse de la cama durante su estancia. Creo que tiene que ver más con identificar quién necesita más de la soledad, o del silencio.

De la reparación.

Porque La visita es un método para *curar el alma* (estoy usando, de nuevo, sus palabras). La gente de fuera, terapeutas o investigadores, lo describen como una especie de autorreparación de la psique. Comparan La visita con los tratamientos de hipnosis regresiva que permiten a las personas volver a los momentos traumáticos de sus vidas para defenderse o consolarse a sí mismas en instantes clave y disminuir así los efectos del trauma en el presente. Lo polémico del asunto, y por el que se les tilda, como mínimo, de «irresponsables» (y a mi parecer, de forma desproporcionada, como «secta»), es que la experiencia es demasiado vívida, muy intensa. Hay quienes la han descrito como un viaje en el tiempo y el espacio propiciado por una combinación de factores: la colocación estratégica de una habitación en determinadas coordenadas geográficas, la ingesta de una bebida especial y la intervención puntual de una tecnología desconocida, un artefacto que no es posible ver, sino solo manipular, quizá hecho de piedra y cuarzo, que produce un destello blanquecino al modificar el acomodo de sus piezas.

Las personas que apoyan la teoría están convencidas de que estuvieron allí: pudieron oler, tocar, respirar y, sobre todo, hablarse a sí mismas (contrario a la convención de los viajes en el tiempo retratados en la ficción).

Pese a todo esto, La visita no se lleva a cabo bajo la supervisión de ningún especialista en salud mental, ni siquiera por medio de una guía o curandera, por mencionar una tradición terapéutica menos ortodoxa. Las mujeres de la comunidad no intervienen más que al decidir si una persona puede llevarla a cabo o no. De ser lo primero, se encargan de preparar La visita, de ser, por así decirlo, las anfitrionas, las custodias de una experiencia trascendental.

Yo ya pasé por esa entrevista. No tuve que contarles, como aseguran algunos, los cinco episodios de mi vida por los que deseo hacer La visita. No hace falta: ellas te hacen sentir que conocen la clase de cosas que te ocurrieron. Pasé por la pernocta en distintas casas, el trabajo duro del cuidado de la tierra y los animales; la tarea, inesperadamente conmovedora para mí, de alimentar a los guajolotes, de sacar a los borregos a caminar entre la bruma y el rocío. Corté los elotes y los jitomates para la comida; aprendí a empacar, primero con torpeza, luego con eficiencia y orgullo, los tamales y la fruta que lanzaríamos a quienes no pudieran bajarse del techo del tren en movimiento. Acompañé, porque no pude hacer otra cosa, las miradas hambrientas, los pies doloridos, su incertidumbre. El dolor. Trapeé (mal) el piso de casas que no eran la mía y escuché la carga de la edad, de la soledad, pero también de la libertad y la serenidad de esas mujeres. Una noche nos emborrachamos, bailamos y hasta compusimos rimas «coloradas». Algunas nos doblaron de la risa.

Cuando nos sentamos en la cocina común para saber si me convidarían a la experiencia de La visita o no, yo sabía que, a sus ojos, la merecía, no por haber trabajado duro, ni por ser una buena persona, ni mucho menos, sino porque la necesitaba, porque estaba dispuesta a aprender, a escuchar. Ese, yo diría, es el requisito, pero seguramente es diferente para cada persona. Sé que estas mujeres saben lo que hacen porque han vivido bien: es decir, han hecho bien y también se han equivocado. Han pedido perdón y han perdonado.

Pero, sobre todo, han aprendido a acompañarse a sí mismas. Saben que la presencia de las otras personas en nuestra vida es un acontecimiento, con frecuencia fugaz, a veces dichoso, a veces violento. Saben que la permanencia de nosotras en nosotras, sin embargo, es ineludible. Quizá, incluso, eterna. Y que al comprenderlo, al vivirlo, es posible acompañar de verdad a las demás en su trayecto.

Cuando les confesé que me daba miedo volver *allí* y paralizarme, no poder defenderme, no poder hacer algo por mí y que, por lo tanto, La visita no sirviera de nada, una de ellas me sacó del error. Me dijo que no debía engañarme: no es posible cambiar lo que pasó. Pero sí es posible que yo me acompañe a mí en todo tiempo, en todo lugar. A veces es la soledad de la impotencia lo que duele, lo que nos deja indefensas. Y en el futuro habrá otras veces donde nadie, más que nosotras mismas, podremos estar ahí para nosotras. Como en la hora de nuestra muerte.

No entiendo a quienes piensan que no hay guías en La visita. ¿No implica, todo lo anterior, estar ahí, mostrar el camino, sostener para que una halle, dentro de sí, su propia fortaleza?

Hoy, a primera hora, la comunidad entera me acompañó hasta el lugar donde se lleva a cabo. Solo una de ellas me condujo por un túnel subterráneo hasta una estancia grande, acogedora. La puerta se corrió suavemente detrás de ella, la última persona que me verá en quién sabe cuántas horas, o días. Se llevó la única luz de la habitación, la que alumbró su gesto amable antes de salir: una sonrisa serena y un guiño para darme ánimos. Yo podía o no echar el cerrojo, ellas podrían abrir si hiciera falta. Entonces todo quedó a oscuras. Pensé que después de un rato, cuando mis ojos se acostumbraran, podría ver la silueta del jarrón del agua y el aguamanil, de la cama pulcramente tendida, con sábanas remojadas en lavanda y secadas al sol, de la otra puerta que conduce hacia la letrina (acá nada se desaprovecha).

Pero no veo nada. No hay hueco alguno por el que entre la luz. La temperatura es cálida y el aire, que huele a arcilla fresca, es limpio y suficiente. Incluso la oscuridad resulta acogedora.

«¿Estás lista?», me pregunto. Tengo miedo, claro, pero no por estar aquí, por estar lejos de todas las personas que conozco. Temo revivir aquello: el momento que escogí para hacer La visita. Tengo miedo de escuchar mi propia voz. Pero ese es el ejercicio, el aprendizaje más importante: tengo que confiar en mí.

Me llevo la taza de té a los labios. Con la otra mano, me aseguro de tener a la mano el pequeño aparatito que debo echar a andar para iniciarlo todo. Parece algo tan ordinario: un estuche labrado en jade, un joyero que contiene otra cosa, un cubito de Rubik tintineante como una sonaja llena de guijarros. Bebo un sorbo del té limón y, por debajo de él, siento latir las indescifrables notas dulces del fruto que yo misma desprendí de un arbusto. Con cuidado, lo dejo a un lado, tomo el objeto y hago girar las piezas como me lo indicaron. Escucho un chasquido dentro del estuche, el chasquido produce un destello que me deja ver, por un instante, las figuras grabadas con esmero en la superficie. La habitación empieza a colorearse, a iluminarse como una película desenfocada, mejor dicho: como cuando el mundo empieza a existir al abrir los ojos después de dormir. Estoy ahí, en ese lugar, dos veces: aquí, como un fantasma, y allá, pequeña y tangible, de cuatro años, jugando en el cuarto de los trebejos de una casa que conozco bien, que guarda alegría pero también miedo, dolor. La puerta se abre, una cabeza cuya silueta me es familiar se asoma. Pensé que, llegado este momento, lloraría, gritaría, tomaría a la niña para llevármela lejos de allí. Pero nada de eso ocurre. Simplemente nos veo. Lo único que importa es sonreírle a ella, acariciarle el pelo. Mirarme a los ojos y decir: «Tranquila. Yo estoy aquí contigo».

Final de fiesta

*Llegará el día en que, después de aprovechar el espacio, los vientos,
las mareas y la gravedad, aprovecharemos las energías del amor. Y
ese día, por segunda vez en la historia del mundo, habremos
descubierto el fuego.*

Pierre Teilhard de Chardin

A las nueve de la mañana, después de tropezar con el plato de agua que Fénix arrastró a mitad de la cocina a manera de protesta, Verónica sirvió croquetas suficientes, cargó las dos bolsas de basura y vociferó desde la puerta: —¡Al rato vengo, Fénix! —el animal, un gato flaco y despeinado, medio abrió los ojos amarillos. Trotando hacia ella refunfuñó su respuesta en una serie de erres y vocales indefinidas. —No —dijo ella—, no volveré pronto. Pero regresaré, como siempre que me has visto salir, gato tonto —Fénix maulló de vuelta un gritito de fastidio que se mezcló con un bostezo, y dio la media vuelta. Su cola serpenteante desapareció tras la esquina del pasillo.

Hacía frío, sintió los dedos ateridos sobre el volante del coche. La mañana, sin embargo, era toda luz, la blancura de las nubes las recortaba por encima de la leve profundidad del azul. Pensó en que el pobre Fénix se perdía de fabulosas vistas porque el nuevo vecino era un amargado que ya no soportaba verlo merodear por su balcón. Y bueno, tenía razón: el estúpido gato había dejado un par de recuerdos en su macetero. Lo único que Fénix odiaba era a los pájaros: evidenciaban lo peor de su instinto. Una tarde de gloria felina, logró cazar un gorrión. Lamentablemente, decidió hacerlo ahí, en un terreno más atractivo que su casa. Pero ¿qué iba a saber él de convivencia vecinal? Los animales no entienden de propiedades, del esto es mío y de ninguna forma tuyo. Fénix sentía propio el suelo que pisaba y no requería ningún contrato para confirmarlo, menos

después de siete años de ir y venir a su antojo. Claro, se iba haciendo perezoso y a veces prefería echarse a dormir todo el día en lugar de caminar sobre el pretil hasta llegar al inhóspito terreno del balcón ajeno. Ya solo de vez en cuando se acordaba de hacerlo, y entonces volvía renovado y contento, con la cola muy en alto. Pero ahora había perdido esa posibilidad. A Verónica le entristecía pensar que, de por sí encerrado en casa todo el día, el pobre no tenía mucha vida social ni familiar (castrado desde los seis meses, cómo); debía aburrirse mortalmente de verle la cara solo a ella. Quizá debió adoptar otro gato para que viviera un poco más su vida de noches y garras, de aromas y silencios. A diferencia de Fénix, Verónica tenía una familia afectuosa, revoloteante, que no la dejaba ni a sol ni a sombra, como justo ahora, que llamaba a su teléfono.

—¿Ya saliste? ¿Por qué no contestaste el teléfono de casa?

—Porque, como has dicho, ya salí.

—¿Has oído las noticias?

—No. Pero oye, yo quería decirles que no sé si pueda llegar.

—¿Acabarás hasta muy tarde? Nosotros pensábamos esperarte aunque llegaras al final. Es cuando mejor se pone la fiesta...

—No sé si pueda. Además, el tráfico está imposible. Ya les estaré avisando, papá.

Frente a Verónica pasó una desordenada caravana de coches. Algunas personas iban sentadas sobre las ventanillas de los coches, cosa de todos los días en la ciudad, pero había algo en la actitud de la gente la que daba a la atmósfera su pesadumbre. Casi nadie hacía sonar las bocinas, más bien se interrogaban los unos a los otros, llamaban por teléfono, paseaban entre portezuelas y ventanillas para averiguar qué ocurría.

—Nadie se mueve desde hace rato. Algo pasó por acá. ¿Tú sabes qué?

—No puede ser que no hayas prendido ni siquiera la radio.

—No tengo. Me agobia.

Un suspiro de impaciencia salió desde el otro lado de la línea.

—Hay una especie de fallo con las redes por todos lados. Un satélite o sabrá dios qué jodió las telecomunicaciones. Hablan de un

video que anda circulando, pero no lo hemos visto. Hasta pensé que no podría comunicarme contigo.

Los conductores deambulantes seguían a la caza de alguna novedad sobre el tráfico. Hablaban o tecleaban mensajes con dedos acelerados.

—Bueno, al rato te aviso. Pero no me esperen.

—¿Y cómo me avisas, si...?

—Yo llego, te digo. Aunque sea al final.

—Ojalá vengas. Aquí vamos a estar todos.

Después de un rato los conductores más tímidos, como Verónica, comenzaron a salir de los automóviles. Se abrió paso entre los coches hasta la pequeña multitud que se había reunido más adelante, alrededor de un hombre que se movía desesperado, de un lado a otro, sosteniendo una tableta que mostraba a uno, luego a otra, sin que nadie pudiera ver realmente el video que corría, y que apenas duraba unos segundos. Algunos reían nerviosos, otros se frotaban la nuca, un par trataban de hablarle, de sacarle alguna palabra, los auxiliares de siempre querían reconfortarlo y lo tocaban y le hablaban como si fuera un niño. Quien quisiera tocar la pantalla se llevaba un sobresalto porque el tipo tenía la voluntad de mostrar aquello, pero no de entregárselo a alguien más. Varios se sumergieron en sus teléfonos tratando de encontrar el video; algunos, que sí habían atisbado una parte, comentaban entre sí.

—Tiene que ser falso.

Verónica permanecía de pie, desconcertada y ajena al barullo, sintiendo compasión por el hombre y su angustia inabarcable. Como si advirtiese que, de algún modo, le escuchaba, él se acercó extendiéndole la tableta, sin dejar de mirarla, esperando su reacción.

En el interior de una habitación, la lámpara, el taburete, los lápices se despegan de la superficie y giran despacio. La persona que sostiene la cámara se asoma por el balcón y todo tiene la misma apariencia, una sutil elevación: las ramas y las hojas de los árboles, los cables. Los pájaros lucen sorprendidos y quietos en vuelo suspendido. De pronto, un trozo del horizonte desaparece. Esta es la parte más difícil de explicar para el ojo que mira: en lugar de ese pedazo de realidad, de paisaje, de cielo, árboles, llanura, no hay

nada, no queda nada. Ese punto ciego, irreparable, inexistente, obsesiona al camarógrafo: usa el acercamiento, su respiración se acelera. La cosa, la nada, se extiende como una espiral voraz que da un giro casi imperceptible, consumiendo más trozos del horizonte, como el agua trepando progresivamente, lenta y veloz, inofensiva y definitiva al mismo tiempo. Todo parece inundado por un desagradable ruido blanco. Se escucha la bocanada, la aspiración asombrada de quien ha registrado ese momento. En ella, en la pérdida de la imagen, la huida que detiene la grabación, se adivina la voluntad de compartir el descubrimiento, esa suerte de revelación última.

Verónica miraba la pantalla esperando a que algo más sucediera. El hombre buscaba su mirada con desespero, y al hallarla ella la sostuvo, como si una red de temor y compasión se tendiera sobre ellos. Pero no hallaron qué decirse. Compartieron en silencio la certeza de que aquello los alcanzaría tarde o temprano. Era, más que la reproducción de un hecho, la sensación de que eso se apoderaría de todas las cosas: que la cercanía con ese vacío propiciaba que, poco a poco, las sillas dejaran de ser sillas; las manzanas perdieran su cualidad de fruto colorido y jugoso; las personas fuesen sustituidas por esa negrura, esa ceguera, esa nada. Ella misma, al haberla visto, sentía ya una carencia. Había algo suyo que dejó de estar, pero no supo decir qué. El barullo de la gente alrededor se hizo más grande. La llamaban, le preguntaban qué creía que era *eso*; y Verónica dejó que quienes habían visto de soslayo, junto a ella, respondieran.

Marcó el teléfono de su padre. La llamada no salía. Después de varios intentos, logró comunicarse. ¿Lo sabrían? ¿Habrían perdido, como ella, algo ya?

Del otro lado de la línea no la escuchaban, pero ella gritó al altavoz:

—Iré, pero no sé cuánto tarde en llegar. Tengo que regresarme por Fénix.

Salir del circuito no fue fácil. Verónica esperó un poco a que se despejara la vía para maniobrar. Con esfuerzo subió el coche al camellón para escaparse por alguna de las calles de la lateral. Las

llantas despedían ese olor a quemado que repugna a quien lo ha detectado en los accidentes, las catástrofes. La diferencia con el circuito era notable, pero las calles estaban repletas de autos. El cielo y su transparencia se burlaban del concierto de voces y bocinas, contrastaban con el enmarañado paisaje de los coches trepándose a donde fuera para avanzar más rápido, los padres de los niños agolpándose a las puertas de las escuelas, sus hijos llevando las mochilas en la espalda, prestos para irse de ahí sin saber muy bien por qué. Verónica alternaba una calle hacia el sur, otra hacia el oriente. Había algunas que permanecían desiertas, como aguardando, y otras eran interminable bocacalle. Así avanzaba poco a poco, mientras las horas parecían ignorar el tiempo que la gente habitaba.

Después de los frecuentes temblores que la ciudad había sufrido desde hacía un par de años, Verónica había diseñado un plan para poner a salvo a Fénix. Le daba un poco de vergüenza contarle a su familia, que guardaba respetuoso silencio en todo lo que concernía al gato a pesar de que les parecía una exageración tanto preocuparse, tanto amar a un animal (que además, era feo). Sabía lo que pensaban, pero no le importó mucho. Había repasado el plan varias veces.

Tenía un tubo —similar a una pasta de dientes— de alimento superconcentrado, una masa dulce y traslúcida que el veterinario le había dado para estimularle el apetito cuando estaba enfermo y no comía nada. —Únteselo en la nariz o en una pata. No soportará la sensación de estar sucio y tendrá que lamerlo —si algo terrible estaba por suceder, Verónica tomaría la jaula (el *taxi*, le llamaban los dependientes de la tienda donde lo compró) y metería a Fénix sin admitir protestas. No estaba segura de cómo lograría esto último, si el miserable se escondía detrás de los sillones cada que escuchaba el inofensivo chasquido del pestillo abrirse. La jaula tendría, a los lados, las canastillas llenas con suficiente agua y comida para algún tiempo. Se preguntó cómo diablos no se le había ocurrido preparar un poco de alimento y agua para ella también. No estaría mal, considerando que era quien debía dar de comer a Fénix y, por lo menos para esa tarea, debía asegurarse la supervivencia. Pero ¿era

para tanto pensar semejantes estrategias ahora? Quizá no. En cada calle se repetía la misma estampa: la gente buscando comunicarse.

No faltaba mucho para llegar a casa, pero alrededor de las dos, con el sol en el centro del cielo, comenzaron a oírse gritos aislados, estruendos, corretizas. De vez en vez soplaba un viento helado, ululando entre los coches detenidos. El pánico provocó que una hilera de coches se lanzara en contrasentido para escapar del creciente barullo e internarse en las calles vigiladas de la zona. Verónica se unió, y pudo ver que las puertas de las casas estaban abiertas, que ventanas se estrellaban aquí y allá, que muchos perros, desorientados, se enfilaban hacia los parques. Había calles vacías y otras salpicadas de grupos de gente. También se asomaban, al paso de los coches, cabezas que permanecían agazapadas.

Horas después, cuando Verónica dio vuelta en la esquina de su calle, halló las rejas abiertas y los edificios aparentemente vacíos. No había luz. Metió el coche con brusquedad y subió los dos pisos de un soplo. En el descanso había un cobertor arrumbado, junto con otros objetos. Abrió la puerta de su casa, que permanecía oscura y fría. Llamó a Fénix varias veces. Ni rastro del maldito animal, esto es típico, pensó. Lo buscó debajo de los sillones, del refrigerador, arriba de las alacenas, dentro de su armario. Ahí estaba. Había escalado por detrás de los abrigos hasta que tumbó uno para descansar sobre él, al fondo de todo. Tenía las orejas hacia atrás y los ojos muy negros, la cola erizada como la de una ardilla. Verónica no pudo evitar una carcajada. Recordó cuando las muchachas del refugio de animales llegaron con Fénix a casa, tenía exactamente la misma expresión que ahora. Desde que vio a ese animal de pelaje ralo y despeinado del color de la ceniza, que había sobrevivido un mes entero sin su madre dentro de un basurero, sintió una profunda simpatía por él. Las vetas rojizas que se asomaban en su cara y en las patas a Verónica le parecieron los destellos de una flama, del fuego que resiste bajo la lluvia.

Lo sacó del armario y lo colocó en el suelo, daba unos maullidos de pena, melodramáticos y graves, muy distintos a la voz aguda y chiqueona con la que pedía el desayuno. Al gato se le doblaban las patas como a una cabrita recién nacida, y Verónica rio más ante el

espíritu trágico de Fénix. Entonces le habló quedito, acarició su cabeza. El gato entrecerró los ojos, y se metió a la jaula sin oponer demasiada resistencia. Verónica, más ligera de ánimo, quiso reunir algunas cosas para llevar a su familia (velas, cerillos, comida en lata) deseando al mismo tiempo que no las necesitaran, que allá la situación fuera distinta, pero apenas pudo acomodar junto a Fénix algunas de estas cosas cuando afuera se escucharon voces alteradas y más estruendos. Se detuvo y solo volvió a moverse después de un rato, cuando ya no se escuchaba nada y parecía oportuno irse. ¿Qué más debería llevarse? Echó una ojeada a la estancia. Hasta ahora lo notaba: cuántos objetos había en su casa. Cuántos de ellos le resultaban preciosos. Salieron veloces y sin sigilo. Un grupo de personas aguardaba su paso y se abalanzó sobre el coche, pero aunque tuvo miedo ella no se detuvo, y prácticamente no lo hizo hasta que llegó al control de la carretera.

Ya comenzaba a oscurecer cuando la fila interminable hacia la salida de la ciudad avanzaba con tropiezos. Le entró el pánico: estaban discriminando bajo un criterio que seguramente no cumpliría, ella que nunca iba con los papeles completos, que nunca fue sujeto de crédito. La gente se orillaba hasta que era imposible ignorar a los oficiales que les amenazaban con sus armas si no paraban, y eran más los de este grupo que a quienes dejaban salir, libres, por la carretera. Fénix lanzaba un maullido de ópera de vez en cuando, cuando la fría, cíclica ventisca se aproximaba. Pero ahora permanecía muy serio, erguido dentro de su jaula.

Cuando llegó su turno, el oficial le espetó:

—Solo residentes del estado.

—Soy residente, sí.

—Pero tiene que comprobarlo.

Hurgó nerviosa en la guantera y halló con alivio el tarjetón con que podía ingresar al conjunto de casas donde vivían sus padres. Tenía la dirección correcta y destacaba con grandes letras y números las placas de su coche.

El hombre lo examinó sin mucho interés y pidió su identificación. Fénix miraba cada movimiento suyo desde la jaula, con un gesto de gato muy formal. El hombre lo miró también por un segundo.

Levantó la pluma y le señaló una vía improvisada que bajaba paralela a la autopista. Verónica no lo podía creer.

—Por ahí. No baje las luces en ningún momento.

El camino estaba lleno de surcos y pedregones que no permitían avanzar rápido. Una solitaria fila de coches dejaba su estela roja delante de Verónica y Fénix, que se había puesto histérico con el vaivén del coche. Maullaba bache sí y bache no, y aunque Verónica trataba de tranquilizarlo, el gato alzaba aún más la voz. Harta, abrió la jaula y lo dejó salir. Fénix se sentó en el asiento del copiloto, se asomó por la ventana un par de veces, y luego se recostó. Hecho un ovillo, durmió sin emitir sonido alguno.

Después de un par de horas, el camino se alejó de la autopista. Los coches que la precedían habían desaparecido hacía tiempo, ya fuera incorporándose a la autopista, en otras desviaciones o bosque adentro. Ya no supo muy bien dónde se encontraba. La noche había caído, y solo un resplandor, quizá el de la luna, alumbraba de pronto. Resolvió parar un momento y tratar de ubicarse con la guía que llevaba en la cajuela. Buscó entre los objetos que había botado ahí desde hacía años. Se sorprendió al encontrar un par de zapatos que nunca llevó a que le pusieran tapas nuevas y soltó una risotada cuando distinguió, entre un paraguas y una bolsa llena de piezas de refacción, el portarretratos con la foto de su abuela que creía perdido. Lo tomó junto con la guía, y cuando estaba a punto de meterse al coche, distinguió la figura enclenque de Fénix, iluminada por los faros del coche, sus ojos entrecerrados por el resplandor, llenos de las acostumbradas lagañas.

—¡Fénix!

El gato se mantuvo quieto hasta que Verónica intentó agarrarlo, entonces abrió mucho los ojos y se lanzó hacia los árboles. Corrió tras él hasta que se dio cuenta de que sin luz no iba a encontrarlo. Aproximó el coche al bosquecillo todo lo que pudo, encendió las luces altas sin dejar de maldecir.

—Estúpido gato, estúpido gato...

Caminó por entre los troncos y la hierba que el haz de los faros definía sobre el horizonte negro. Gritó varias veces a Fénix y luego hizo esos ruiditos con que la gente atrae a los gatos (la mayoría de

las veces sin éxito) para no llamar la atención de quien pudiera pasar por ahí. Poco a poco la luz lechosa del automóvil fue perdiendo alcance. Verónica, a oscuras, se encogía dentro del corazón de un bosque más vasto de lo que imaginaba.

¿Qué tal si no encontraba a Fénix nunca más?

¿Sería mejor para él?

La luz del coche ya era solo el eco de un resplandor.

Afianzó la jaula con sus dedos fríos. Lo haría venir con el olor de la comida y lo encerraría ahí todo el viaje hasta llegar a casa, para que se le quite, pensó.

Distinguió los troncos flacos de los árboles y el aroma del hule de noche mezclado con un perfume de leña. El silencio que ahí reinaba parecía indiferente a lo que estaba ocurriendo. Verónica se sentía testigo de una serena conversación entre los elementos de aquel lugar, solo interrumpida por su propia respiración, visible en el aire como un sedoso vapor ascendiendo a las frondas más altas. El camino iluminado empezó a fragmentarse en pequeños ecos de luz hasta que ya no veía nada. Llamó a Fénix varias veces, paralizada por la oscuridad y el miedo creciente a haberlo perdido. Palpó la bolsa trasera del pantalón y dio un suspiro de alivio cuando sintió el teléfono, que enseguida usó como linterna. Se le ocurrió alumbrar la parte alta de los árboles por si al gato le había dado por trepar, y alcanzó a percibir varias colas y pares de ojos que se ocultaban presurosos del resplandor azulado que les dirigía, pero ninguno le pertenecía a Fénix.

Sintió unas ganas rabiosas de llorar.

El bosque se empinaba. Después de subir un trecho, Verónica adivinó una pronunciada pendiente coronada por un halo naranja. Se acercó y vio, a la mitad de un claro, una casa muy alumbrada a pesar de su ruínosa apariencia, flanqueada por lo que supuso eran un corral y un chiquero.

Solo hasta que ya estaba muy cerca miró a la horda de perros de todos colores y tamaños que se le abalanzó, algunos moviendo la cola amistosamente, otros ladrando con desconfianza. Una mujer salió a la puerta de la casa. A contraluz solo se distinguía su pelo, muy corto, y la silueta, baja pero fuerte, sólida.

—¿Quién es?! —demandó con voz firme, un tanto chillona.

Verónica no sabía qué responder. En ese momento, no era nadie. No alguien, al menos, cuya circunstancia fuera fácil de explicar. Dar las buenas noches fue lo único que se le ocurrió. Caminó más rápido, tratando de ignorar los brincos afectuosos o los gruñidos asustados de los perros. Deseaba explicarse cara a cara y no a gritos.

La mujer llevaba camiseta y falda, las piernas gruesas y cortas estaban desnudas. Solo los pies se cubrían con algo de apariencia abrigadora: unos zapatos de aterciopelado trapo negro con una flor de colores bordada en el empeine.

—¡Balón! ¡Negra! ¡Satanás! ¡Vénganse para acá!

Los perros transformaron su actitud al instante. Hicieron las orejas hacia atrás, agacharon el péndulo imparable de la cola y regresaron hacia ella con resignada devoción.

—Perdóneme por el alboroto. Me perdí buscando a mi gato. Se me salió del coche y lo perdí...

Verónica se avergonzó por hablar en ese tono tan lleno de lástima por sí misma, las lágrimas saliéndosele sin querer. Pero la mujer, ya mayor, tenía ojos comprensivos que suavizaban su rostro arrugado y severo.

El viento se alzó en violentas marejadas. Los guajolotes se alborotaron y provocaron el balido de las ovejas. La mujer miró el cielo unos momentos y se internó en la casa.

—Vente. Pasa.

La cocina ocupaba casi toda la estancia. Ollas y cucharones colgaban de las paredes, en la estufa hervían dos o tres preparados. Un gato dormitaba sobre la mesa, la cola yendo y viniendo sobre una pila de servilletas de tela bordada. La mujer le espetó alguna reprimenda junto con soberano manotazo, y el gato salió volando, perdiéndose tras una cortina rosa salpicada de flores azules.

—Ya no suena —dijo la mujer, apretando una y otra vez los botones de un reloj despertador—. El radio. Mi hijo fue a traer el suyo. ¿Tú traes un radio?

Verónica dijo que no, como admitiendo ante la anciana que ella iba a servirle para nada, si bien seguramente le ocasionaría

molestias. No sabía dónde estaba, tenía hambre y urgencia por marcharse de ahí. La mujer se encogió de hombros.

—Decía el radio que había crisis mundial, pero que no iba a llegar a México. Temblores y huracanes por todas partes. Dios nos guarde, le dije a mi hijo. Pero él dijo que lo mejor es quedarse en su casa porque en el clima es donde va a repercutir. Eso dice mi hijo, pero yo sé que es mentira. Yo oí cuando dijeron que oscurecía, que un hoyo atravesaba el cielo, y que los edificios grandes se iban desprendiendo del suelo, allá por China o Australia. Yo veo el cielo raro. Y los borregos ya tiene días que se asustan cuando se viene el viento como ahorita. Los animales bien que saben. Mis perros van y se me esconden en las naguas... pero ya viste, a los cabrones gatos les vale...

La mujer soltó una carcajada fresca, hecha de agua. Verónica notó que todas las arrugas de su rostro no habían sido provocadas más que por su risa, trazaban en aquella cara el mapa bondadoso de su humor. Se levantó y comenzó a servir el contenido de las ollas en un plato y una taza.

—¿Se te perdió tu gato, dijiste?

Verónica sintió un hueco en el estómago. El momento que aquella risa había construido se desmoronó sin remedio. Le explicó que venían desde la ciudad y que los bloqueos le hicieron tomar el camino del bosque, pero que, cuando quiso orientarse con la guía, el gato había tomado rumbo y no pudo alcanzarlo.

—Ya no estás tan lejos. Tendrías que tomar el entronque de más adelante y de ahí es muy poco trayecto —la alentó.

Verónica comía despacio. Anhelaba la comida, aunque la ausencia de Fénix le ahuyentaba el apetito en un bocado sí y en otro no. Pero saber que no faltaba mucho para poder encontrarse con su familia le aligeró un poco el ánimo.

Afuera se escuchó el tronido de un cuete. Pero, por la cara de la mujer, podría haber sido también el eco de un balazo. Los perros ladraron con vehemencia y trotaron muy serios hasta el borde del claro para investigar qué había sido.

La mujer se levantó. Caminando como un pato, traspasó la cortina y salió poniéndose un suéter de lana tejida con patrones que

a Verónica le parecieron hermosos. Notó que la mujer era muy fuerte, en ciertos movimientos se dejaba ver que era mucho mayor de lo que parecía, con esa cabellera tan negra y los enérgicos brazos. Escrutó el cielo. Los borregos balaban más tranquilos, a Verónica le dio la sensación de que llamaban a la señora, como si la hubiesen visto salir. Tenía el ceño fruncido y acariciaba distraídamente a los perros. Un par de gatitos salieron también a su encuentro y se restregaron en sus piernas. La anciana salió de sus meditaciones y los tomó del pescuezo. Sonriendo, entró a la casa y le dijo con sonora alegría.

—Orita te lo trae mi gata. Vas a ver. Mira, ven.

Verónica la siguió hasta la habitación que ocultaba la cortina. En la esquina de una cama grande y mullida, llena de cojines bordados con hilo de colores, reposaba una gata grandísima, muy bien acicalada, rodeada de gatitos. La mujer le habló con tono melifluido, suave, hasta que abrió los ojos. Miró de arriba abajo a Verónica con sus ojos azules de siamés y la olfateó mientras escuchaba la explicación de la anciana, moviendo las orejas hacia su voz como si fueran dos antenas triangulares.

—¿Cómo se llama?

—Fénix.

—Ay, hija, qué nombre —acarició con tosca ternura el lomo de la gata mientras le hablaba—. Tráete a Fénix, Chula, ¿sí? Tráeselo a su amiga, que lo quiere como yo te quiero a ti —la gata acercó el pequeño hocico al rostro de la anciana y entrecerró los ojos.

Los perros comenzaron a ladrar de nuevo. La Chula abrió mucho los ojos, saltó con gracia de la cama al piso y corrió hacia la puerta.

—Ha de ser mi hijo, porque los perros se pusieron contentos.

La siguieron. Los guajolotes hicieron tal escándalo que, a su vez, alborotó a los cochinos. Los perros alternaban la mirada hacia afuera y hacia las dos mujeres en franca confusión. Chula se adelantó a todos y maulló caprichosamente hacia una figura que se movía a ras de suelo. Un par de ojos asustados, fluorescentes, la miraban desde la sombra.

Era Fénix.

Los perros más bravos seguían ladrando, pero el gato se armó de valor y cruzó la barrera al escuchar la voz cariñosa de Verónica. Con la cola esponjadísima brincó a la mesa para dejarse acariciar por ella y enseguida buscó con el hocico la puerta de su taxi. La anciana se reía y se reía y, como dando por terminado el episodio, se apresuró a continuar con sus diligencias. Levantó los platos de la mesa, salió a dialogar con los puercos y llenó un par de baldes con agua de la pileta. De pronto, Verónica sintió ganas de quedarse ahí, en ese lugar que no parecía tocado por los horrores del mundo. Pero seguía percibiendo que algo le faltaba, era esa carencia que se le había metido por los ojos. Fénix la veía desde el mullido interior de la jaula. Le rascó tras las orejas, corrió el pestillo y salió a ayudar a la señora, a pesar de que no parecía tener ningún problema acarreando sola una cubeta tras otra. Verónica desmenuzó pedazos de tortilla para los cochinos y acompañó a la mujer en su ronda por el corral. Las gallinas dormitaban, esponjadas e indefensas, en la oscuridad.

—Tengo mis pollos, mis totoles, mi agua... ¿a poco no somos ricos, Balón? —le dijo al perro gordo y paticorto que la seguía a todas partes—. Nomás llega mi hijo y no me falta nada —dijo con una alegre gravedad que mantuvo al dirigirse a Verónica—. Habrías de irte a buscar a tus padres. Deben estar con el corazón en un puño.

Verónica asintió convencida, inmersa en la mirada líquida de la mujer, que también la veía. Madre. Padre. Hermana. Hijo. De eso hablaban al verse. No era uno de esos gestos distraídos en los que dos personas se miran a sí mismas, hacia adentro, mientras sus ojos están sobre el rostro ajeno: era la comunicación tácita de la orfandad, la comunión de un hecho. Un enfrentamiento compartido. Les faltaba alguien, le faltaban a alguien. El viento remarcaba dolorosamente las ausencias.

Mientras envolvía trozos de pan en una servilleta de tela, la anciana explicó a Verónica cómo sería mejor que volviese ayudándose con la reata que ellos habían acordonado a los árboles para salir a la carretera por una vereda más cómoda. Fénix bebió

mucha agua antes de que salieran de aquel claro, rodeados por el ladrido acompasado de los perros.

Ahora ya había oscurecido por completo. El silencio también se había oscurecido, a su manera.

Llegaron al borde de la carretera. Supuso que el auto estaría unos metros más a la derecha. Avanzaron por la linde del bosque, pero no había ningún rastro de la luz que Verónica dejó a modo de ostentosa migaja de pan. Creyó reconocer la cuneta por la que se había orillado, pero ahí no había nada. La asaltó la certeza de que alguien se había llevado el auto, aunque ella conservaba las llaves. Se adentró en el terreno, esperando que lo hubiese estacionado aún más adentro y que ya se le hubiera agotado la batería. Por lo menos así tendrían un refugio. Fénix la miraba, alerta, desde las rejillas de la jaula, sus pupilas agrandadas por la falta de luz. Le maulló con impaciencia, dejándole ver sus colmillos de fiera pequeña.

Caminaba con prisa hacia la confirmación de esa circunstancia, esforzando la vista hacia el frente, y tropezó con algo. Ella rodó, llenándose de la tierra fría, la jaula voló por los aires, azotó unos metros más allá. Cuando pudo levantarse, examinó el bulto que la había hecho caer. Tenía la cabeza ladeada, las piernas torcidas en doloroso ángulo, los brazos inertes a los lados del cuerpo. Un espejo de líquido negro que refulgía bajo su vientre y luego se agrupaba en un listón discontinuo, una huella larga que subía hacia la carretera. El rastro de unas llantas.

El olor húmedo de la tierra se mezclaba con la fragancia metálica de la sangre, le dieron ganas de vomitar. Después fue hacia la jaula, donde permanecía Fénix, atontado, con la cabeza gacha.

—Mi corazón —dijo ella—. Gato. Todo estará bien —lo tomó en brazos, acariciándole el lomo. El animal, contrario a la conducta de siempre, se dejó hacer. De vez en cuando giraba la cabeza y olisqueaba sus lágrimas. Cuando Verónica sollozaba, el gato empujaba hacia atrás las orejas y la miraba fijamente.

De vez en cuando se alzaba aquel viento que era como una marea. Pero cuando cesaba, y la atmósfera permanecía en calma, brotaban de los árboles minúsculos destellos. Luciérnagas. Verónica las miraba con maravilla infantil, agradecida por ese misericordioso

escape. Fénix abría mucho los ojos, avanzaba un poco, retrocedía, les dedicaba temblorosos gemidos de advertencia. Y luego, simplemente, las disfrutaba.

—Mi mamá les dice cocuyos a las luciérnagas, Fénix.

Cuando se desvaneció la última, Fénix se estiró con ganas. Caminó un poco hacia delante y se giró para ver si Verónica lo seguía. Un maullido impaciente parecía apurarla, como si ante la mención de su madre, el gato decidiera que debían seguir intentando llegar a casa. Reacomodó a Fénix y las pocas viandas en la jaula y se dispuso a caminar, pero la manija estaba rota. Guardó lo que pudo entre sus ropas, y advirtió a Fénix que o se dejaba cargar o caminaba junto a ella sin desviarse. El animal trotó frente a ella sin chistar, Verónica notó que no sentía la angustia de perderlo otra vez. Tenía la certeza, *sabía* que eso ya no ocurriría. Se hizo a la idea de que el fin los sorprendería caminando, en el digno intento de llegar a casa. Pero antes dejó sobre el cuerpo de aquel desconocido una ramita de hojas aterciopeladas cuyo nombre no identificó (lamentó no saber los nombres de tantos árboles, tantas plantas). Lo hizo porque recordó que en las clases de Historia le dijeron que los humanos empezaron a ser humanos cuando enterraron a los muertos con flores y mortajas.

Deseó sinceramente que aquel hombre no fuese el hijo que esperaba la señora.

Caminaron por un par de horas sin encontrar a nadie en el camino. Verónica avanzaba por pura inercia. Fénix dormitaba en sus brazos. Después hicieron su aparición un par de automóviles. Dejó pasar a los primeros dos, escondida, en cuanto vio sus faros anunciarse en la lejanía. El tercero, del que ya no se ocultó, siguió de largo sin detenerse a mirarla siquiera. El cuarto era una camioneta de redilas que se detuvo al distinguirla.

—¿A dónde vas? —preguntaron, y ella no mintió al responder—. Vente. Pero dejás eso ahí —le dijeron, refiriéndose a Fénix.

Verónica miró al gato. Fénix veía a los desconocidos con las aletas de la nariz muy abiertas.

—Entonces no —Verónica siguió caminando, la mitad de su pecho aterrada, la otra mitad henchida de única determinación.

Los de la camioneta se detuvieron por completo. Querían negociar. No la dejarían marcharse.

Verónica ofreció toda la comida que la anciana le había dado a cambio de la presencia de Fénix en la camioneta. No se mostraron interesados en los tubos de pasta mágica del gato. Ella decidió probarlos durante el viaje. Fénix se mareó en el camino y maulló lastimeramente varias veces, provocando la amargura de algunos pasajeros y la curiosidad de dos niñas que no paraban de reír; una mayor que la otra, alegres como un cascabel.

Parecía de madrugada cuando avistaron la autopista. De lejos se adivinaba repleta, encerrada en una cúpula de luz ambarina. Verónica recordó la pesadilla del circuito aquella misma mañana. Le parecía un pasado remoto e imposible. Recordó al hombre de la tableta, la visión de esa oscuridad que ennegecía, avanzando por el cielo en un remolino. La camioneta siguió sorteando las piedras de la terracería, avanzando en paralelo.

Llegaron, por fin y sin poder evitarlo, a la calle principal de un pueblo. La gente lucía más bien tranquila, a pesar de que algunas cuadras se habían quedado sin luz. El hombre que vendía panes y películas desatornillaba el foco que mantenía calientes los bollos; dos niños corrían por delante de sus padres arrastrando algún juguete, dando tumbos. Señoras con la cabeza cubierta intentaban cruzar la calle para llegar al templo. Parecían cumplir una enrarecida rutina de viernes y nada más. Verónica conjeturó que si seguía a pie por el borde del camino llegaría hasta la calle que la llevaría a casa. Le preocupó no calcular barrancos o trechos imposibles de andar que, en automóvil, siempre había ignorado. Pero decidió correr el riesgo. Consiguió bajarse donde comenzaba la carretera del municipio, apenas la distinguió entre la oscuridad terrena, si bien desde el cielo bajaba, al despejarse de nubes, un leve resplandor rosado.

Verónica miraba constantemente hacia allí. Las estrellas lucían nítidas, cercanas. Durante un rato pensó que imaginaba parpadeos en el firmamento a causa de la ilusión óptica de las luciérnagas, que la seguía acompañando. Pero sí: allá arriba, en quién sabe qué código secreto, las luces guiñaban, se desplazaban. Se apagaban o refulgían. Sus dedos se afianzaron nerviosos al pelaje de Fénix. Si se

detenía por un momento, los pies comenzaban a punzarle con un ardor insoportable, funcionaban como una alerta de inminencia conectada con el suelo, así como su mirada a duras penas podía despegarse del cielo: el arriba y el abajo la urgían a no parar, como la muchacha encantada del cuento de las zapatillas rojas, que no dejó nunca de bailar.

Fueron apareciendo una a una y luego por puñados las casas del barrio cercano a la de sus padres. Aún faltaba un trecho laberíntico de calles improvisadas y caminos de terracería. El viento arreció en marejadas heladas que contrastaban con la tibieza emanada por los muros, con el aliento de los árboles. Encontró abiertas de par en par las puertas del conjunto de casas, inutilizadas la clave de la alarma, las llaves y los alambres de púas que en otro tiempo a los vecinos les habían parecido imprescindibles. Todos estaban esperando a alguien. Por eso ahora todos podían entrar. La náusea que le produjo el pensamiento de no encontrar nada, a nadie, se desvaneció al atisbar la silueta de sus padres. Verónica pudo distinguir a cada uno de los suyos desde lo más alto de la pendiente que conducía a los coches hasta las casas del fondo. Vio a su hermana que, como un reflejo que le diese la espalda, miraba hacia arriba sin atender al niño que le tiraba de la manga del suéter. Las luces del cielo se deshacían en múltiples colores que giraban en espirales diminutas, pequeños fuegos de artificio, y la gente no hacía más que celebrarlas con silencioso asombro.

La familia acampó en la sala con las cortinas abiertas para seguir presenciando aquel espectáculo. Cerraban los ojos un rato sí y otro no, había conversaciones de dos y otras donde todos participaban. Eran las mareas de viento las únicas responsables de las pausas en aquella inesperada algarabía. Fénix entraba y salía del jardín trasero, se echaba un rato sobre el vientre de Verónica, luego merodeaba en la penumbra, olisqueando los rostros de quienes se habían dormido, lo que le valió un par de manotazos. Pero no dejó de vigilar. Verónica lo descubrió detenerse largo rato en los rostros de los niños.

Solo ellos dos permanecían despiertos cuando una bandada de pájaros bajó al suelo cantando ruidosamente. Los relojes marcaban las nueve de la mañana, pero el firmamento era nocturno, salpicado

por el luminoso colorido de las espirales, que ahora ya estaban cerca. Turquesa, lila, amarillo, verde pálido. Eran hermosas. Las ráfagas heladas se sucedían con mayor frecuencia, como el aceleramiento progresivo de las contracciones de un parto. Fénix se puso alerta en el borde de la ventana, mirando amenazante a los pájaros. Uno de ellos, un zanate negroazulado, brincó hasta la cornisa, mirándolos alternadamente con un ojo y con el otro. Las espirales bajaban cada vez más de prisa. Y de forma sutil, progresiva, los objetos comenzaron a elevarse. Entonces Verónica reconoció en aquellos colores líquidos a la nada que consumía todo en esa escena que el hombre en el circuito pretendía mostrarles. Era esto, y no una negrura que los dejaría ciegos, lo que había visto, y sin embargo se sentía tan diferente...

Las aves producían un conjunto de sonidos dispares y elevados. El viento comenzó su ronda de nuevo. Y llegó un tañido suave y lejano, una música. La cámara de video que había capturado el fenómeno no tenía ojos, tacto, orejas que funcionaran con el misterioso motor de las criaturas vivas, quizá por eso no había sido capaz de reproducir la maravilla que Fénix también veía, que el ave igualmente percibía con el pico izado hacia las estrellas.

Agua, había un dulce rumor de agua escondido detrás del viento, y su parte en la música también se hacía más intensa. El tiempo se estiró en una sola nota armónica.

La gente se asomaba. Se miraban los unos a los otros. Se ayudaban a explicarse aquella frase repetida una y otra vez en el aire.

El gato miró a Verónica. Ella reconoció en su cara, tan familiar, y sin embargo tan ajena, el afecto que los había construido a ambos durante aquellos años. Supo también un secreto, una cifra que la definía a ella ahí, dentro de sus ojos amarillos. Fénix pudo reconocer su rostro de gato en la pupila oscura de la muchacha, y su dicha fue la misma que la del ave, y la de todos los que, mirando a los otros, se encontraron por fin en el espejo cada vez menos distante de aquellas espirales, de aquella música, de aquel final de fiesta.

El puente

He soñado con ella todos los días desde hace un mes. Habrá a quien le parezca espantoso, pero para mí, hasta anoche, había sido reconfortante. Siempre fui muy cercana a mi tía, su muerte me llenó de amarga nostalgia. Miro al espejo y encuentro su nariz en la mía; reconozco sus largas uñas en la rosada media luna de mis manos; sé que, si llego a envejecer, mi cuerpo será un reflejo del suyo. La sangre, la carne, no miente. Delata nuestra pertenencia a ese grupo líquido llamado familia; atándonos para siempre a su marea.

Es hasta ahora que pienso con detenimiento en los sueños porque no tengo a la mano mis distracciones y válvulas de escape habituales: no hay luz. Aunque apenas cae la tarde, el interior de la casa ya se ha oscurecido. Miraba la TV cuando se produjo el apagón. Trato de encenderla una, dos, tres veces en menos de cinco minutos sabiendo que el esfuerzo es inútil, pero resistiéndome a pensar, a estar conmigo y con lo que me pesa. La realidad se cuelga entonces por la ventana de la cocina. El vuelo de un par de palomas, el choque de la loza que se lava, vecinos deambulando junto a los medidores de luz, preguntándose el porqué del corte de energía.

Me rindo ante el perezoso tren de mis ideas, me tumbo en la cama a esperar que vuelva. Entonces evoco la atmósfera, la luz, el sabor del sueño.

Estoy al aire libre, al sol. Las copas de los árboles son altas y verdes, la hierba que piso es alta y bisbisea con el paso del viento fresco, casi frío, como suele sentirse al inicio de la primavera. La casa de mis abuelos, en la que mi tía habitó toda su vida, está frente a mí, cruzando un río vigoroso que refulge con el día y echa borbotones de espuma blanca sobre las piedras. Me acerco a la orilla

y confirmo que no puedo cruzarlo, pues el caudal tiene el color topacio de la profundidad riesgosa. La puerta de herrería, cuyos barrotes retorcidos acaban en puntas doradas, está cerrada. Detrás de la reja mi tía me observa. Tiene el mismo peinado con que aparece en las fotos donde apenas soy un bebé, el mismo maquillaje escandaloso a gogó que resaltaba sus ojos con pestañas postizas, la misma sonrisa congelada de las imágenes. Sé que está muerta.

Aun así quiero cruzar.

Mi tía asoma una mano por los barrotes, y con la otra intenta abrir la puerta.

—¡Espera! No te vayas a caer. Yo iré contigo, ¡no vengas! —me grita con la voz jovial que tan bien recuerdo.

Me alegra escucharla, verla de nuevo. La veo salir, dejar entreabierta la puerta de la casa. Sé que dentro hay más personas, todas muertas, todas mías.

Pero no tengo miedo.

El río se interpone entre nosotras.

Los vecinos han hecho asamblea. Se les oye vociferar, organizarse, subir y bajar escaleras. Supongo que la luz no volverá pronto. El ruido no me impide sentirme adormilada. El suave ámbar de la penumbra emborrona los contornos de la cómoda, la lámpara, el cuadro. Me dejo arrullar, pero no cierro los ojos, no quiero quedarme dormida ahora. Después de anoche, no quisiera soñarla otra vez.

—No te muevas. Yo voy por ti. Trae algo que podamos usar —decía ella cada noche.

Tardé en comprender la necesidad de construir un puente. En el escenario del sueño, la extensa ribera camina hacia el horizonte, y en su final se intuye el abismo de una cascada. Del otro lado, el agua baja por niveles escalonados de roca que se pierden en la negrura verdosa del bosque. Parecía razonable buscar troncos que pudieran servir para la estructura, pero la lógica de este sueño era otra. Me interné en el bosque para hallar azarosos materiales,

objetos que fueron saliéndome al paso: un vestido con aplicaciones de pedrería, el riel de una puerta corrediza, un salero de plástico con forma de tomate... Mientras duraba la cacería, yo era niña y llevaba ropas de abrigo. Me fui dando cuenta de que aquellas baratijas eran trozos de tiempo, un tiempo familiar que ambas habíamos compartido. Recuerdos insignificantes enterrados en la memoria que habían sido la utilería de mi infancia, de su juventud, y que ahora cobraban toda su relevancia.

¡Me resultaron tan preciosas esas reliquias de arqueología propia!

Cuando reunía tantas cosas como pudiera cargar, las llevaba al río y las depositaba sobre la superficie con el cuidado que se tiene con los frágiles barquitos de papel. Mi tía se alegraba, y yo también. La mayoría de los objetos flotaban, desplazándose veloces hasta la otra orilla, pero otros se hundían, cosa que me entristecía mucho. Mi tía los acomodaba a la manera de un rompecabezas. Luego ponía uno de sus pies descalzos encima y presionaba para comprobar su firmeza. Desde la otra orilla sonreía, me felicitaba usando las mismas palabras que me dirigía al salir de un recital o una complicada prueba de la escuela.

Me complacía tanto, en fin, hallar esos tesoros, que no podía esperar a la noche siguiente para descubrir qué más nos devolvería el bosque.

En los sueños no había asomo de la última, tristísima imagen que tuve de mi tía. Desnuda sobre una toalla encharcada, la máscara de pestañas corrida sobre las mejillas, la boca abierta en último intento por jalar aire. Las manos y los pies torcidos como ramas. El cabello erizado, único fantasma de la descarga eléctrica que entró por los pies y estalló en su tórax.

En la cortina veo la sombra de los pájaros volando en desbandada. Los vecinos escuchan en alguna chatarra portátil un mensaje que no alcanzo a descifrar. ¿Debería salir y unirme a ellos? No tengo ningún deseo de moverme. Encienden el motor de sus coches. Las voces suben de tono. —¿Para qué arriesgarse?! —grita

uno. Y yo pienso lo mismo. Me hundo en el colchón como en la arena movediza. No encuentro ningún sentido en levantarme, en hacer un esfuerzo por encender el televisor una vez más. Mi cuerpo parece estar convenciéndose de ello. Es como si me hubiese enfermado de apatía desde el mal sueño.

Antes de anoche, la atmósfera del sueño era de reposada alegría. Mi tía avanzaba en la construcción del puente, prodigioso de ver. Compuesto por tanta miniatura o textura curiosa o retazo único, se alzaba entre las dos como nunca en la vida tangible compartimos otra cosa.

Hasta que mis excursiones al bosque resultaron inservibles.

Encontré muchos objetos más, pero se hundían en el fondo del río al intentar utilizarlos para construir. No pasaban quién sabe qué prueba. Quizá era que el alfiletero, los jaboncitos envueltos en papel de china, la charolita de plata tenían que ver, para mí, en la memoria, más con mi abuela que con ella. Faltaba poco para concluir el puente, pero de ningún modo podría cruzar aún. Cada noche de la semana anterior escarbé y escarbé la tierra con resultados mediocres. La apariencia de mi tía cambió: desde la otra orilla noté su cansancio, su pesadumbre.

Entonces pude encontrar la mitad de los objetos que faltaban: los tristes.

Hallé su álbum de bodas, algunas fotografías desprendiéndose del plástico autoadherente. Encontré ropa sucia de bebé apilada sobre un colchón cubierto con sábanas percutidas; un par de muñecas suyas muy viejas que siempre me dieron miedo, su mugrosa carita de plástico sonriendo dentro de un animal de felpa. Toda la correspondencia que nunca abrió, cartas amarillentas, cuentas sin pagar, avisos, brotaban de la tierra como flores marchitas en mudo reproche. Crecí de golpe: en el sueño era una adulta buscando las pertenencias que le eran más caras a mi tía, quien ya estaba inutilizada por la melancolía. Recogí las cosas y las llevé al río con buena cara para que supiera que esos recuerdos desagradables no minaban mi amor por ella. Quería que me mirara, que palpara mi cariño; quería eliminar la culpa que sentía por no haber estado ahí siempre y, a la vez, brindarle a ella alguna clase de

consuelo. Con un gesto casi hambriento colocó el resto de los objetos sobre el río, una lengua de zafiro ávida de memorabilia que se alzó en chisporroteos vivos al crearse el tramo final del puente. El rostro de mi tía, abotagado, muerto, hinchado por el agua, me miró sin expresión alguna desde la otra orilla.

Y desperté.

La noche ha caído. Afuera, el silencio.

No se escucha nada hasta que un grito estalla contra las ventanas del edificio frente al mío. Intento moverme, pero no puedo. Creo que permanezco suspendida en el horrible estado del sueño a ojos abiertos. Trato de despertar, pero no, no estoy dormida. Los gritos van sucediéndose en los apartamentos de la calle, surgen y explotan como burbujas de jabón. Hay un sonido constante, el de *algo* que se arrastra. Algo que se desliza por las escaleras y continúa ascendiendo, otro algo que serpentea por la calle, algo más que se tambalea en el piso de arriba. Lejano, ahogado, se deja oír un sonido similar a los lamentos de un malherido.

Pronto son cientos.

No puedo moverme. Caigo sin caer en repetición infinita. Siento que me hundo en el fango del sueño y floto hacia la superficie solo para enseguida hundirme otra vez. Estoy condenada a yacer de lado, con la cabeza mirando hacia la puerta de la casa. Ni siquiera puedo cerrar los ojos para no ver lo que entrará por ella.

Hay un olor dulzón, ácido, en el aire.

Escucho los arañazos de alguien que ruega por entrar a mi casa. No tiene la suficiente fortaleza para derribar la puerta, pero conforme pasan los minutos demuestra que sí posee la constancia necesaria para no marcharse. Oigo sus largos suspiros, el chasqueo de una lengua quizá demasiado corta para articular lo que quiere decir.

Aunque yo la escucho dentro de mi cabeza: «No te muevas, yo voy por ti».

Afuera los gritos se multiplican a la par de los gemidos. De alguna forma comprendo que cada cosa que se arrastra busca a su

pobre presa, inmóvil como yo. El veneno inoculado en sueños paraliza eficazmente.

La televisión se enciende de golpe, el foco ilumina dolorosamente la cómoda, la lámpara, el cuadro, la entrada. La luz ha vuelto y no trae con ella ninguna esperanza.

Puedo ver cómo la puerta se abre y el cuerpo desnudo de mi tía cruza el umbral, su pobre carne verdeazulada retumbando en cada paso, el kohl embadurnado en los párpados sobre la piel grisácea, su boca y su lengua púrpuras, las manos extendidas hacia delante, a la busca.

Cuando sus ojos me encuentran, sé que ella no está ahí, dentro de ese cuerpo cundido de larvas. Un horror ajeno anima el cuerpo de mi tía. Percibo que se sostiene como un inválido en los muros sólidos de su memoria, ese laberinto de vísceras; siento cómo crece con los vínculos luminosos que encuentra dentro de ella. Cómo se fortalece con *nuestro* vínculo.

Porque fui yo, fuimos nosotros, los que alguna vez los amamos, quienes construimos el puente que los ha traído hasta nuestra carne viva. Todos los que ahora gritan ahí afuera urdieron su propia mortaja.

Atados para siempre a la marea del amor. Ah, la familia.

Noto el hambre en los que fueron los labios de mi tía, que se entreabren blandos. El horror me muestra las encías, brillosas y repugnantes como esmeraldas pálidas.

Mientras sus dientes se hunden en mi brazo, el veneno me concede un solo movimiento: mi boca se abre para gritar, y el alarido es como otro puente que me lleva a cruzar el río.

La puerta de casa de los abuelos se abre despacio, a manera de resignada bienvenida.

La Purificación

A mitad de la noche, un sofoco me despierta. El aire está tan caliente que siento los muslos resbaladizos por el sudor. El hombre que he amado está junto a mí, dándome la espalda. Sé que no puedo acudir a él, que esta angustia y este espanto he de vivirlos sola, y que él tiene la razón cuando me voltea la cara. Oigo que cae lluvia y bendigo al cielo: ojalá el agua venga helada, ojalá dure un buen rato, ojalá apague esta boca del infierno. La lluvia, sin embargo, no responde a estos deseos: se le escucha intermitente, alternada con unos pasos que me son familiares. Me levanto. Alguien debe andar merodeando por aquí.

A través del cristal veo que no llueve. Alguien está regando las plantas, los arbolitos con los que el hombre que he amado y yo pretendimos vestir de verde la casa hace tiempo. Ahora ya están casi secos. Él los procura, se acuerda más de ellos que yo, pero no es suficiente para hacerlos revivir. La silueta que veo a través del cristal se parece al hombre que he amado pero no es él, lo dejé en la cama, rumiando su sueño de furia y tristeza. Conforme me acerco escucho cómo la silueta arrastra los pies mientras riega las hojas, las ramas; y la cifra de esos pasos me dice quién es antes de que le vea el pelo, las manos, la cara. Es mi abuela.

—Me recuerdas a mi abuela. Pero no sé por qué —le dije muchas veces a él. Nomás se reía y me acariciaba la cara. Y entonces yo sabía por qué me la recordaba.

Mi abuela arroja el agua sobre el piso lleno de tierra, toma la escoba y empieza a tallar, brusca como era. Luego echa sobre aquel lodo el agua que queda en la palangana, una cuadradita, de

aluminio, que parece nueva, pero que yo no veía desde que era niña.

—¡Agüe! —le digo con desesperado cariño—, agüelita —la abrazo, beso su pelo, sortijas de alabastro que huelen a flor de azahar.

—Corazón santo —me dice—. Mira cómo tienes aquí de descuidado. Se te van a morir.

—Se están muriendo. No sé cómo evitarlo.

—Sí sabes. Pero no quieres —como siempre, mi abuela tiene razón.

—¿Qué andas haciendo por acá, viejita loca?

—Voy con tu tía, a platicar con una comadrita. Acompáñame, ya que se te espantó el sueño.

No sé ni por dónde me lleva. Caminamos por las calles que rodean mi casa pero que de pronto desconozco, como un perro ciego. Avanzo junto a mi abuela como si tuviera fiebre y anduviera con un velo de vapor sobre los ojos. Llegamos muy lejos, hasta el pueblo donde ella nació, hasta La Purificación. Reconozco el camino de arrayanes, la subida que lleva al camposanto, el atrio de la iglesia. Ni un velador, ni un atisbo de vida en la calle. Será porque es de madrugada, yo creo. El sudor me sigue consumiendo, como si fuese yo una vela de carne.

—Pero si aquí nunca hacía este calor. ¿Te acuerdas de que cada que pasábamos la noche acá teníamos que sacar otra cobija del ropero? —le digo a mi abuela. No me contesta.

La calle en la que desemboca el pueblo, la de los portones bonitos, está más oscura que como la recordaba. Ladran los perros ante la puerta roja de la casa de la tía Concha, que sé que es roja porque la recuerdo, no porque la vea. Tampoco veo a los perros.

—¡Concha! ¡Ábreme! ¡Vengo con la niña!

«La niña». Abue, ya soy una adulta. Aunque me porte tan mal, tan mal...

Me doy cuenta de que tengo hambre. En la mesa de la tía Concha habrá bolillos calientes y frijoles chinitos, estoy segura. La tía surge de entre las sombras de la casa, sortea los lances cariñosos de los perros invisibles; de su manojito de llaves saca la más grande y

abre el portón. Su cara rozagante, chapeada, brilla tanto como los cristales de sus lentes, que no dejan ver sus ojos.

—¡La niña! —exclama la tía, y me abraza—. Vente. Estamos haciendo pan.

Desde la ventana se ve el comedor en el interior de la casa. Las grandes lámparas iluminan la cristalería, el mantel, la cerámica, una fiesta de blanco, dorado y rojo. Yo quiero sentarme a la mesa, que ya está puesta, pero la tía y mi abuela se siguen derecho hasta el patio de atrás. Siento las colas alegres de los perros golpearme las piernas, pero no los veo. La visión del interior de la casa me ha deslumbrado, y yo sigo con aquel velo de sueño caliente delante de los ojos.

La puertecilla del horno de piedra está abierta. Dentro arden ladrillos, brillantes como el rojo anaranjado que brota de las heridas volcánicas, donde la tierra se ha sacado de las entrañas lo que tenía que salir. Alguna vez soñé que daba a luz un montón de piedras que debían ser pura lumbre, pues estarían vivas. Pero salieron frías, inertes, húmedas. No servirían para hornear pan.

Pensar en aquel sueño me convence de que no estoy soñando todo esto.

La tía Concha me señala una gran mesa tapizada de harina. Junto a la masa fresca, informe, reposa una charola llena de panes humeantes que salieron medio chamuscados. Arriba brillan, indecisas, algunas estrellas.

—Haz tus muñecos, nena. Y no olvides ponerle la cruz encima, para que sean benditos.

—Agüe, pero todavía no es 2 de noviembre. ¿Por qué están haciendo pan de muerto?

Ella no me contesta nada. La tía Concha es la que me responde:

—Porque viniste.

Hago tres panes: uno con forma de árbol, otro con forma de hombre, otro con forma de mujer. Me quedan grandes y bonitos. Los pongo sobre la pala, los meto al horno. Siento que me derrito cuando me asomo a aquel pequeño infierno. Habrá que esperar.

—Agüe, tengo hambre.

Mi abuela me besa, me muerde el cachete, como antes, cuando jugábamos a las comadritas y yo le daba mucha lata. Pero antes me habría ofrecido algo de comer, ni tarda ni perezosa.

Ya no.

—Orita. Nomás se cueza la masa te llevo de regreso.

Quiero decirle que deseo sentarme adentro de la casa, en el comedor, que se me antoja el queso fresco y el café de olla, pero mi abuelita y la tía están muy plantadas, sentadas al sereno, han recibido ya a su visita. Doloritas, le dicen. Viene de lejos, tienen que ponerse al día. Hablan entre ellas un murmullo que al principio me parece indescifrable, como cuando era chica y no entendía la plática de las grandes. Se reparten el pan chamuscado. Lo mojan en el café de olla, se lo comen. El olor del anís me hace agua la boca. Cuando extendiendo la mano para partir un pedacito, mi abuela me da un manazo. De niña habría rezongado, pero no digo nada porque echaba en falta sus dedos anchos y chuecos por la artritis, cubiertos por anillos de bronce y de latón. Tomo su mano y la acaricio. Me entran muchas ganas de llorar porque lleva muerta tantos años, y sé que no podrá darme manazos, ni hablarme ni acariciarme luego, cuando yo esté muy triste porque los árboles se secaron y porque el hombre al que he amado se hundirá en la cama hasta desaparecer sin mirarme de nuevo, como una laja de pómez que acabara por sumergirse en el hondo río, derrotada. Y todo por mi culpa.

Poco a poco voy comprendiendo lo que dicen sus murmullos. La tía Concha habla de lo latosos que son sus perros, Doloritas habla de los pendientes que tiene con su hijo. Doña Pola, de bautizos y funerales, de que siempre le toca ser madrina de ropones y mortajas. Es difícil seguirles el paso, dicen muchas cosas, todas importantes, todas lejos del mundo iracundo y triste de los hombres. Dejo de oírlas al mirar la orilla de fuego que sella el horno, adentro arden mis panes como arden los cuerpos en un crematorio. Me pierdo en ese anillo rojo hasta que comprendo que las tres mujeres están hablándome, pues sus rostros están vueltos hacia mí.

—Es duro aceptar el final de las cosas.

—No es tu culpa. No te has portado tan mal, tan mal. Solo estás muerta de aburrimiento.

Se ríen.

—Es peor cuando no aceptamos el final porque se crea un limbo. Una penumbra perpetua.

—Una se puede quedar atrapada ahí. O aquí, para siempre.

—Una como quiera, pues ya murió.

—Pero tú estás viva.

—Y mientras hay vida, siempre amanece.

—Siempre.

El aire se llena del olor a piloncillo y anís, al dulzor del pan. Doloritas me ayuda a abrir la puertecilla del horno y a sacar, uno a uno, los panes que ellas también metieron a hornear. Tienen forma de perros, de casas, de caballos, de niños. Y es que pronto habrá una fiesta. Bajo las estrellas se alcanzan a ver los alegres farolitos de la procesión que viene bajando por la subida hacia al camposanto. Comprendo que mis panes perfectos, sin chamuscar, son para ellos: alimento para las ánimas. No podré comer frijoles chinitos, ni bolillo tostado. La mesa de la tía Concha no está puesta para mí.

—La niña ya se dio cuenta, Pola. Déjala que se vaya.

—Pero ustedes me van a acompañar hasta su puerta. Para que no se sienta sola.

—Ta bueno, pues. Vamos.

Camino con las tres mujeres a mi lado. Son mucho más fuertes que yo: no resuellan, ni sudan siquiera cuando llegamos al atrio de la iglesia en un suspiro.

—Es que a ti todavía te falta el aliento. Alégrate. Nosotras ya no lo necesitamos —dice una de ellas, o las tres (no lo sé, es difícil saberlo) con sabia resignación.

El aire está fresco, será porque en este lugar al que hemos llegado sí amanece. Veo clarito la puerta de mi casa. La tía Concha, Doloritas y Doña Pola se quedan tías en el umbral, aunque las invito a pasar. Supongo que no podrán entrar, que aquí tengo que despedirme.

Me aferro a mi abuela aunque me da miedo que se desmorone, que esté hecha de harina y agua de azahar. Pero ella se prende de mí como cuando su cuerpo estaba vivo, como cuando no había

ninguna amenaza que pudiera alcanzarme mientras me tuviera tomada de la mano.

Cuando abro los ojos, con el sol pegándome de lleno en la cara, descubro que por fin estoy durmiendo sola, abrazando mi propio cuerpo, rodeada de migajas.

Futura Nereida

Ahora mismo no puedes precisar la hora en que comenzaste a buscarlo; cuándo repetiste su nombre en voz queda o dónde estabas la primera vez que el roce preocupado de tu mano bajo el pelo, en la nuca, te advirtió que le amabas.

Puedes, sin embargo, recordar cuándo supiste que habitaba el mundo —como tú— y la imagen acude a ti luminosa y larga, una cuerda de oro que alguien te extiende en el abismo. Recuerdas que llamarás a la puerta y Ricardo te dejará entrar, todos beberán cerveza pero a ti no te apeteció. Beberás un vaso de agua fresca con menta machacada mientras escuchas el redoble risueño de la fiesta. Alguien lanzará una pregunta (quizá la genealogía perdida de un héroe griego) y otro solicitó que la respondieras, trámite que resolviste veraz y humilde.

—¿Cómo es que sabes tanto, Nerissa?

—Es que esta chica lee hasta la caja de cereal.

—Pregúntenle cualquier cosa.

Cada frase dicha por esa horda de majaderos involuntarios te hará añorar más la compañía sosegada de los libros. Ricardo lo advirtió, so pretexto de que le ayudaras te sacará del corro, llevándote hasta una alacena llena de papeles, libros y antiguallas. En ese minúsculo cuarto te sentiste cómoda por fin. Observarás las extranjeras manos de tu amigo acomodar, desempolvar, catalogar piezas y páginas en una de sus pantallitas portables. Pensaste en todas esas personas que viven mudanza tras mudanza hasta que en algún remoto lugar, sin trazos de su vida pasada, encuentran la paz. Pero tú no naciste en el lugar equivocado, sino en la época equivocada, ¿cómo podrías hallar tu sitio sin posibilidad alguna de

mudarte? —Tú escoge qué te llevas para la semana —te concederá la voz amable de Ricardo, a fin de compensar la vergüenza pasada. Pediste aquel libro de canto verde y letras plateadas. Lo cuidarás en el trajín de bolsos y vagones del metro, escrutaste el índice con las pestañas trenzadas por el astigmatismo, elegirás la página 23: *Umbrario* es el nombre del cuento. Quedaste muy conmovida. Advertiste las siglas que escondían el nombre del autor: P.M. Bajaste del vagón, irás a tu casa sintiendo al universo del cuento habitarte, el aire transformado por las páginas en un peso doloroso, gentil, sobre tu pecho.

Umbrario, página 26:

No es que yo, en el sencillo tránsito de mi vida, no haya encontrado nunca una mujer virtuosa. Por el contrario, he admirado la fortaleza de amigas y la hermosura de las paseantes; he contemplado largamente gestos, reído al lado de voces llenas de ingenio; incluso el pudor no me impedirá recordar que he amado el tacto de formas y tibiezas. Sin embargo, nadie antes me sumergió en la profundidad del ágape como lo hizo ella, la Nereida...

Te encantará lo de Nereida, no solo por la cercanía con tu nombre, sino por el agua que transportan palabra y criatura. Leerás más de una vez ciertos pasajes sumergida en la tina, caminando por la parte más baja de la piscina donde te ejercitas, en la mesa junto esa fuente a la que escapabas durante la comida. Devolverás el libro con recelo, pensaste si no debía ser uno de esos que por la fuerza se hurtan, consideraste decirle a Ricardo: —Dámelo. Ya no es tuyo. Por favor —pero la sensatez te regresará a la cabeza, y como la buena chica que serás lo devolviste, y como la buena chica que eres preguntarás con voz tímida en cada librería de aquella calle —que aquí mismo se llama Montealegre— si tendrán en algún lado el cuento del umbrario, describirás con ojos enormes el canto verde, las letras plateadas... Nada.

Cuántas madrugadas pensaste sus palabras enhiladas como cristales, o campanas, o flores de seda.

Umbrario, página 28:

Desgastado igual que la piedra del risco a la que acuden siempre las olas más crueles, puse fin al duro tránsito entre un amor y otro. Estaba ahído de sentirme fuera de sitio; menospreciado por manifestar hacia las mujeres

(criadas, viudas o niñas) un respeto nada corriente en los hombres de mi tiempo. Mientras se pensaba que, cual yeguas o muebles, formaban parte del índice patrimonial, yo anhelaba una compañera con la que pudiera hablar de todo esto en el tono de mayor indignación, con la que dialogar entre pares, dolernos juntos del presente, esperanzarnos en algún escenario venidero...

Luego te levantarás en la mitad del insomnio sintiéndote estúpida por no haber tecleado antes sus iniciales en ese buscador de datos. En un primer vistazo pensarás que solo obtuviste portadas de libros anodinos, discontinuados. Al sumergirte un poco más, encontraste un rastro de informantes entendidos, tu aliento acercándose más y más a la pantalla. Recibirás el nombre y una breve biografía: Pascal Marsias, personaje peculiar de la vida cultural del país durante el siglo XIX, nacido en la misma ciudad que tú. Autor de producción escasa, tardía, cuyos ejes principales son el amor y la fantasía: los viajes en el tiempo y el espacio. Su obra consiste en un par de cuentos publicados por periódicos, revistas de la época, algunas antologías (la que tú leíste destacaba como la más reciente) y un libro de poemas: *Cantos para futura Nereida*. Desaparecido, no se sabe ni cómo ni cuándo.

Por si el sobresalto no fuera suficiente, tu dedo advierte el botón que despliega imágenes, lo tocará con apuro. De pronto, una fotografía. Sentiste un golpeteo en las venas de tu muñeca cuando el cristal se llenó de él: una miniatura en carboncillo mostraba a un hombre como cualquier otro, pero en la frente que viste reverberaban sus palabras, en los labios que por mero impulso tocaste hallarás delirio, pues te resultaron tremendamente familiares. Te preguntarás si eso que percibes es un eco de algo que aún no se dice; si el futuro no podrá, a veces, ser impaciente, mostrarse con imprudencia en el ahora. Rechazaste la idea de inmediato y te juzgarás estúpida. Dentro de tu vientre algo se encogerá al pensar en la desafortunada distancia que a veces nos separa de almas tan afines a la nuestra.

Umbrario, página 31:

La sensación se hizo más urgente cuando revisé los diarios de viaje. Paradójicamente, no era ya capaz de controlar mi voluntad, pues esta solo deseaba acudir a ella. Entonces me dediqué a completarla, a dibujarla sobre el

papel como personaje de uno de mis cuentos: qué le agradaría, cómo serían sus movimientos, qué clase de amigos la cercarían. Bajo qué horizonte. Resultaba lejano, remotísimo, como mis viajes al ulterior, y sin embargo, esa noche, en el umbrario, por un momento atisbé su rostro...

Adoraste la escritura de Pascal Marsias por varias razones. Pero, sobre todo, dirás, amaste esa mirada compasiva, el discurso sobre lo humano que descansaba en el cuento. Aquello que parecía el relato de un hombre soberbio, tan desesperado por no encontrar esposa digna que —cual Pigmalión— decide construirse la suya, en realidad era una grata apología del amor, reforzada por sus últimas líneas:

Pensé que de nada servía crear a la Nereida. Si algo había que forjar era el mundo que la hiciera posible. Desde entonces cumplo con mi parte, tratando de ser un buen hombre que entregue a los otros la virtud que en él se aloja.

El buen amor, un bien que se merecen los mundos justos, pensaste. Te habría gustado subrayar ese libro, en sustitución de un conjunto de caricias.

Al día siguiente llamarás, dijiste: —No iré. No pasa nada, es que me va a dar gripa y no quiero contagiarlos —el metro será la cuna de tu deseo, el vaivén de un anhelo que transformó en adorables tus gestos más ordinarios. El aire de la ventana abierta te llevará los hilos negros del pelo hasta la boca, los mojará con tu saliva, seña cercana a un beso; también el viento, o esa ráfaga extraña, tirará los papeles de la señora aferrada al tubo. Tú los recogiste, porque eres amable.

El centro hervía bajo tus pasos porque tendrás la manía de cubrirtte los pies aunque la primavera ya se anunciaba con violetas y amarillos. Te percastaste del cielo limpio, inspirarás el frior del aire de marzo, sintiendo sobre ti el sereno abrazo del presente. Recorrerás todos los estantes, entrando, saliendo despeinada y enrojecida de la calle —cuyo nombre ha cambiado—, una doncella de qué Donceles, un volumen, otro, otro, humedad, polvo, aserrín, tinta, cuero, papel mantequilla, tus dedos tenues tirarán del labio inferior y dirás: —¿No podría buscar algo más de este autor? —y tu boca de coral bocetó duraznos en el aire cuando pronunciaste su nombre. Pero nadie lo halló. Te abatiste. Hasta que, doblando por una esquina caliente y blanca, viste esa librería pequeña quitar los candados, abrir su

cortina oxidada. Caminarás hacia ella sin vacilaciones, darás una bocanada de asombro al descubrir que la minúscula puerta conduce a paredes altísimas clausuradas por libreros descomunales, los libros como una plaga afortunada. Buscarás en los rótulos pegados con cinta transparente, sentirás el pulso de las palabras treparte por el brazo. No quisiste pedir ayuda, hallarlo tú era el regalo. Y lo hiciste: dos estantes arriba vivía tu libro su vida de solitaria espera, *Cantos para futura Nereida*. Temblaste. Pagarás con un billete traslúcido, tardarán en darte el vuelto, pero no abriste la tapa de tela. Querrás esperar ¿a qué? No podrías decirlo, pero así lo preferiste. Sentirás una oleada de gratitud porque supiste que ese momento tenía una marca, como si alguien hubiera puesto un separador de plata entre dos páginas. Sabrás que esa hora te trajo hasta aquí.

—*iNerissa!* —escuchaste el aleteo de tu nombre en la calle, la voz querida y conocida, te girarás... Ricardo, que te gritó varias veces, y tú que nada, no hiciste caso.

—¿Conoces a Pascal Marsias? —le dices con desespero.

—Pues no —lo miraste con tristeza. Y omitiste lo que habías de omitir, pero le hablarás de él.

*La rueca del cordel dorado, página 10:
El hilo de las fate no gasta metal alguno,
lo descubrí anoche, en el umbrario
hecho de aroma, camisas vueltas al revés.
Generoso hilo del cron, viajero,
es la Vida su destino, futura o pretérita.
Vi en aquel sueño de láudano falso
aquello que jamás deliró Dante,
pues no era el vasto Infierno
sino mis secretos anhelos
con las entrañas expuestas.
La soledad de aquella casa familiar
—a mitad de la noche la vela y yo—
mi sexo niño en la laguna, los árboles.
Vi a mi padre...*

Descubrirás el propósito del poemario. Leíste alguna vez que se trataba de *ficción especulativa en verso*; pero frente a él, a las

costuras deshiladas, al olor —siempre ese olor a cal y perfume polvoriento— sabrás de inmediato que era un estuche, una oferta de métodos. Por alguna razón recordaste esos viejos libros de brujería («patas de araña, cola de dragón»), notarás que se apuntaban instrucciones precisas, aunque de resultados inciertos.

Así, sabrás que hubo sastres que al abrochar botones al revés merendaron en la casa de su infancia y muchachas que doblando calcetines atestiguaron el resurgimiento de un imperio. Igual que siempre, temiste confundir la vida con un libro, y la sola posibilidad de que todas aquellas cosas fuesen ciertas te estrujó el pecho. —¿Es eso cierto? —te preguntarás con la ingenuidad del que nunca leyó mentiras, la mano apoyada en la frente. Mezclarás en el aire su nombre y un suspiro hueco. Te miraste al espejo, anhelando que fuera él quien te viera de regreso. Reíste ante tales ocurrencias solo para no sentirte por completo loca.

Llegaste al último conjunto de versos. La pelusa delicada de tu nuca se erizará en gesto felino, pues un escalofrío puntual llegó unas líneas adelante. Eso que buscabas lo hallarás en el último poema:

Canto para futura Nereida, página 42:

Dolorosa ocurrencia,

quise ver el porvenir, fe ciega mía por el porvenir.

Vi el futuro ceniciento de mi casa,

porcelana manchada por banquetes de fango.

Vi la calle Montealegre llena de trenes chicos,

luces incomprensibles todas.

Y te vi a ti.

Nereida reviniente, cercana y apolínea,

te vi moverte,

habitar el aire con bondad y gracia.

Algo que perdí llevabas en tu cuerpo,

lucía tan claro como joya prendida de tu pelo.

Alguien te llamó Nerissa

(Nerissa, como tú, esa tarde, y la calle, y Ricardo)

y a la simple consonancia de tu nombre

comprendí que eras tú misma lo extraviado y recobrado.

Vuelve, futura Nereida,

encuentra nuestra trama invisible,

*rastró de aroma o relojes de sombra.
Anda sin miedo pues una cosa es cierta:
el umbrario ya aguarda la hora
de volver a cobijarnos.*

Pensaste quemar el libro igual que antaño se quemaron los de brujería, y revuelta entre pánico y maravilla te esquinarás en la cama. No hay confusión posible: eres tú. O el libro te habló a ti, o estabas desquiciada.

¿Qué ceguera bendita te decantará por lo primero?

A medio vestir acudirás a Ricardo, que dirá: —Me da gusto que vengas, aunque la hora es un poco rara —tomaste el libro inventando tonterías: una reseña por escribir. Debes entregarla mañana. Necesitas ese libro para terminarla.

¿A dónde ir? ¿Cuál es la estación de la que parten todos esos trenes imposibles? Tan acostumbrada estabas a los cuentos donde hay una gran máquina con calendarios y palancas y botones que no atinarás el juicio. Pero serás astuta: te percataste de que en ello había menos ciencia y más hechicería. Resolverás que el lugar donde las brujas están a salvo es su propia casa, acudiste al refugio solicitándole compañía a un gato callejero, por si las dudas.

Repasarás una y otra vez las páginas de los volúmenes escritos por Pascal Marsias, la pantalla táctil se manchó con la marca sedosa de tus huellas dactilares, pues buscarás una y otra vez toda clase de fórmulas (botánicas, matemáticas, mecánicas) para retroceder en el tiempo: ninguna manera útil se acercará a ti. Tocarás el dibujo sensible de tus labios, te supiste amada a través de alguna clase de intervalo. Lloraste la cruel condición de tu amor, tu humana insignificancia. Y a la vez cierta gratitud, cierta simpatía con todas las versiones de la vida que tomaron forma en tus huesos, tu carne, tu olor. Fue entonces cuando te sucederá la victoria de todos los amantes: te levantaste, sorbiste las lágrimas caminando hacia el escritorio donde reposan libreta y plumilla, comenzarás a anotar:

Los bailarines tienen la clave en el movimiento de su cuerpo; los pájaros, magnetizando el aire con su pico. ¿Yo? No es solo una cuestión de saber el método. Para descubrirlo una tiene que saber quién es. ¿Quién eres tú, Nerissa?

A tu mente acuden en tropel las respuestas dadas por siglos de páginas y páginas, pero te costará dar una por ti misma.

¿Quién soy yo?

En el papel empezó a deslizarse la tinta como espesa sangre negra, brillante y definitiva, escribirás:

Soy Nerissa. Nado y leo. Creo en los mundos imposibles imaginados por la gente, en la verdad tácita de los libros, la vida de las historias. Con más fuerza lo creo ahora que yo misma me siento parte de una. Soy Nerissa, soy la futura Nereida. Y Pascal Marsias hizo posible el mundo necesario para que yo viviera. Escribo estas líneas para que las palabras y mi cuerpo conformen la máquina precisa...

Aquí te detendrás, pues con el rabillo del ojo percibiste un desplazarse de algo. No notaste que todas las sombras del mundo viraron hacia el lado opuesto, pero el cosquilleo en las entrañas te hará continuar.

Deseo acudir hasta él, hacia el momento único en que me espera. Sé que es posible porque ya ha sucedido, en alguna trama del tiempo el viaje se ha hecho,

Tu espejo reflejará otras paredes, otra luz, atisbas folias inmensas y la techumbre tejida con enredaderas que desprende olores dulces, terrosos; evitaste moverte por temor a deshacer lo que fuese...

porque él, Pascal Marsias, me ha visto aparecer en el umbrario.

Y mientras el vértigo del Tiempo te arroja en su corriente abismal, yo, Pascal Marsias, dejo a un lado la plumilla y el manuscrito de tu cuento, pues te veo aparecer delante mío, querida Nerissa, aquí, en el umbrario.

Soñarán en el jardín

Metas a corto y largo plazo:

- Entrar a natación.*
- Trabajar duro para pagar la inscripción de la escuela.*
- Juntar dinero para el Cervantino.*
- Hacer el clóset.*
- Pintar la casa en septiembre.*
- Comprar las sillas del comedor.*
- Comprarme unos zapatos.*
- Leer a Platón.*
- Hablar y ser simpática con la gente.*

*Nota de puño y letra de Erika Nohemí Carrillo
(en una fotografía de Mayra Martell).*

Los naranjos estarán cargados de frutos, y sus flores llenarán el aire húmedo del jardín oeste. Una neblina sedosa refrescará las puntas del pasto, de la hierba crecida de aquel prado. El sol saldrá siempre por detrás del almendro y las ramas del árbol más viejo, un corpulento ahuehuete, se extenderán primero hacia sus rayos, estirándose como una muchacha que quiere desperezarse. Alrededor de las nueve el jardín se irá poblando de siluetas. Algunas se saludarán entre ellas. Otras se espantarán con la caída de alguna naranja, y se alejarán riéndose hacia la sombra de otras hojas. Unas más mirarán hacia el mar que, bajo la pendiente que eleva al jardín oeste sobre la playa, rugirá y se extenderá hasta treparse en el azul grisáceo del cielo.

Los auxiliares revisarán que todo esté en buenas condiciones para recibir a las visitas, pues a media mañana llegarán varios grupos de primer año, acompañados de sus maestros, algunos de ellos todavía aprendices. Bajarán de los vehículos entre grititos de

emoción y tropezones. El maestro aprendiz les advertirá «¡Sin correr!», con una niña en brazos que se ha quedado dormida durante el viaje, con la boca entreabierta y los cachetes colorados.

La Guardiania del jardín, una anciana risueña y de paso firme, a pesar de usar bastón, dará a los auxiliares las recomendaciones de rigor: apoyar en todo momento a los maestros aprendices, acompañar a los niños en sus emociones, tener listos los refrigerios a las dos, repartir cada hora agua para sorber. Luego acelerará el paso y se colocará al frente de una larga fila de infantes que cantarán estruendosa y desafinadamente, en alegre procesión, por el sendero de guijarros hasta llegar al jardín oeste. Varios niños perderán el ritmo, alguna niña se distraerá con una lagartija escondida debajo de una piedra y el maestro aprendiz tendrá que guiarlos de nuevo por el sendero, marcarles el paso, las palmas. Los pequeños pasos se escucharán al unísono sobre la grava. Las risas infantiles flotarán en el aire, mezcladas con el olor a miel y el regusto salado de la brisa. La temperatura será muy agradable, de una tibieza reconfortante.

Ante las altas rejas de latón que resguardan el jardín, la comitiva se detendrá. Un par de maestras seguirán entreteniéndolos a los niños, el resto acudirá a escuchar las advertencias de una de las auxiliares del jardín.

—Como ustedes ya saben, la idea es dejar que los niños interactúen con ellas e intervenir solo cuando sea necesario. No teman a las reacciones de los niños ni traten de limitarlas, son parte del proceso educativo. Nosotras estaremos cerca y al pendiente de lo que necesiten en todo momento.

Las puertas de latón se abrirán lentamente con la llave magnética que la Guardiania porta como un collar. El bullicio infantil se dispersará por el jardín oeste hasta que los niños noten la presencia de *ellas*.

Las siluetas brillarán con destellos nacarados que maravillarán a los visitantes. Estarán hechas, como todos los viejos trucos, de luces y espejos; un complejo mecanismo que permanecerá oculto para los visitantes. Por encontrarse al aire libre poseerán una sutil transparencia que, de repente, permitirá ver el paisaje a través de

ellas, pero al mirarlas más de cerca se apreciarán sus definidos rasgos, parecerán sólidas, *vivas*. Bajo un árbol estarán las que estudian; moviéndose de un lado a otro las que juegan; sentadas sobre la hierba las que conversan con otras. Al moverse demasiado rápido emitirán un tenue resplandor que dejará tras su paso una breve estela luminosa.

La Guardiania caminará hacia el maestro aprendiz, que continuará haciendo malabares con la niña dormida en sus brazos y el niño que trae prendido de una pierna como un perrito ansioso.

—¿Necesitas ayuda? Podrías repartir un poco de ese amor —le dirá mientras abre los brazos como para recibir a la niña.

—Gracias. Quizá algún auxiliar podría ayudarme a revisar si tengo algo en la pierna derecha. ¡Ay, qué pesada la siento! ¿Qué será? ¡Creo que se me ha subido un Tomasito!

Al niño en cuestión le divertirá tanto la broma que se aferrará más al juego. Pero por fin una de las auxiliares conseguirá llevárselo con ella. La Guardiania y el maestro aprendiz los observarán perderse entre el resto de la gente y las siluetas.

—Es usted muy amable. Quisiera aprovechar para decirle que es un verdadero honor conocerla, señora. Su labor en...

La Guardiania del jardín chasqueará los labios y con un ademán le pedirá que no siga, pues le resultarán incómodos los reconocimientos por más razones que la mera modestia. Pero como no querrá que el chico se sienta menospreciado, lo tomará del brazo para que caminen juntos.

Marisela, mejor conocida como la Guardiania, nació en septiembre de 1985 en Veracruz. Fue la última de tres hijos. Su recuerdo favorito de aquella época era tender la ropa al sol junto a su madre: el aroma del jabón, el sonido de la tela al extenderla, como el de las alas de algún pájaro, y también los juegos de su mamá, que se disfrazaba de fantasma poniéndose encima una de las sábanas para asustarla. Así se olvidaban de la rutina diaria, que era pesada. Marisela y su madre cada día servían la comida y planchaban las camisas de sus hermanos, ellos las llevaban al cine cuando tenían tiempo, en las fechas especiales.

Cierta noche, en casa de sus parientes, uno de los hermanos de su madre entró a la habitación en la que ella dormía. No supo muy bien qué fue lo que hizo el hombre ahí de pie junto a ella en la oscuridad, pues era demasiado pequeña para comprenderlo. Le dio la impresión de que su tío se exprimía lo que tenía entre las piernas como si fuera un trapo mojado. Tuvo miedo, pero no se lo dijo nunca a nadie. Y se sintió culpable de guardar un secreto.

Cuando tenía quince años, ella y su mamá se mudaron solas a la Ciudad de México. Marisela tuvo que conseguir un trabajo para mantenerlas, primero en una zapatería. Su jefe pronto quiso *otra cosa* con ella, se lo dijo escupiéndole en la oreja, entre la mercancía apilada en la bodega, olorosa a cuero nuevo. Renunció. En el camión de regreso a casa iba tan preocupada por lo que sería de ellas que se dio cuenta hasta muy tarde de que un hombre le había metido la mano entre las piernas.

Gracias a su tío —el que había hecho *aquello* en su cuarto—, comenzó a trabajar en una Gran Empresa de Telecomunicaciones. Al principio fue sencillo contestar teléfonos y apretar botones, pero después los avances tecnológicos lo complicaron todo. Despidieron a las muchachas que no sabían utilizar las nuevas máquinas —entre ellas, a una amiga suya que también era de Veracruz, Paquita—. Decidió que tomaría todos los cursos disponibles. Estudió por las noches el funcionamiento de cables y computadoras, de espejos y luces láser. Quería entender cómo funcionaba lo que la empresa llamaba «la imagen del futuro», los hologramas. Obtuvo las notas más altas de las capacitaciones. La ascendieron de puesto. Se casó. Tuvo hijas. Su marido era «un buen hombre» (por buen hombre quería decir que lavaba sus propios calzones y cuidaba de ella y de sus hijas si estaban enfermas y hacía de comer de vez en cuando y casi no le reprochaba que pasara mucho tiempo fuera de casa).

La Guardiania y el maestro aprendiz observarán una escena típica: el niño correrá, jugando tocará la silueta y enseguida retirará la mano.

—Oye, ¡no hagas eso, Tomás! Todavía ni la conoces. Salúdala, dile cómo te llamas primero —el tono de la auxiliar no será de reproche y procurará ignorar los pucheros del niño producidos por la corriente eléctrica.

El maestro aprendiz querrá acercarse a Tomás, pero la Guardiania lo retendrá.

—Seguro que esto de los toques no estaba en tu época. Lo primero que los niños suelen hacer es traspasarlas con las manos, pero al atravesar el campo, el sistema emite una corriente. Los piquetes no son muy agradables, pero son tolerables. Siempre se la piensan dos veces antes de volver a meter la manita. La instrucción en todo momento es que las traten como a personas de carne y hueso.

—De acuerdo —el maestro aprendiz enseguida frunció el ceño, considerando un nuevo problema—. Pero ¿y si quisieran acariciarlas? La Guardiania le dirigirá una sonrisa melancólica.

—No se puede. Es parte de la lección.

Al maestro aprendiz le costará un poco comprender por qué. Pero al fin admitirá su lógica: los muertos no podrán nunca recibir de nuevo nuestras caricias. Ni siquiera ellas, aunque estén «de vuelta».

Una mañana Marisela llegó al trabajo y se encontró con la noticia de que habían asesinado a Paquita en el Estado de México. Hallaron su cuerpo recién arrimado a la banqueta, como la gente hace cuando estorban los animales atropellados. Le habían hecho cosas horribles, horribles.

Paquita tenía aferradas en el puño las llaves de su casa, el lugar a donde esperaba regresar. Las había utilizado para defenderse. Que si se había metido en malos pasos, dijeron, que qué andaba haciendo sola a esas horas. ¡Pero si iba camino a su trabajo!, decía Marisela, y si hubiera andado en «malos pasos» —«*y sería a causa de ustedes, porque ustedes la corrieron*», aunque esto no lo decía en voz alta—, ¿qué? ¿Se lo merecía? El resto de la gente se encogía de hombros. Siguieron con lo suyo rápidamente. Pero ella ya no podía dejar de ver la ausencia de Paquita, ni los cadáveres de una y otra y otra mujer. Eran demasiadas. Y todas, a ojos de la gente decente, parecían tener la culpa de lo que les había pasado. Ni siquiera se

recuperaban sus nombres en las notas de los periódicos: «Drogadicto asesina a su madre», «Por despecho liquida a exnovia», «Denuncia violación, la matan por argüendera».

La clave estará en combinar las dinámicas de juego y de conversación para mantener la atención de los niños. Los maestros se mostrarán afectuosos para transmitirles seguridad. Y aunque se mantendrán a distancia, deberán estar al alcance en todo momento.

—Hola, ¿cómo te llamas?

—Tomás, pero me dicen Tomasito. ¿A ti cómo te dicen?

—Me llamo Rubí Marisol, y me dicen Rubí. Qué bonitos ojos tienes, Tomás.

—Mi mamá me puso galletas para el lunch, ¿quieres?

—Me gustaría, pero no puedo comer.

—¿Por qué no puedes?

—Porque no tengo un cuerpo como tú —juntó las manos frente a ella con las palmas hacia arriba y luego las deslizó una a través de la otra, traspasándolas—. ¿Ves? Pero podemos platicar.

El niño se quedará perplejo. Intentará hacer lo mismo, luego querrá tocar la silueta de Rubí, pero recordará que la sensación no es agradable.

El maestro aprendiz parecerá incomodarse con la situación. La Guardiania tratará de aliviar esa tensión.

—¿Recuerdas la primera vez que viniste?

—Sí. Nunca lo olvidé. Tenía diez años. Pero traerlos a esta edad me parece peligroso. Aún no cuentan con todas las herramientas cognitivas para comprender el significado de este lugar, ya no digamos del significado de la muerte, sino de la muerte de todas ellas.

La Guardiania escuchará con atención. Mientras tanto observará las numerosas mariposas pequeñas y blancas que volarán alrededor de las siluetas, los niños, las flores. Le parecerán hermosas, pero no dejará de preguntarse si no serán, acaso, una plaga.

Un día hallaron el cuerpo de Dulce, quien para poder pagarse sus estudios de Computación los fines de semana, trabajaba de lunes a

viernes limpiando oficinas, entre ellas, la oficina de Marisela. Las amigas de Dulce (la mayoría eran casi unas niñas: no rebasaban los quince años) comenzaron a reunirse cada martes para recordarla y también para practicar golpes, patadas, manotazos, cualquier clase de defensa que las protegiera. Los primeros días terminaban las sesiones con la cara roja, despeinadas y sudorosas, llorando juntas del puro miedo o del puro coraje. Después de un par de meses se reían un poco más, pegaban más fuerte y terminaban el entrenamiento comiendo algo dulce para reponerse. Buscaron un nombre. Les gustó Las Argüenderas, porque esa era una palabra que usaba la gente para juzgarlas, para decirles que se conformaran, que mejor se estuvieran quietas y calladitas. Una tarde Marisela llamó a la puerta y pidió unirse al grupo. Esas muchachas le enseñaron a patear bien con todo y medias y uniforme, a dar codazos, a ser valiente y a llorar acompañada.

—¿Por qué no tienes cuerpo?

—Porque me lo quitaron. Estoy muerta.

Al detectar el silencio del niño, la silueta de Rubí emitirá respuestas más concretas.

—Eso quiere decir que no puedo comer, ni jugar, ni besar a mi mamá.

El niño mirará en derredor, como buscando alguna clave. Mirará hacia el mar y luego estudiará la apariencia de su interlocutora.

—¿Eres un fantasma?

—No. Soy un recuerdo. Como una fotografía.

—¿Como un video de los de antes?

—Sí, justo así. Tomás, ¿tienes abuelitos?

El niño ignorará la pregunta.

—¿Por qué te mataron?

—No lo sé. ¿Tú por qué crees que ocurrió?

Tomás pensará la respuesta apretando los labios, juntando las cejas.

—Porque hiciste algo malo. A lo mejor hiciste enojar mucho, mucho a alguien.

La silueta de Rubí considerará las opciones.

—Yo no tuve la culpa. Fueron ellos los que hicieron algo muy malo.

—¿Te dolió?

—Sí.

—¿Y tu mamá te curó?

—Cuando te matan, ya no te pueden curar.

Las Argüenderas hicieron un pacto: se cuidarían las unas a las otras. ¿Novios o padres golpeadores, jefes abusivos? A ver si podían con todas al mismo tiempo. Cuando una de ellas pedía ayuda, el resto acudía en tropel para que a sus agresores les quedara claro que no la dejarían sola. Crecieron hasta formar un ejército compuesto por mujeres de todas las edades que iba a donde hiciera falta su presencia. Empezaron a aparecer en las noticias, a ser tomadas en cuenta, a dar consejos.

Pasaron los años y las amigas de Dulce, las muchachitas de preparatoria, se convirtieron en mujeres maduras que se hicieron escuchar, que pidieron justicia. La gente aprendió a mirarlas con respeto y ese respeto se extendió lentamente hacia el resto de las mujeres, como la humedad de las olas del mar alcanza la arena caliente y lejana.

Marisela también se hizo mayor. Siguió trabajando en la Gran Compañía de Telecomunicaciones, en su laboratorio de espejos y luz láser. Vio crecer a sus hijas, vio morir a su madre, siempre acompañada de sus amigas. En ella surgió un anhelo. Tenía un plan.

El maestro aprendiz también notará las mariposas blancas, la danza impredecible de su vuelo, el aroma a flores y a sal que flotará en el jardín oeste. La Guardiania y él disfrutarán de todo aquello durante una actividad en la que los auxiliares pondrán a los niños a cantar una canción muy antigua, una música que hablará de plantar una semilla y dejarla crecer en paz, y saber esperar para ver en qué se convertirá.

—Es probable que tengas razón —le dirá la Guardiania en respuesta a su preocupación por la edad de los niños—. Y es probable que quienes decidieron traerlos desde edades más

tempranas también tengan razón. Aprender que hay caminos de vida distintos, que hay alternativas a la violencia, lleva tiempo. Mejor empezar de inmediato, supongo —la Guardiania se encogerá de hombros.

—No parece usted muy segura...

—Lo estoy. Pero es que, en un principio, el objetivo de este lugar era otro.

El plan de Marisela consistía en obtener recursos para construir el memorial holográfico que ella diseñó junto a Las Argüenderas y otras organizaciones que llevaban un registro confiable de las víctimas. Cada una de las mujeres asesinadas, con su cuerpo y sus nombres, serían replicadas en un holograma tridimensional utilizando testimonios y materiales proporcionados por sus familiares, amigos y, sobre todo, la información recuperada de sus cuentas personales de correo electrónico y redes sociales: fotografías, videos, cartas, conversaciones... todo sería útil para recrear de la forma más precisa sus voces, sus movimientos, sus reacciones; para, de alguna forma, «traerlas de nuevo a la vida». Si conseguían el dinero suficiente, podrían usar la tecnología más avanzada que permitiría montar el sistema al aire libre, en la naturaleza. Quizá en un jardín junto al mar. Tendría que ser un lugar bello, lo más cercano a un paraíso que pudieran darles a ellas y a sus familias para recordarlas vivas y felices.

El maestro aprendiz imaginará el memorial apacible que alguna vez fue este jardín. Apreciará el idílico escenario con sus árboles y su playa, el deambular pacífico de las siluetas.

—El lugar es tan bonito como lo recordaba. Hay más árboles, claro, ya crecieron los que nosotros plantamos. Está todo muy bien conservado.

—Es verdad —responderá orgullosa la Guardiania—. Aunque no sé qué es más asombroso: que siga conservando su belleza o que la siga conservando aunque esté *en México*.

El maestro aprendiz reirá más debido a la gracia con que ella dice estas cosas que por el chiste en sí: no considerará inverosímil que en México pueda conservarse cualquier cosa en buen estado. Entre la generación de ella y la del maestro aprendiz habrá un abismo.

—Para usted debe ser muy sorprendente cómo ha cambiado el país. Lo ha visto todo.

—Bueno, tengo 94 años. Si no me hubiera tocado ver todo, pediría que me regresaran lo que me costó el boleto de entrada.

—Imagino que esa época debió ser terrible.

—Sí, lo fue.

Hubo un tiempo en que nadie las llamaba *siluetas*. Sus familias iban a visitarlas y se sentían casi felices. La Guardiania vio cumplido el anhelo de Las Argüenderas cuando las madres y los padres, y las hermanas y hermanos, y sus amistades, las veían dentro del jardín, *vivas*, sonrientes. Sentían esa dicha que la justicia no les había podido dar. Como es natural, muchas familias desaparecieron con el paso de los años, arrastradas por el río de la vida, de los quehaceres, los afectos. Pero algunas no volverían porque el jardín no les compensaba de ninguna manera. «No son ellas», decían.

El problema es que Marisela había sido ilusa: no era posible recuperarlo todo. De algunas apenas tenían el nombre, una fotografía borrosa. De otras solo había huesos. De las que habían dejado un amplio testimonio de su paso por el mundo se obtuvieron réplicas holográficas casi perfectas, precisas, pero aun así la vida es una trama única, un hilo dentro del gran tapiz, y si se rompe, no será el mismo hilo el que lo reemplace. No es posible remendar la carne, la sangre, el aliento, el aprendizaje, los deseos. El futuro.

Cuando quedaban pocas familias, el Estado decidió que el memorial debía cumplir una función adicional para ganarse el derecho a permanecer. Serviría como un espacio didáctico en contra de la violencia. La población más joven acudiría, obligatoriamente, a aprender la historia de las asesinadas de México con la finalidad de que no se repitiera nunca. La Guardiania comprendía la intención de este cambio, es más: como parte de Las Argüenderas, la creía necesaria. Pero aborrecía sentir que las utilizaban. Se negó a reprogramarlas, a convertirlas en un capítulo de los libros de texto. Lloró y peleó por mantenerlas intactas.

Al final tuvo que hacerlo para que no desapareciera su memoria. Desde entonces las siluetas tendrían que repetir a los niños, una y otra vez, que estaban muertas.

—El país salió adelante gracias a gente como usted, gente que nunca se cansó de exigir justicia.

La Guardiania hará otro ademán incrédulo.

—No hay mérito en eso. Era lo único que nos quedaba. Tanto horror nos dejó sin propósito, sin sentido. Conservar la memoria era la única salida.

—Por lo menos las muertes de todas estas mujeres sirvieron para algo.

Aferrada a su bastón, la Guardiania se girará bruscamente para responder.

—¿*Sirvieron para algo*? ¿Para qué? ¿Para enseñarnos que somos un horror? Eso ya lo sabíamos. Una cosa es dar la vida voluntariamente por una causa y otra cosa es que te maten así. ¿Qué te gustaría más a ti? ¿Que tu vida haya servido «para algo» o haber podido vivir? Morder una manzana, oler la lluvia sobre la tierra, conocer el mar. No sé. Conforme me hago más vieja pienso que la trascendencia está sobrevalorada. Es un consuelo de tontos, un consuelo para los vivos, pero no para los muertos. Si de verdad pudieran hablar ellas (*ellas*, no sus siluetas), ¿qué nos dirían? «Oigan, qué bueno que mi muerte les sirvió de algo, pero yo no me quería morir». Esto —dirá ella extendiendo los brazos y el bastón, como tratando de abarcar todo el jardín— no es suficiente. ¿Cómo reparar el daño? ¿Puedes imaginar que alguna vez se les apiló en una torre de cuerpos anónimos? ¿Puedes creer que a ellas se les culpaba de su propia muerte? Nadie puede imaginar el dolor que experimentaron en sus últimos momentos, y ustedes, los jóvenes, no conocen el horror de saber que quienes hacían esto no eran monstruos, no era Jack el Destripador: eran sus compañeros de la escuela, sus novios, sus familiares, el taxista simpático que te hizo la charla ayer, el policía de la esquina. Era el mundo, un entorno que nos hacía reinas de belleza mientras nos pateaba las costillas y nos llamaba locas si nos quejábamos. Así de horrible era.

El maestro aprendiz escuchará la reprimenda sin verla a la cara. Mirará a los niños, que seguirán abriendo hoyos en la tierra, cantando la vieja canción de la siembra.

—Perdóname, es verdad. Claro que no murieron en vano —la Guardiania dará un largo suspiro antes de continuar—. La indignación que nos causó perderlas fue el inicio de todo. Nos levantamos, repetimos sus nombres en las calles, conseguimos cambiar el rumbo. Ellas fueron el viento que impulsó la vela de este barco, de nuestro futuro. Simplemente quisiera que hubiésemos aprendido antes la lección, que todas ellas pudieran haber vivido. Que hubieran tenido, al menos, la posibilidad de hacer eso que soñaban.

El maestro aprendiz la mirará a los ojos y asentirá respetuosamente. Notará que varias siluetas escuchan a los niños que cantan e incluso les aplauden; otras siguen realizando mecánicamente sus asuntos, un tanto ajenas al tiempo presente, atrapadas en la programación de las tareas que ellas decidieron para sí mismas tiempo atrás, cuando estaban vivas y confesaban, en los numerosos espacios de la vida en línea, qué les gustaba, a qué se dedicaban o qué deseaban para el futuro. Hurgará en su memoria:

—¿Sabes qué quiero hacer? Estudiar para ingeniera —le había dicho Mariana Elizabeth cuando él era un niño de diez años (nunca olvidó su nombre).

—No sé muy bien qué es eso.

—Alguien que construye cosas, como puentes o máquinas.

—Si estudias, dice mi mamá que cuando seas grande vas a poder ser lo que tú quieras.

—Yo ya no voy a ser grande porque estoy muerta. Pero cómo me gustaría...

La canción de las semillas terminará. A los niños se les pedirá recogerlo todo y despedirse. Reaccionarán de diversas maneras. Algunos se pondrán a llorar, otros dirán adiós con gesto indiferente. Un par de niñas querrán que las siluetas se queden con sus dibujos.

El maestro aprendiz habrá de acercarse a Tomás porque percibirá su confusión: estará ahí, mirando a la nada. Antes de que dé un paso, el niño rodeará a la silueta con los brazos, al no palpar nada, se abrazará a sí mismo dentro de la silueta luminosa de Rubí.

—Te quiero abrazar porque es muy feo que te hayan matado. Te quiero abrazar porque te dolió y te dejaron solita.

Tomasito sentirá las descargas eléctricas en todo su cuerpo y las resistirá hasta que el maestro aprendiz lo tome de la mano, lo separe de Rubí.

A las seis de la tarde el sol comenzará a ocultarse en el jardín oeste. Las visitas tendrán que irse justo antes de que llegue la oscuridad, que embellecerá aún más a las siluetas. Sus luminosos colores resaltarán, pulidos y claros, frente al cielo nocturno. Ellas y los niños se dirán adiós con la mano, y para la Guardiania todo tendrá la apariencia de una película de las de antes, donde todo era feliz y la gente en el muelle despedía al barco que zarpaba, y había música y serpentinas.

Los auxiliares se encargarán de que todo quede limpio y en orden antes de marcharse. Marisela, que insistirá hasta el fin de sus días en ser quien salga al último cada jornada (por algo la apodaron la Guardiania), se quedará deambulando en el jardín según su costumbre, haciendo sonar su bastón en los senderos de piedra, recargándose de cuando en cuando en algún árbol.

Con la llave magnética que lleva en el pecho asegurará las puertas de latón que separan la sala de control del jardín. Las siluetas dormirán frente al mar, recostadas de lado, la boca entreabierta, las manos bajo el mentón o sobre el regazo, una bonita ilusión que se le ocurrió al realizar alguna de las actualizaciones del sistema, una imagen que, día a día, le permite detener los motores sin sentir que las desenchufa, que las borra, que el mundo una vez más se queda sin ellas. Así, simplemente, será como si les apagara la luz para que duerman después de contarles un cuento. ¡Ay, si la vida le diera para terminar el programa que las hará soñar! Pero tanto Marisela como Las Argüenderas ya están muy viejas, y aún queda mucho por detallar. Otras más tendrán que terminarlo y arriesgarse a ponerlo en marcha. Durante el día ellas serán próceres, siluetas, recuerdos, dirán que están muertas, pero las noches serán suyas. Construirán lo que les quitaron. Soñarán en el jardín con su futuro.

Marisela las mirará dormir. Y luego presionará el botón. Las siluetas se empequeñecerán hasta convertirse en minúsculos puntos de luz que se confundirán con las estrellas que penden sobre el mar. Después de un rato todo quedará oscuro sin ellas.

—Descansen, niñas mías —murmurará la Guardiana—. Descansen.

Reconocimientos

Agradezco con el corazón a todas las personas que cuidaron de mí durante la escritura de estos cuentos, especialmente a Laura y Gabriel, mis padres, a Arlette, mi hermana, y familia: Juan Carlos y Carlos, Emilio y Paulina, mis sobrinos; a mis amigas y amigos, particularmente a Laura Bejarano, Natalia Flores y Adriana Arreola por su apoyo y cariño al escribir «Soñarán en el jardín»; a Alejandra Espino del Castillo, Claudia Silva y Edgardo Barona, por su paciencia y complicidad al compartir el crecimiento y la vida, la materia de la que se han nutrido estas historias. A Andrea Chapela, por acompañarnos. A Tonatiuh Moreno, por cantarme para que duerma. Sepan que muchas de sus acciones, gestos y palabras están aquí como una manera de atestiguar el amor que hay en el mundo. Quizá sea la parte más valiosa de este libro. Imposible excluir de ese cuidado a todos los gatos que me honraron con su compañía en el proceso: Edgar Allan Chabelito Poe, Norrell, Bagheera, Fellini y Chewbacca.

Estos cuentos se escribieron entre 2009 y 2020, en interlocución con ideas, música, lecturas y experiencias provenientes de muchos otros lugares que no son mi imaginación, desde testimonios inquisitoriales o notas periodísticas disponibles en línea hasta obras artísticas. Agradezco mucho a todas las personas que leyeron con atención estas historias y que, generosamente, las mejoraron de forma significativa o confiaron en ellas, las editaron, tradujeron o las llevaron a sus aulas u otros paisajes, particularmente a Verónica Murguía, María José Gómez Castillo, Lilián López Camberos, Alaíde Ventura, Libia Brenda, Rodrigo Bastidas, Ana Rüsche y Jana Bianchi, Maielis González Fernández, Chris N. Brown y Bernardo Fernández,

Soraya Bello, Brenda Navarro, Cristina Rivera Garza; a Saúl Hernández-Vargas y Juan Pablo Ruiz Núñez por la invitación a escribir «Conspiración de los elementos» en *El lugar del Agua. Palabras para Ayutla*. A Alberto Chimal y George Henson, quienes incluyeron en *Latin American Literature Today* la traducción que Adrian Demopulos hizo de «Soñarán en el jardín», maravillosa médium en ese acto arduo y misterioso que es la traducción. Estoy muy agradecida con Arrate Hidalgo, Margaret McBride, Ritch Calvin y Marina Berlin por haber concedido a ese cuentito el James Tiptree, Jr. Award (Otherwise), pues hizo posible el camino que ha recorrido hasta ahora. Gracias también a quienes acogieron esta historia con atención y cariño (¡y *filking* con «Over the Rainbow»! ¡Gracias, Sumana Harihareswara!) en la Wiscon de 2019, a Mariana Palova, por ilustrarla; a la querida Camila Navas y a la lista inabarcable de las lectoras argüenderas que han compartido, repartido, materializado y abrazado esta historia que también es suya, junto con mi gratitud y cariño. Agradezco a Nayeli García por la calidez, el cuidado y el empeño que ha puesto en la edición de este libro, al igual que a Mayra González, por su confianza y alegría.

Y a ustedes que me leen: gracias por ser la otra mitad de esta imaginación.

«La Guardiania vio cumplido el anhelo de Las Argüenderas cuando las madres y los padres, y las hermanas y hermanos, y sus amistades, las veían dentro del jardín, vivas, sonrientes. Sentían esa dicha que la justicia no les había podido dar.»



Se dice a menudo que «el futuro está escrito» como si eso robara toda la esperanza, pero es en la escritura donde se juega la imaginación subversiva de lo posible y la memoria indómita de lo que está al borde del olvido. ¿Y si, para los seres que el presente desprecia y mengua, el porvenir fuera el tiempo de la rebeldía y la comunidad?

En los doce cuentos que componen *Soñarán en el jardín*, Gabriela Damián Miravete despoja la fantasía, el horror y la ficción especulativa del manto fúnebre de lo irreversible en una serie de ventanas a lo inesperado y asombroso. Y lo hace con una inteligencia insubordinada y un oficio artesano del arte de contar. Sus narradoras son, como ella, mujeres autónomas que confabulan para ingeniar máquinas y conjuros de libertad de cara a los páramos de la catástrofe.

Las flores y los gatos, el agua y la montaña, deshacen con palabras indóciles la promesa de apocalipsis que intenta conquistar nuestro mañana y ocupan el lugar de los congéneres, en un mundo compartido y horizontal en el que los seres humanos no son la cumbre de ninguna evolución.



Gabriela Damián Miravete nació en la Ciudad de México. Sus relatos han sido traducidos al inglés, italiano, portugués, francés, euskera y japonés; y publicados en antologías finalistas del Premio Hugo y World Fantasy. Es cofundadora de proyectos colaborativos como Mexicon: Imaginación y Futuro y el Cúmulo de Tesla, colectivo de arte y ciencia. Recibió el Premio de Cuento FILIJ, la beca Jóvenes Creadores de Narrativa y forma parte del Sistema Nacional de Creadores desde 2023. Es autora de los libros *La canción detrás de todas las cosas* (Elefanta Editorial, 2024) y *They Will Dream in the Garden* (Rosarium Press, 2023), que ganó el Shirley Jackson Award y el International New Star del Fishing Fortress Award del Tai Shan College of Science and Technology de China. Con el cuento «Soñarán en el jardín», ganó el Premio James Tiptree, Jr. (hoy Otherwise).



Soñarán en el jardín

Edición en formato digital: agosto, 2025

D. R. © 2025, Gabriela Damián Miravete

D. R. © 2025, derechos de edición mundiales en lengua castellana:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. de C. V.
Blvd. Miguel de Cervantes Saavedra núm. 301, 1er piso,
colonia Granada, alcaldía Miguel Hidalgo, C. P. 11520,
Ciudad de México

penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del Derecho de Autor y *copyright*. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Tenga en cuenta que ninguna parte de este libro puede usarse ni reproducirse, de ninguna manera, con el propósito de entrenar tecnologías o sistemas de inteligencia artificial ni de minería de datos. Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase a CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <https://cempro.org.mx>)

ISBN: 9786073862257

Composición digital:
Mutare, Procesos Editoriales y de Comunicación, S.A. de C.V.

Facebook: @penguinebooks
X: @penguinlibrosmx
Instagram: @penguinlibrosmx
YouTube: @penguinlibrosmx
TikTok: @penguinlibrosmx

Índice

Soñarán en el jardín

La música y los pétalos

Huir del siglo

Conspiración de los elementos

El arte de la memoria

La sincronía del tacto

La nieve y los pájaros

La visita

Final de fiesta

El puente

La Purificación

Futura Nereida

Soñarán en el jardín

Reconocimientos

Sobre este libro

Sobre la autora

Créditos

Encuentra aquí la playlist de este libro:



Table of Contents

Soñarán en el jardín
La música y los pétalos
Huir del siglo
Conspiración de los elementos
El arte de la memoria
La sincronía del tacto
La nieve y los pájaros
La visita
Final de fiesta
El puente
La Purificación
Futura Nereida
Soñarán en el jardín
Reconocimientos
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos